HARLEQUIN

JAZMIN



Sólo dos o tres noches

Para Paul Sarriezen, la atractiva Charlie no era de fiar, Le pareció tan honesta como Brion, que estaba dispuesto a hacer todo lo posible por heredar la fortuna de su anciana tía. Y era lógico que Paul pensara mal de ella, puesto que si Charlie y Brian estaban comprometidos, seguramente tendrían propósitos comunes.

¿Cómo podría ella demostrar a Paul que era inocente y convencerlo de que se había enamorado de él hasta el punto de estar dispuesta a hacer cualquier cosa por ese amor?

CAPÍTULO 1

CHARLIE! Hay un hombre en el gallinero. Ella apenas respondió. En realidad, estaba demasiado ocupada como para poner atención a las palabras de su primo de diez años. La joven se encontraba en cuclillas, tratando de desenredar el nudo que se había formado en los cordones de sus zapatillas de deporte; lo cual casi resultaba imposible por la cantidad de agua y de barro que habían caído sobre ellas, durante la excursión de esa tarde.

Además, pensaba en la reacción de su tía Jean al enterarse de lo sucedido. Casi podía escuchar las palabras de la hermana de su padre, como si se encontrara frente a ella:

-Realmente, Charlotte, yo esperaba más de ti. A tus veinticuatro años, deberías ser más responsable.

Charlie suspiró débilmente y se apartó un mechón de su pelo castaño claro. Al meterlo bajo la gorra, dejó una mancha de barro en su mejilla. Le costaba trabajo entender cómo, siendo hermanos, su padre y su tía tenían caracteres tan distintos.

-¡Charíie! -repitió el pequeño, pero con más preocupación-. Alguien ha entrado en el gallinero de la señora Mackenzie y creo que está robando los huevos.

-¿Qué? -exclamó la joven alarmada y se levantó de un salto para mirar en dirección al gallinero señalado por Thomas. Aquella pequeña construcción de madera albergaba gallinas Rhode Island, muy apreciadas por su dueña.

A simple vista, no se veía nada extraño.

-Tom... -dijo la joven, en tono acusador, pues conocía muy bien la habilidad del niño para inventar historias.

-No es una mentira -protestó el chico-. Te juro que es verdad.

-¿Dices que un hombre...?

-Un hombre grande, fuerte y que llevaba puesta una chaqueta de cuero.

En ese momento se oyeron ruidos que provenían del gallinero y sin detenerse a pensar, Charlie corrió por la resbaladiza ladera.

Estaba furiosa. ¿Quién se atrevería a entrar en el gallinero? Empezó a correr más rápidamente.

En ese momento, acudió a su mente la voz calmada y fría de Brian, que decía:

-¿Por qué armáis tanto escándalo? Sólo se trata de unas cuantas gallinas flacas que únicamente ponen cuando les da la gana y que están tan duras que no sirven ni para comérselas.

«Le prometí a Emily que las iba a cuidar», se dijo. «¡Se lo prometí!»

La furia y lo rápido de su reacción, la hicieron correr más deprisa de lo que pensaba; y de pronto, se encontró ante el gallinero. Tenía que detenerse o el impulso la obligaría a entrar... y quién sabe lo que podría ocurrir.

Entonces se detuvo instintivamente. El cambio fue tan brusco, que resultó doloroso. Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Tom había dicho que era un hombre grande y fuerte. Al recordarlo, su furia se evaporó, y empezó a pensar si el ir allí había sido una buena idea.

Un ruido proveniente del interior del gallinero hizo que el corazón le diera un vuelco. Riverview se encontraba a unos siete kilómetros del pueblo más cercano. Ella misma le había dicho a Emily muchas veces que su finca estaba muy aislada; pero nunca se le ocurrió pensar que ese aislamiento podría tener consecuencias. Entonces se volvió y comprobó que su primo se acercaba lo más deprisa que podía.

-No te acerques más -dijo ella susurrando.

¿Qué diría la tía Jean si a su precioso Tom le ocurriera algo? Al pensarlo cerró sus ojos castaños, horrorizada; pero los abrió inmediatamente, al oír que la puerta del gallinero se abría.

Su primer pensamiento fue que aquel hombre no era tan grande, aunque al verlo en lo alto de la rampa que conducía al cobertizo le pareció imponente. Tampoco era tan fuerte, sino más bien delgado. Desde luego, no se parecía en nada al Sylvester Stallone que describió Tom. Entonces se tranquilizó un poco; pero sólo por un momento, pues al contemplar su rostro, sus ojos se ensombrecieron.

El perfil del desconocido parecía tallado en piedra; tenía unos pómulos marcados, nariz recta y una poderosa mandíbula, acentuada por la sombra de una barba incipiente. Era el tipo de cara que le recordaba a los salteadores de camino de antaño, cuyos crímenes eran mucho más graves que el robo de media docena de huevos.

Ese pensamiento le hizo desviar la vista hacia las manos del extraño. En ellas vio la prueba del delito: cuatro grandes huevos. Entonces volvió a mirar el rostro del desconocido sorprendiéndose al comprobar que su expresión era suave y casi amable. Confundida, Charlie sacudió la cabeza, incapaz de relacionar ese sentimiento con la realidad de la situación; pero ese movimiento alertó al extraño. En cuanto la vio, apareció en sus ojos grises una fría cólera que le provocó un estremecimiento en la espalda.

-¿Quién demonios eres?

Su voz era fría y áspera. Tenía un acento que ella no pudo

identificar. Desde luego, no era de aquella región.

-Yo... yo... -tartamudeó ella, incapaz de responder coherentemente, desconcertada por la agresión de que se sintió objeto.

-Esto es una propiedad privada. No tienes derecho a entrar.

La audacia de tal declaración y la arrogancia con que la hizo, la provocaron. Al momento, levantó la cabeza y sus ojos lo miraron desafiantes.

-¡Qué descaro! Sé perfectamente que esto es

propiedad privada. También sé a quién pertenece, lo

cual seguramente es más de lo que usted sabe. Usted es el que no tiene derecho a entrar aquí -y sin darle tiempo a contestar, continuó-: Usted es quien tiene que dar las explicaciones.

-Charlie.

La nerviosa vocecilla de Tom hizo que el desconocido lo mirara por un instante, pero inmediatamente, su atención volvió a fijarse en la indignada cara de la chica.

-¿Qué tengo que explicar a unos rufianes como vosotros?

El desprecio en su voz la provocó aún más, de modo que dio un paso hacia delante sin prestar atención a su primo.

-¿Cómo se atreve? -dijo en voz muy alta-. Usted no tiene derecho a hablarnos así, pues lo hemos sorprendido robando...

-¿Robando?

Con una sola palabra la obligó a callar. Luego, el hombre miró los huevos que llevaba en la mano.

-¡Ah!, se refiere a esto -añadió casi riendo-. Esto no es robar.

-Para mí sí -exclamó Charlie, enfurecida por su actitud-. Usted entró en el gallinero y...

-¿Acaso no es eso lo que tú pensabas hacer?

-¿Qué?

Su acusación fue para ella como un golpe en el estómago. Y se quedó sin aire, incapaz de hablar por un momento.

-¡No! -consiguió decir por fin.

Pero la áspera expresión del hombre, le advirtió que ya era demasiado tarde.

-No es cierto -continuó-. Estábamos... estábamos dando un paseo.

-Dentro de una propiedad privada. Tú misma lo has dicho.

De pronto, el hombre bajó por una rampa y se le acercó. Sin pensarlo, ella retrocedió y su corazón empezó a palpitar aceleradamente, porque al contrario de lo que podía esperarse, al verlo de cerca le parecía más impresionante que nunca.

A tan poca distancia, pudo comprobar que sus ojos eran tan fríos como la nieve de invierno en las colinas de Yorkshire y sus pestañas, largas y tupidas, no lograban suavizar su mirada. Ese contraste, sus finos y duros labios y su mandíbula firme, remarcaban la fuerza masculina de su rostro.

-¿Qué hacéis aquí, golfos?

-Tenemos permiso de la dueña para entrar.

Lo dijo desafiante, pero al momento, se dio cuenta de que eso había sido una equivocación, pues aquel hombre se encontraba en un estado de ánimo inadecuado para discusiones. Por alguna extraña razón, la palabra «golfos» la afectó más de lo que cabría esperar. Aunque, pensándolo bien, resultaba bastante apropiada: tanto ella como Tom vestían pantalones y camisas muy viejas y estaban sucios de barro, por lo que su aspecto no era muy recomendable.

-Por supuesto -dijo con un tono sarcástico, mientras colocaba los huevos en un bolsillo de su cazadora.

Los ojos grises de aquel hombre los miraban, acusadores.

-¿Queréis hacerme creer que Emily Mackenzie os ha dado permiso para entrar en su finca y posiblemente hasta su casa? ¿A dos muchachos como vosotros?

Ella estaba tan impresionada por aquel hombre que tuvo que sujetarse para no caerse.

Ahora que ya le daba la luz al desconocido, ella advirtió que su cabello no era negro, como pensó, sino castaño con reflejos rojizos. También vio sus oscuras ojeras que revelaban falta de sueño y ella tuvo que admitir que eso le daba una mayor fuerza a sus duras facciones, así como un aspecto de hombre libertino; precisamente el tipo de hombre en quien ella no confiaría bajo ningún concepto. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de haber visto esa cara antes, aunque no podía recordar dónde.

Pero lo peor fue que la había llamado «muchacho». Eso significaba que sus ropas disimulaban su cuerpo, así como la gorra que ocultaba su abundante cabellera. Además, no se había puesto maquillaje. Todo eso, le daba el aspecto de ser un muchacho, tal vez, el hermano mayor de Tom.

Considerando la situación, y la posible amenaza que resultaría si él se diera cuenta de que era una mujer, Charlie debió sentirse aliviada. Sin embargo, lo que sintió fue resentimiento por haber sido tratada así. Pero ese pensamiento fue desplazado inmediatamente por otro más importante: el desconocido había mencionado a Emily Mackenzie con demasiada familiaridad.

-¿Quién es usted? -preguntó impulsivamente.

Por un momento creyó que no le iba a contestar, pues la miró como si considerara la pregunta impertinente y presuntuosa.

-Me llamo Paul Sarrizen -dijo después de un momento.

Había en su voz una arrogancia que indicaba que el nombre debía serle familiar. Charlie tuvo que admitir que lo era, pues lo había escuchado con demasiada frecuencia en los últimos días.

-¡Demonios! -exclamó Tom, menos cauto-. Es el sobrino malo.

Ella se estremeció al pensar en lo que diría la tía Jean si lo escuchara hablar; pero no le dijo nada al chico sobre todo porque ella pensaba lo mismo. En realidad, las palabras de Tom eran repetición de algo que ella había dichoo en alguna ocasión. Sólo lo conocía por las fotos que Emily Mackenzie le había enseñado y por eso su cara le resultaba familiar, aunque ella lo recordaba más joven y muy distinto a aquel rufián de rasgos duros. Entonces empezó a sentirse mal, al pensar que ese hombre nunca sería capaz de devolverle el amor y el orgullo que la buena mujer sentía por él.

-Soy su sobrino nieto -lo corrigió el hombre con una voz controlada, pero que no lograba ocultar la molestia por el comentario de Tom-. Emily Mackenzie era hermana de mi abuelo.

«Si, es el momento de explicar el parentesco», pero la joven con cierto cinismo. «Ahora le conviene, pero nunca ha dado señaless de vida cuando su tía lo necesitaba.»

-He venido para estar con ella y...

-¡Demasiado tarde! -exclamó Charlie sin poderse contener.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, se arrepintió de haberlas dicho.

-¿Por qué? -preguntó él, palideciendo de rabia-. Mi tía no está muerta.

Cualquier persona que no conociera la verdad, pensaría que en realidad le importaba su tía. Pero ella había pasado muchas horas al lado de Miss Emily, oyéndola hablar de su sobrino nieto favorito, de los premios que había recibido, de sus viajes alrededor del mundo y de los telegramas que le enviaba. Al pensar en eso, Charlie endureció su expresión, y aunque se dio cuenta de ello, no hizo nada para evitarlo.

-No, no está muerta -se atrevió a decir, recordando el rostro de Emily Mackenzie que parecía iluminarse cada vez que escuchaba el silbato del cartero y su desilusión al comprobar que nunca llegaba la tan anhelada carta.

-Hace tres meses que está enferma --continuó, furiosa.

Desde que tuvo el infarto, Charlie había ido a visitarla unas

cuantas veces. Más incluso que verla tan delicada le había dolido observar sus lágrimas al saber que Paul Sarrizen no había contestado a las cartas que le envió al periódico para el cual trabajaba, esperando que se las mandaran al país donde se encontrara en ese momento. Entonces empezó a perder la esperanza, creyendo lo que Brian le había dicho en varias ocasiones: que a Paul Sarrizen no le importaba en absoluto el amor de su tía abuela.

-¿Y eso qué tiene que ver contigo? -preguntó él, con aspereza-. Estás tan ocupado metiéndote en los asuntos de los demás, que ni siquiera puedes explicar qué haces aquí. ¿Cómo te llamas?

-Char... Charlie...

Estuvo a punto de decir Charlotte; pero el recuerdo del miedo que sintió la primera vez que lo vio, la hizo protegerse detrás del apodo masculino. Las únicas personas que la llamaban por su nombre eran su tía y Emily Mackenzie.

-Este es Tommy Newton... -prosiguió, incierta.

-¿Qué buscas aquí, Charlie Newton?

-Na... nada...

En tres pasos él llegó a su lado y no le permitió aclarar que el apellido de Tommy no era el suyo. Seguramente pensaba que eran hermanos.

-Sa... salimos a dar un paseo y...

-Y como mi tía está en el hospital, habéis venido a ver si se podían robar unos huevos.

-¡No! -exclamó ella con indignación-. No estábamos ro...

Pero él no la dejó terminar.

-Os he arruinado la fiesta, ¿verdad? Ya no podréis robar más huevos. Miss Mackenzie estará en el hospital, pero eso no significa que dos ladronzuelos puedan entrar a...

-¡Un momento! -protestó la chica.

Pero él no la dejó hablar.

-Mientras mi tía esté enferma, yo me haré cargo de la finca. Y os advierto que si os vuelvo a encontrar en mi propiedad os arrepentiréis.

-Ya estamos arrepentidos -susurró ella, sin importarle si la oía o no.

En su mente quedaban grabadas sus palabras; sobre todo, la arrogancia con que dijo «mi propiedad».

-¡Largaos de aquí ahora mismo!

-Claro que nos vamos.

Ella cogió a Tom de la mano y dio algunos pasos en dirección a

su casa. Decir cualquier cosa hubiera empeorado la situación. Ya casi estaban llegando a la valla que rodeaba la propiedad, cuando recordó el rostro de su patrona enferma, pálido y frágil. Entonces sintió un deseo irresistible de decirle lo que pensaba y se volvió rápidamente hacia él.

-Pero antes le voy a decir una cosa, señor «encargado». Esta propiedad no es suya... ni lo será si hay justicia en este mundo. Usted no es el único sobrino nieto de Miss Mackenzie. También está Brian Merton. Y me parece que él tiene el mismo derecho, si no más que usted, a heredar Riverview.

«Eso no le había gustado», pensó triunfal. Pero un momento después, sintió miedo al ver los ojos plateados de aquel hombre y la dura expresión de su rostro. En más de una ocasión, Brian había comentado que Paul y él no eran muy amigos, pero a juzgar por lo que acababa de percibir, Brian había empleado unas palabras muy suaves para describir su relación.

Su sentido común y su instinto de conservación le aconsejaron dejar las cosas como estaban. Pero su temperamento no se lo permitió.

-Debió pensar en la herencia cuando no acudió a la llamada de su tía, tal y como están las cosas, creo que Miss Mackenzie va a preferir a su otro pariente por ser menos egoísta que usted.

Charlie no se esperó para ver el efecto de sus palabras. Ella era responsable de la seguridad de Tommy, así que lo cogió de la mano y se lo llevó sin atreverse a mirar a aquel amenazante y desagradable hombre. El sobrino nieto de Emily Mackenzie era uno de los hombres más odiosos que había conocido. Entonces agradeció que él fuera a estar allí poco tiempo, ya que seguramente se iría en cuanto viera a su tía. Eso le pareció perfecto, pues bajo ningún concepto quería volver a encontrarse con Paul Sarrizen.

CAPÍTULO 2

YA estoy aquí!

Charlie dejó las pesadas bolsas en el suelo del vestíbulo y suspiró aliviada. Luego miró a su alrededor, sorprendida de que nadie la contestara.

-¿Mamá?... ¿No hay nadie en casa?

«Por lo visto, no», se dijo al comprobar que todo seguía en silencio. Su padre debía estar en la orilla del río, trabajando en las últimas ilustraciones. Pero su madre no le había dicho que tuviera intención de salir; es más, iba a planchar toda la ropa de la semana. Al entrar en la cocina encontró la plancha preparada y eso la extrañó aún más.

-¡Fuera de aquí! -exclamó, ahuyentando a dos gatos que metieron la nariz en sus bolsas-. Aquí no hay nada para vosotros. Vuestra comida está en el coche. Pero antes de sacarla, voy a tomar algo.

Se quitó los zapatos y sintió alivio al poner los pies en el suelo. Después de dos horas de andar por el mercado y de buscar telas para cortinas y una colcha, estaba muy cansada.

Y antes de servirse un vaso de limonada, sonó el timbre de la puerta.

-¡Maldición!

Por un momento, pensó no contestar. Su padre lo hacía con frecuencia cuando trabajaba, pero a ella le resultaba imposible. En las pocas ocasiones en que consiguió ignorar el timbre del teléfono, pasó varias horas después, imaginando las cosas terribles que podían haberles ocurrido a sus padres o a Tommy. La angustia que esto le causaba era tal que se prometió no volverlo a hacer. Así que, fue hacia la puerta de entrada, sin dejar el vaso de su limonada.

Lo que vio, hizo que el vaso temblara en su mano y estuvo tentada a cerrar la puerta de golpe. Tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse y su mirada atónita se encontró con los ojos grises de aquel a quien Tommy describió como el «sobrino malo».

-¿La señora Harrington? -preguntó Paul Sarrizen, sonriendo en forma encantadora.

-No.

Fue todo lo que pudo decir. Su sonrisa era tan distinta a la del día anterior, que al verla se preguntó si se trataría del mismo hombre o de un doble.

Paul frunció un poco el ceño y sus ojos se entrecerraron. Eso la hizo reaccionar y pensó que un recibimiento agresivo podría recordarle al «muchacho» que conocía el día anterior; por lo tanto,

aclaró la garganta y dijo:
-Mi madre ha salido. No sé a qué hora volverá.
Aún pareció cortante, pero no lo podía evitar. Después de todo, tal vez fuera lo mejor. Cuando se le abre la puerta a tdn extraño, es natural mostrarse reservada. Estaba contenta de vestir falda y blusa, una indumentaria muy distinta a la del día anterior. Además, su pelo estaba bien peinado y llevaba en los ojos un poco de sombra, lo que la hacía parecer muy diferente al «muchacho» del día anterior.
-Entiendo.
La chica observó que él suavizaba un poco su expresión. Sin embargo, ella seguía estando nerviosa. En su ansiedad por evitar toda sospecha, se lanzó a hablar sin pensar.
-¿Es algo importante? No creo que tarde mucho.. Si quiere pasar a esperarla...
¿Por qué demonios lo había invitado a pasar?, pensó. Lo último que quería era verse obligada a charlar con aquel hombre, hasta que su madre regresara. Tal vez tardaría varias horas... Pero ya era tarde para cambiar de opinión. Paul Sarrizen inclinó la cabeza y dijo:
-Muchas gracias. Así podré sentarme un rato.
El dio un paso hacia delante y Charlie tuvo que hacerse a un lado para dejarlo entrar. Le pareció más grande que nunca, por lo que se apretó contra la pared del estrecho pasillo, para evitar que sus cuerpos se rozaran. Luego se tranquilizó, diciéndose que el techo de la casa era muy bajo, y eso lo hacía parecer más alto de lo que en realidad era.
-Por aquí -indicó, abriendo la puerta más cercana y haciéndolo pasar a la sala-. ¿Quiere un vaso de limonada?
Ella estaba desconcertada por su propio nerviosismo al verlo tan cerca y al darse cuenta de que su voz la estaba traicionando.
-Con mucho gusto. Si no es molestia, quiero decir.
-Ninguna -aseguró Charlie.
En realidad, necesitaba una excusa para alejarse de él, aunque fuera sólo por un momento.
«Tengo que comportarme con normalidad», pensó, mientras preparaba la limonada.
¿Qué tenía ese hombre que la afectaba en esa forma? Desde luego, también le desagradaba profundamente. «Desagradable» le pareció una palabra demasiado suave para describir lo que sentía por él, sobre todo, por el poco aprecio que había mostrado por su tía y por su arrogante actitud del día anterior. Sin embargo, ésa no

era razón para temblar cada vez que lo viera. Nada de eso le había ocurrido cuando se enfrentaron en el gallinero...

Aunque probablemente era esa la razón de sus sentimientos. Con todas las cosas que le había dicho, Paul Sarrizen estaría molesto con ella. Y ahora se encontraba sola con él en su propia casa... Al pensarlo, un escalofrío se deslizó a lo largo de su espalda y tuvo que hacer un gran esfuerzo para coger el vaso y volver a la sala. Allí encontró a Paul Sarrizen de pie, observando una acuarela colgada en la pared.

-¿Lo ha pintado usted? -preguntó el hombre, volviéndose hacia ella.

-No... Mi padre...

Su turbación hizo que se escuchara como si hubiera corrido varios kilómetros en vez de recorrer unos cuantos metros de la cocina hacia la sala.

-También ha pintado esas -añadió, señalando una serie de cuadros que estaban sobre la chimenea--. En eso trabaja. Es ilustrador.

-¿Siempre pinta la vida salvaje? -preguntó Paul, estudiando los delicados trazos que mostraban erizos y ratones de campo rodeados de flores.

-Es lo que más le gusta y lo que mejor le sale. Por eso siempre le dan libros de historia natural o de cuentos para ilustrar.

-Son muy buenos. ¿Ha tenido éxito?

-Muy poco.

Animada por la admiración que sus palabras suscitaban en aquel hombre, Charlie no pudo evitar una triste sonrisa al admitir que su bien amado, pero desorganizado padre no había tenido éxito en su profesión.

-Qué raro. Yo diría que un trabajo tan fino como éste, debía tener una gran demanda. Tiene delicadeza y al mismo tiempo, una gran fuerza. Estos animales son verdaderos, no criaturas de cuentos de hadas.

Al escuchar los elogios sobre el trabajo de su padre, la joven olvidó por un momento que aquel hombre no le resultaba simpático. A ella siempre le gustaron las ilustraciones de su padre y le encantaba encontrar a alguien que compartiera su punto de vista.

-Yo creo que podría tener mucha demanda -declaró con lentitud-. Pero no es listo. Los negocios no van con él. A mi padre le interesa vivir tranquilamente, disfrutar del campo y le basta con ganar el dinero suficiente para vivir.

-¿Y lo gana?

Hubo algo en la forma en que Paul examinó la habitación, que molestó a la chica y provocó que su hostilidad por él renaciera. Ella pensó que estaba comparando la casa con el apartamento que él tenía en Londres. Pero ése era su hogar y estaba dispuesta a defenderlo.

-Nos las arreglamos -respondió, cortante. Entonces se dio cuenta de que llevaba dos vasos de limonada y le ofreció uno al mismo tiempo que decía-: Tenga.

Le resultó imposible hablar sin agresividad. En ese momento, el corazón le dio un vuelco al advertir que aquel hombre volvía a fruncir levemente el ceño y que en sus ojos aparecía una expresión inquisitiva. Al sentirse nerviosa, hizo un movimiento rápido para evitar que sus manos se rozaran. Ingenuamente, pensó que tocar a aquel hombre, le produciría una herida o una quemadura.

-No quería ofenderla.

Paul cogió el vaso, pero no se movió. Ella sintió su cercanía como una fuerza opresiva, lo mismo que minutos antes en el pasillo. Parecía que sobre sus hombros hubiera caído un enorme peso.

-Por el contrario continuó él, genuinamente preocupado-. Yo sé lo que es trabajar por cuenta propia.

Charlie contuvo una exclamación de desacuerdo. No podía aceptar ninguna similitud entre el mundo agresivo y caro en el que Paul Sarrizen se desenvolvía y la actividad hogareña y artística de su padre. Emily Mackenzie le hablaba a menudo de su sobrino y por ella sabía que Paul se había dado a conocer con un par de revelacioness sensacionalistas, para luego seguir su arriesgada y excitante vida de corresponsal extranjero. Él viajaba de un país a otro, según comprobó hojeando algunos recortes de su tía. Y cuando no estaba viajando, aparecía con regularidad en las columnas de los eventos sociales. Por lo que pudo darse cuenta, Paul era implacable cuando le interesaba un reportaje y lo mismo podía decirse de sus mujeres. En las fotografías que había visto, estaba acompañado de muchas damas, lo cual indicaba que no mantenía compromiso con ninguna.

Charlie sabía que su padre, amable y poco práctico, no podía sobrevivir en el mundo de Paul Sarrizen. Se lo comerían en cuanto pusiese un pie en él. Recordando la expresión arrogante que vio el día anterior en el rostro de aquel hombre, la chica se alegró de que su padre no fuera así. Para él, la familia era muy importante y nunca hubiera ignorado la súplica de una anciana tía que lo llamaba para estar a su lado... En realidad, no hubiera sido necesario ni que se lo pidiera.

-¿De veras?

-¡Oh, perdón! -exclamó él-. Permítame presentarme. Me llamo Paul Sarrizen. Emily Mackenzie es mi tía abuela.

Charlie estrechó la mano que él le ofrecía, procurando que su rostro no mostrara más interés que el normal. No aceptar su mano hubiera sido una groseeía. Tal vez el hombre le exigiría una explicación que ella no estaba dispuesta a dar, mientras estuviera sola con él en la casa. Por lo tanto, intentó que el gesto amistoso fuera lo más breve e impersonal posible; pero se vio sorprendida al sentir que el hombre le estrechaba la mano con una calidez y firmeza, que en otras circunstancias hubieran despertado su confianza. Al soltar su mano, la invadió una sensación de calor que la hizo estremecerse.

-¿Quiere sentarse, señor Sarrizen?

Ella le señaló una silla, esperando que su movimiento pareciera natural.

-Gracias.

Paul se dejó caer en la silla y bebió un enorme trago de limonada... como si el día fuera demasiado caluroso.

-Está deliciosa.

-La ha preparado mi madre.

Respondió con vaguedad pues por primera vez desde que recibió el impacto de su llegada, lo estaba mirando con atención. Eran muchos los cambios que ella percibía en su rostro, desde su desagradable encuentro de la tarde anterior.

Su cara recién afeitada parecía otra, haciendo su aspecto mucho más suave y sofisticado. Al mismo tiempo, su masculinidad emanaba fuerza. Estaba muy bronceado, con el color que se adquiere al vivir y trabajar en un clima soleado durante mucho tiempo. Sus ojos, casi plateados, contrastaban con su piel tostada. Al verlo a la luz del sol, Charlie percibió sombras bajo sus ojos, que le daban un aire de cansancio, que el día anterior no había percibido.

«Muchas noches en vela», pensó. «0 demasiada bebida. Además, le ha producido mucho alivio poderse sentar.»

-Esta limonada está mucho mejor que las que te dan en las tiendas --continuó.

Se obligó a hablar, temerosa de que el silencio le diera tiempo a Paul de recordar al «muchacho» que conoció la tarde anterior.

-Sobre todo, en este tiempo -comentó-. Hace mucho calor para ser mayo, ¿no le parece?

-No, no lo creo --contestó él con una repentina sonrisa-. Será porque he vivido algún tiempo cerca del Ecuador, pero el clima de

aquí me parece un poco fresco.

--Sí, puede ser. ¿Dónde estaba trabajando?

-En Centroamérica. Guatemala, para ser exacto.

Por eso estaba tan moreno. Francamente, Charlie no podía imaginarse a aquel hombre en una playa. Incluso sentado, proyectaba una imagen de energía controlada, como si fuera un resorte comprimido a punto de estallar.. Según Miss Emily, era un verdadero torbellino cuando se trataba de hacer un reportaje. En realidad, no podía imaginarlo tranquilo y relajado bajo ninguna circunstancia... y eso la hizo volver a estremecerse.

El vivir en Guatemala también explicaba su falta de interés por escribir cartas... En ese momento, ella se preguntó si no tendría que cambiar de opinión y de actitud hacia aquel hombre. Después de todo, Miss Mackenzie lo quería mucho y ella no era tonta.

«No», pensó. «Aunque el correo funcione mal en Centroamérica, le envié una segunda carta hace más de dos meses. En el periódico tenían que saber dónde estaba o mantener algún contacto con él... Tuvo que saber que su tía estaba enferma hace mucho tiempo. »

-¿No nos conocemos?

La pregunta vino de pronto, interrumpiendo sus pensamientos y haciendo que el corazón le saltara dentro del pecho al recordar al Paul Sarrizen del día anterior.

-No lo creo -respondió tímidamente-. Usted lleva mucho tiempo fuera del país y yo he empezado a trabajar para su tía hace unos nueve meses. Mis padres vinieron a vivir aquí un año antes de eso.

La joven no quiso decir que el mudarse a aquel pueblo fue con la intención de reducir gastos y vivir con los irregulares ingresos de su padre. El dinero nunca les había sobrado y por eso buscó desesperadamente un trabajo. Pero en aquella zona rural no había muchos empleos y Miss Mackenzie fue verdaderamente un ángel para ella.

-Yo vivía y trabajaba en Leeds. ¿Ha estado usted allí?

Iba a seguir hablando, pero se interrumpió, pues si no tenía cuidado, iba a acabar por contarle cosas demasiado personales. Además, a Paul Sarrizen no le iban a interesar.

Sin embargo, él no la estaba escuchando. Estaba pensativo, recordando algo que ella había dicho un momento antes.

-Dice que trabaja para mi tía... ¿Acaso es usted CJ Harrington, la persona que me escribió las cartas?

«Cartas», pensó ella. «Eso significa que recibió más de una. »

Un momento antes, creyó que Paul merecía mejor opinión que la que le inspiró en un principio; pero ahora, volvía a pensar lo peor

de él.

-Efectivamente. Yo soy CJ Harrington.

A ella le fue imposible disimular el tono de censura en su voz. Cuando escribió la segunda, los médicos pensaban que Miss Mackenzie no viviría ni una semana más. Las enfermeras le aseguraron que sólo repetía el nombre de su sobrino, aun estando inconsciente. Sin embargo, el estado de la enferma se estabilizó, aunque seguía delicada. Al escribir la tercera carta, Charlie le transmitió la urgencia y la desesperación que percibía en la enferma. Después de todo, más que su patrona, la anciana era su amiga y estaba incapacitada para escribir personalmente.

-Con que usted es Charlotte...

El cambio que percibió en su expresión le advirtió que Paul había captado la hostilidad con que pronunció esas palabras y que eso no le había gustado. También había algo más, alguna emoción inquietante que se reflejaba en sus ojos. A Charlie se le secó la boca al presenciar aquel cambio de expresión.

-¿Qué tiene usted contra mí? -preguntó él, exigente.

Charlie se quedó asombrada, pues era lo último que esperaba escuchar.

-No sé a qué se refiere -contestó ella, intentando mantener la calma.

Para apoyar su actitud, se llevó el vaso a los labios con indiferencia. Pero se detuvo a medio camino al percatarse de que el temblor de sus manos la iba a traicionar.

-Usted lo sabe muy bien.

Lo dijo en el mismo tono de voz, pero con tanta intensidad, que la joven retrocedió en su asiento, como si la hubiera golpeado con sus palabras.

-Mire, señor Sarrizen... -empezó a decir.

Pero él no la dejó terminar.

-Desde que me abrió la puerta me ha mirado como si yo fuera una serpiente venenosa. Y todo este tiempo ha tratado, inútilmente por cierto, de ocultar la hostilidad que le inspiro.

-¡Por favor! -exclamó ella. El temor que sentía, hizo que su voz se tensara-. Me parece que el sol de Centroamérica ha afectado sus facultades mentales y le hace ver lo que no existe.

-Al contrario, señorita Harrington -repuso él, poniéndose de pie-. Veo las cosas con demasiada claridad. Conozco muy bien el desprecio y usted lo lleva escrito en el rostro; en los ojos, en su falsa sonrisa, y en su tono de voz. Y si como usted afirma, nunca nos hemos visto antes... No terminó la oración. Y el corazón de Charlie

se agitó dolorosamente al verlo cambiar de opinión una vez más. Casi pudo seguir el proceso mental al que sometió su pensamiento, hasta llegar a la inevitable conclusión.

-0 tal vez sí nos hayamos visto antes.

Aquellos ojos penetrantes escudriñaron su rostro y se posaron en su boca, en su frente., en su pelo, y luego se deslizaron lenta e intensamente a lo largo de su cuerpo. Ella se removió en su asiento, inquieta. Tenía la boca seca, y de haber tenido palabras para contestarlo, no hubiera podido traspasar la frontera de sus labios. Además, ¿qué explicación podría darle? Ella tenía la mente completamente en blanco.

-Señorita Harrington...

Se preparó a afrontar la pregunta que le iba a hacer y se humedeció los labios. Pero en ese momento, el ruido de la puerta de la calle al abrirse, interrumpió a Paul; luego se escucharon pasos en el pasillo y finalmente la voz de la madre de Charlie.

-¿No hay nadie en casa? ¡Ya estoy aquí!

La chica seguía atenta al proceso mental de Paul y se dio cuenta de que acababa de armar el rompecabezas en aquel instante... y que el resultado le molestaba más que todo lo ocurrido.

CAPÍTULO 3

CHARLIE -repitió Paul Sarrizen con satisfacción-. CJ Harrington, la «querida Charlotte» de mi tía es en realidad, Charlie. La joven se estremeció ante el tono con que pronunció su nombre... parecía más bien una acusación o una advertencia.

-Aquí estoy, mamá -respondió, agarrándose con fuerza al brazo de la silla y con voz titubeante-. Tienes visita.

Ella no creía que él provocara un escándalo delante de su madre. Aunque el peligroso brillo que había en sus ojos, le aseguraba que a ese hombre no le importaban las buenas maneras ni la cortesía.

-Hola, hija dijo Val Harrington asomando la cabeza por la puerta-. ¡Ah! Buenas tardes.

Paul se puso de pie con extrema cortesía, tragándose la rabia que sentía. Y en una actuación digna de un Oscar, recibió a su madre con una sonrisa que aún a ella misma le hubiera parecido sincera, de no haberlo visto unos segundos antes. Como su madre no había presenciado el instante de rabia, se quedó encantada con las apariencias y le devolvió la sonrisa sin vacilar.

-Buenas tardes, señora Harrington -respondió él.

La joven presenció con asombro aquella transformación. Hasta su voz perdió toda agresividad y se volvió cálida y suave-. Soy Paul Sarrizen. La llamé hace unas horas.

Charlie reprimió un gesto de sorpresa. ¿Cuándo llamó ese hombre a su madre? ¿Y por qué?

-¿Sarrizen?

Evidentemente, su madre no recordaba su nombre. Aunque eso no era raro, pues Valerie Harrington era una mujer muy despistada.

La mujer entró en la habitación, pensativa, intentando colocar los mechones de pelo que se habían escapado de los pasadores.

-¡Ah, sí! -dijo al fin-. Ya me acuerdo. Miss Mackenzie le pidió que se pusiera en contacto conmigo.

-¿Miss Mackenzie? -preguntó Charlie, sin poder contener-. ¿Ya ha ido a visitar a su tía?

-Efectivamente, señorita Harrington -contestó él, cortante, como una navaja-. Ayer estuve con mi tía. Después de todo, es por ella por quien me encuentro aquí.

Hubo algo amenazante en el énfasis que puso en la palabra «aquí» y que ella no pudo comprender del todo. Por otro lado, no estaba segura de querer saber lo que se escondía detrás de ella.

-¿Y ahora piensa quedarse por más tiempo? -preguntó Val, tratando de suavizar la tensión que percibió entre su hija y el visitante.

-Precisamente -respondió Paul, volviendo a sonreír para disimular-. La tía Emily me pidió que me quedara una temporada a su lado.

-Harto de tomar el sol en el Ecuador, ha decidido seguirle la corriente, ¿no?

El disgusto y la irritación que la invadieron no le permitieron ocultar sus sentimientos por más tiempo. Al fin y al cabo, era inútil. Paul Sarrizen no se dejó engañar por sus intentos iniciales de mostrarse cortés.

-¿No le parece un poco tarde paraa convertirse en un afectuoso sobrino?

-¡Charlie! -exclamó su madre-. Así no se le habla a un huésped. El señor Sarrizen...

-¿Qué? -interrumpió la chica en cuanto comprendió el sentido de aquellas palabras-. ¿Un huésped?

«No puede ser cierto. Por favor, que no sea cierto», pidió en silencio.

No era la primera vez que su madre hospedaba a alguien, para incrementar los ingresos familiares, sobre todo en el verano. Generalmente, se trataba de turistas que querían conocer la región a fondo, o excursionistas de camino a alguna otra parte; se había quedado en la casa durante mucho tiempo.

Consternada, Charlie miró a su madre y luego a Paul. Los labios de ésta se curvaron y en sus ojos apareció el brillo del triunfo.

-El señor Sarrizen va a vivir con nosotros una temporada -declaró Val, confirmando así sus peores temores-. Llamó cuando estabas fuera para ver si tenía una habitación disponible. Siento mucho no haber estado cuando usted llegó, señor Sarrizen; pero es que Chico, uno de los gatos, se escapó cuando yo estaba colgando la ropa y tuve que salir detrás de él. Llevo una hora persiguiéndolo por todo el pueblo y estoy exhausta. ¿Quiere que le prepare un poco de té? Así podremos charlar más a gusto.

La puerta se cerró y Charlie, que ya ni siquiera intentaba disimular sus sentimientos, se volvió hacia Paul.

-¿Por qué? -preguntó, furiosa-. ¿Por qué tiene que imponernos su presencia? -Necesito un lugar donde vivir que esté cerca del hospital -respondió él, imperturbable-. Mi tía Emily me sugirió que se lo pidiera a tu madre. Me pareció perfecto, pues no sabía que ésta fuera tu casa.

-Hay varios hoteles en la región -contestó ella, intentando pasar por alto su último comentario.

-Ninguno está cerca del hospital.

La satisfacción con que rechazó su sugerencia, fue como si frotara con sal una herida.

-¿Por qué no se aloja en Riverview?

La tarde anterior, él declaró con arrogancia que consideraba suyas la casa y la finca entera; por lo tanto, le pareció que era una oportunidad perfecta para instalarse como dueño y señor.

-Ya lo sé... -respondió él con una mirada que indicaba que sabía exactamente lo que estaba pasando-. Riverview ha estado cerrada durante casi tres meses.

-¡Ya lo sé!

La joven sabía mejor que nadie el tiempo que la casa llevaba deshabitada pues se había hecho cargo de la mansión desde el día en que Miss Mackenzie fue hospitalizada. Ella era quien iba todos los días a la casa a asegurarse de que todo estuviese en orden, a limpiar y a recibir la correspondencia. Quería hacer algo para merecer el salario que Miss Emily insistía en pagarle, aun cuando el trabajo hubiera disminuido tanto desde que enfermó.

Siempre que iba hacia la casa, pensaba que ese día podría llegar la carta o el telegrama que su patrona tanto deseaba recibir. Cuántas veces rezó para que ese día pudiera llegar a su lado y decirle que su adorado sobrino ya se encontraba de camino para ir a verla. Eso había aumentado su resentimiento hacia aquel pariente silencioso y obstinado, que tanto había hecho sufrir a la pobre enferma. Ahora, tres meses después, se presentaba de pronto y su arrogancia era tan odiosa como la imagen que de él se había formado durante ese tiempo.

-Además, mi tía me sugirió que sería mejor que no viviera solo -prosiguió él.

Por un momento, desapareció de su voz ese tono que tanto la molestaba. Pero volvió inmediatamente.

-Me recomendó a su madre con mucho entusiasmo. Dice que es una cocinera excelente.

-Entiendo --dijo Charlie-. Usted es uno de esos hombres que se sienten castrados el día que tienen que prepararse la comida; uno de esos inútiles que no pueden valerse por sí mismos y necesitan que una mujer se lo haga todo.

Los ojos penetrantes de Paul tomaron el aspecto de la plata fundida y ella comprendió que había ido demasiado lejos. Sin embargo, él logró controlar su ira, aunque con más dificultad que anteriormente.

-Yo creí que preferiría que no me alojara en Riverview -declaró él tranquilamente-. Después de todo -prosiguió-, usted afirma que

mi primo, su precioso Brian, tiene más derecho que yo a la casa.

Al escucharlo pronunciar el nombre de su primo, Charlie se alarmó. ¿Qué le pudo haber contado Emily Mackenzie en el tiempo que pasaron juntos? En el fondo, ella se sentía inquieta al pensar que su patrona podía haberle hablado a Paul Sarrizen, de sus relaciones con Brian Merton... una relación que ella quería examinar a fondo en cuanto pudiera.

-No sé a qué se refiere -contestó, con una incertidumbre que hizo que sus palabras parecieran huecas.

-No se haga la inocente. Ayer se contuvo para decirme que mi primo tiene más derecho que yo a esa casa -añadió-. Dígame de una vez qué tiene en contra mía.

-Cualquiera se daría cuenta -afirmó ella con mordacidad-. ¿Tiene acaso una ligera idea de lo mucho que su tía lo necesitaba? ¿Sabe con qué ansiedad esperaba noticias suyas? Su tía lo quiere mucho.

En la privacidad de sus pensamientos, añadió que no comprendía la razón de su amor. El comportamiento de ese hombre indicaba que no conocía siquiera el significado de la palabra «amor» y si no conocía su significado, mucho menos podría sentirlo.

-Creía que nunca se iba a recuperar, que moriría sin volver a verlo -añadió, levantando la voz con furia-. ¿Sabe lo que eso significaba para una mujer sola en una cama de hospital? Usted no se molestó en escribirle ni en enviarle flores... ni siquiera una llamada de teléfono...

-Ya sé que daba la impresión de...

Ante su consternación, Paul parecía verdaderamente angustiado. ¿Sería posible que su conciencia, al fin empezara a atormentarlo?

-Pero ya le he explicado a mi tía las circunstancias en las que me encontraba en Guatemala; y si ella puede aceptar mi...

-Su tía aceptaría cualquier explicación que viniera de usted.

Charlie ni siquiera intentó disimular el desprecio que sentía por él. Su comportamiento... o mejor dicho, su falta de comportamiento durante meses, provocaron dolor y angustia en una mujer enferma. Y sin embargo, él creía que era posible arreglarlo todo, con una simple «explicación».

-La tiene usted sometida a sus deseos y caprichos aunque francamente, no me explico por qué. Me da la sensación de que ella le da todo, sin que usted sea capaz de devolver nada.

-Por lo visto, eres una experta en analizar el comportamiento de los demás, ¿verdad? Sobre todo, del mío.

Su arrepentimiento, remordimiento, o lo que fuera, había sido reemplazado por la furia.

-He trabajado durante meses para tu tía -rebatió ella, tuteándolo sin darse cuenta.

-Y sigues trabajando para ella, según me han dicho.

Hubo en sus palabras algo desagradable, de modo que en vez de ser una afirmación, se convirtió en una amenaza.

-¿Qué significa eso?

-¿Qué significa? -preguntó él, asumiendo una inocencia muy estudiada-. ¿Es que debe significar algo?

-Si se refiere a que sigo trabajando para...

-¡Trabajando! -exclamó él, con una risa sarcástica-. Si prefieres llamarlo así..., pero a mí no me engañas. Yo no me atrevería a llamar trabajo a lo que haces. Tu única obligación es recibir un sueldo bastante elevado por no hacer nada.

-¡Yo me encargo de la casa!

-Lo cual te ocupa mucho tiempo; sobre todo, desde que nadie vive en ella -repuso Paul con desprecio-. ¿No te parece que como ama de llaves cobras demasiado?

Charlie se dio cuenta en ese momento de que su disgusto no era causado únicamente por el encuentro de la tarde anterior. Paul había llegado a su casa predispuesto contra ella por su trabajo como secretaria y dama de compañía de Miss Mackenzie. Entonces tuvo que admitir que al escribirle la quinta carta, perdió el tacto y le dijo cosas bastante fuertes, pero eso tampoco era todo, a él le molestaba que recibiera un sueldo. ¿Acaso pensaba que con eso iba a disminuir su herencia?

-También escribo sus cartas.

Hubiera deseado no estar tan a la defensiva, pero él la había provocado. En varias ocasiones, le había dicho a su patrona que no le pagara a tiempo completo, pues estaba trabajando muy poco en esos días... Pero eso no era asunto de él. Lo que le había molestado enormemente era el hecho de que después de más de un año de no visitar a su tía, ese hombre llegara a indagar cuánto le pagaba a su ama de llaves. Entonces concluyó que Brian tenía razón, que Paul Sarrizen era un individuo sin escrúpulos, interesado y mercenario.

-Claro, las cartas -dijo Paul con voz suave.

Charlie se puso a la defensiva. Sin que él lo mencionara, sabía que estaba recordando los conceptos tan poco amables que había utilizado en las dos últimas cartas.

-Escribirlas debe llevarte mucho tiempo. ¿Mi tía envía muchas cartas?

-No -tuvo que admitir la joven.

Estaba segura de que él lo sabía. Pero se sintió acorralada, y se

volvió contra él. Seguramente, esos argumentos debió haberlos discutido con su tía para asegurarse de que su trabajo no justificaba el sueldo que estaba recibiendo.

-No -repitió-. Pero Miss Emily me dijo que podía hacer ese gasto.

-No lo dudo. Aunque no se trata de eso.

-Entonces, ¿de qué? -preguntó ella, violenta.

Sabía por intuición cuál iba a ser su respuesta, pero no aceptaba que la creyera capaz de comportarse así.

-Si tuvieras un mínimo de integridad, no tendrías que preguntarlo. Estás estafando a mi tía.

-¿Có... cómo te atreves a...? -casi no podía hablar por la rabia que sentía-. Ésta es mi casa. ¡No tienes derecho a insultarme! Sal de aquí ahora mismo.

Perdiendo por completo el control de sí misma, lo sujetó por los brazos e intentó empujarlo hacia la puerta.

-No puedo irme -afirmó él con suavidad y resistiendo el ataque sin el menor esfuerzo-. Olvidas que ésta también es mi casa. Al menos, por un tiempo.

Charlie lo soltó como si su contacto la quemara. Al principio, pensó que había reaccionado así por la impresión de tenerlo en su casa todo el día como huésped. Pero la verdad era mucho más complicada y no quiso enfrentarse a ella en ese momento.

Lo primero que acudió a su mente fue que la sensación de quemadura parecía real. En ese momento en que sus dedos se cerraron alrededor del brazo de Paul, la calidez de su piel se transmitió a través de la camisa y llegó a sus manos con la fuerza de un choque eléctrico; de ahí pasó a los nervios llegando al corazón, con un impacto tal, que por una fracción de segundo, temió que éste se fuera a detener para siempre. Entonces apartó la mano rápidamente porque de haberla dejado ahí, un segundo más, la tentación de acariciar su brazo hubiera sido más fuerte que ella. Aquella sensación tan distinta a lo que sentía por Brian, la hizo preguntarse si no estaría perdiendo la razón.

No era posible que aquel hombre le pareciera tan atractivo. Brian lo había descrito como un hombre duro y egoísta, además, su intuición le había dicho en aquella ocasión que jamás podría gustarle nada procedente de Paul Sarrizen y desde el momento en que lo conoció, esa sospecha se convirtió en certidumbre... No había encontrado nada en él que hiciera mejorar su opinión. Por eso, le resultaba incomprensible ese... tuvo que forzarse para admitir que la palabra exacta era «deseo».

-No quiero que viva usted aquí.

A ella ya no le preocupó parecer una niña malcriada, ni se detuvo a examinar el tono de voz en que lo dijo. Dentro de su cabeza bullía un torbellino de emociones y un temor tan poderoso como irracional, de convivir con aquel hombre, de sentarse a la misma mesa, de verlo todos los días dentro de su propia casa y de dormir cerca de él... Un estremecimiento la sacudió de arriba abajo al pensar que la habitación que destinaba su madre a los huéspedes estaba justo al lado de la suya.

-Busque algún otro lugar.

-De ninguna manera -repuso Paul, lacónico e inflexible.

Ella se sintió como si se hubiera estrellado de pronto contra una pared. Se volvió hacia él y se quedó impresionada al ver que él estaba sonriendo... Aunque no era una sonrisa en realidad. Una sonrisa es muestra de calidez y hace que la otra persona se relaje; pero el gesto que vio en el rostro de Paul la hizo sentir frío en lo más profundo de su ser.

-Mi tía tenía razón al recomendarme tu casa como el lugar ideal para mí. Estoy decidido a quedarme aquí. Y por lo que he oído, tu madre estará contenta de tener un huésped. Creo que tiene algún problema con la instalación eléctrica.

Charlie empezaba a darse cuenta de cómo él se había creado esa reputación casi legendaria de investigador cuando estaba buscando un reportaje. ¿Cómo se había enterado de que la instalación eléctrica de la casa era tan vieja que se había convertido en un riesgo para sus habitantes? Además, antes de que llegara el invierno iban a tener que cambiar la calefacción central. Su madre estaba desesperada pensando de dónde iba a sacar dinero para afrontar tantos gastos. El dinero del alquiler de la habitación no llegaría para pagarlo todo, pero les iba a ayudar mucho.

Un nuevo pensamiento acudió a su mente: Paul Sarrizen estaba seguro de que ella quería estafar a su tía. Y el descubrir las necesidades de dinero de su familia, confirmaría sus sospechas. En ese momento, supo lo que siente un animal al caer en una trampa y se dio cuenta de que cualquier intento de ofrecer explicaciones, complicaría más las cosas.

-Entenderás que lo mejor para todos, es que yo me aloje en tu casa.

Su voz era tan suave y persuasiva, que en otras circunstancias, Charlie la hubiera calificado de «seductora»; pero a ella le hizo el efecto de un papel de lija frotado contra su piel, y no supo qué decir. Entonces, una mano grande y cálida la cogió por la barbilla, rozando suavemente la mejilla con su palma; lentamente la obligó a

levantar el rostro, hasta que sus ojos observaron los de aquel hombre y todo pensamiento desapareció de su mente.

-¿Por qué estás tan preocupada, Charlotte? -dijo Paul, zalamero-. Verás cómo todo se resuelve... si tú quieres.

Él la mantuvo como hipnotizada y deslizó su pulgar por la mejilla, hasta la boca. Luego siguió el contorno de su labio inferior, largo y carnoso, pasando su dedo entre los dos labios de forma sensual y sugestiva. Charlie sintió que su cuerpo se encendía, que la tierra empezaba a dar vueltas y que su visión se oscurecía. Si Paul la hubiera besado en ese momento, probablemente lo hubiese rechazado y hasta lo habría abofeteado; pero ese suave e íntimo gesto la mantuvo inmóvil, ajena a cuanto no fuera el roce de la piel en sus labios... y tuvo la terrible tentación de besarle la mano.

-Yo creo... -susurró Paul, sonriendo con mayor amplitud-. Que tú y yo podemos llegar a ser amigos.

Eso era demasiado. La sola mención le pareció espantosa y le dio fuerza para romper el trance en el que se encontraba... más fuerza de la necesaria, de modo que el movimiento la hizo perder el equilibrio. Habría caído al suelo si Paul no la hubiera sujetado. Lo hizo tan firmemente, que la cercanía de sus cuerpos hizo que Charlie pudiera percibir su calor incluso a través de la ropa. Respiró profundamente y con el aire, inhaló el aroma de su piel. Su boca se quedó repentinamente seca y su corazón latió con tanta fuerza, que estuvo segura de que él lo podía escuchar.

-Tú y yo nunca podremos ser solamente amigos -exclamó,

Ella se dio cuenta demasiado tarde de lo que aquel «solamente» significaba. Paul arqueó una ceja, demostrando que él también se había dado cuenta del doble significado. En ese momento, las ruborizadas mejillas de Charlie, perdieron de pronto el color.

-Es cierto -murmuró. Y aprovechando que Charlie seguía atontada por lo que había dicho, bajó la cabeza-. Estoy completamente de acuerdo en que tú y yo no podemos ser solamente «amigos».

Y acercándose aún más a ella, la besó.

En cuanto sintió sus labios, el corazón de Charlie se detuvo por un segundo; luego volvió a latir, pero su movimiento era tan irregular, que a ella le resultaba casi imposible respirar. Sintió que la cabeza se le iba. Sólo permaneció consciente por un instante de voluntad, que le recordó a gritos que eso no es lo que ella quería y que un momento antes se había propuesto no permitirlo bajo ningún concepto. Al mismo tiempo, los instintos básicos de su cuerpo le decían que no sólo debía permitirlo, si no que lo deseaba

ardientemente. Eso la incitó a responder a la caricia y a ceder al placer que ésta le proporcionaba. Pensando racionalmente, si ella detestaba a Paul, su beso debería causarle repulsión. Pocos minutos antes, pensó que si él se atrevía a propasarse de la forma que fuera, era capaz de abofetearlo. ¿Por qué, entonces, permaneció completamente pasiva y le permitió explorar su boca con tanta sensualidad y experiencia? Debía estar completamente loca. No encontraba otra explicación. No era posible que ella estuviera disfrutando un beso de Paul Sarrizen.

En el fondo de su cerebro oyó de pronto el ruido de la puerta de la cocina al abrirse y el taconeo de su madre en el pasillo. Era una percepción meramente sensorial, sin que su mente fuera capaz de investigar su causa. Fue Paul quien se separó y dio un par de pasos para alejarse, de modo que cuando Val abrió la puerta, entre ellos había una distancia bastante respetable.

-Permítame ayudarla.

En medio de su aturdimiento, Charlie vio que él tomaba la bandeja y la colocaba sobre la mesa. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquilo y tan indiferente, si ella aún se sentía como si la hubiera golpeado en la cabeza con un ladrillo? Sí, en sus labios había la sombra de una sonrisa de triunfo; pero fuera de eso, parecía tan normal como en el momento en que llamó a la puerta. ¿Cómo podía cambiar así?

La explicación era muy fácil: Ella estaba confundida y desorientada porque el beso la había afectado mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Pero Paul no había sentido nada, su beso no fue un gesto de afecto, sino algo fríamente calculado. Casi como una muestra del dominio que era capaz de ejercer sobre ella. Brian le advirtió que su primo era un individuo cruel y ella acababa de tener una experiencia que se lo demostraba plenamente.

¡Lo peor era que ella había respondido a su beso! Charlie sacudió la cabeza, no sólo como reconocimiento de su propia debilidad, sino para ahuyentar el rastro de placer que aún tenía. Sin embargo, la frustración que sintió cuando él se retiró precipitadamente, no había desaparecido. Por si no tuviera pruebas suficientes de su crueldad por la forma en que había tratado a su tía, aquí tenía la confirmación.

«No volveré a caer», se prometió firmemente.

Justo a tiempo recuperó la compostura, porque en ese momento su madre le ofreció una taza de té.

-Galletas hechas en casa. Si me mima usted así mientras esté en su casa, no sé lo que será de mí después -dijo Paul.

-¿Cuánto tiempo piensa quedarse? -preguntó Val-. Por teléfono me dijo que una semana o diez días, ¿no?

La joven rezó en silencio para que fuera una semana, pues ya bastante sacrificio sería tolerarlo durante ese período de tiempo.

-Ése era mi plan original -admitió Paul, reclinándose en su silla.

Algo en su tono de voz, alertó a Charlie. Lo vio beber un trago de té con una actitud relajada que contrastaba profundamente con la tensión a la que ella se encontraba sometida. Luego la miró por una fracción de segundo y eso la preparó para escuchar algo que no le iba a gustar.

-Pero después de hablar con mi tía, he cambiado de opinión respecto a muchas cosas.

Una vez más, sus ojos la enfocaron a ella; pero esta vez no se retiraron, sino que permanecieron fijos en su rostro durante varios segundos.

-En el periódico me deben vacaciones y creo que voy a aprovechar para quedarme junto a mi tía. Quisiera alquilar la habitación por un mes.

«¡No!», estuvo a punto de gritar Charlie. «¡De ninguna manera!»

Pero no dejó escapar ni una sola palabra de protesta, pues no podría explicar a su madre las razones de su oposición. Así que tuvo que permanecer inmóvil y muda, viendo la satisfacción de su madre al aceptar gustosa la propuesta de Paul. Lo peor fue que durante todo ese tiempo, sintió que aquellos ojos grises estaban fijos en ella, leyendo en su rostro, todo lo que pensaba.

¿Cómo iba a vivir durante el siguiente mes? Si en ese momento se sentía tan mal, ¿qué podía esperar después de pasar cuatro semanas al lado de Paul Sarrizen? Tendría que encontrar una manera de manejar la situación, se dijo, porque si no, las consecuencias podrían ser desastrosas para ella.

CAPÍTULO 4

CHARLIE dejó su coche a la sombra de un enorme y viejo roble, lo cerró y se detuvo un momento a contemplar la casa que se encontraba frente a ella. Grande y elegante, con las paredes cubiertas de vegetación bajo la luz brillante de aquella tarde de mayo, Riverview parecía verdaderamente excepcional. Estaba construida sobre una suave pendiente al final de un camino largo y sinuoso, rodeado por árboles.

En los nueve meses que llevaba trabajando para Emily Mackenzie, Charlotte había aprendido a amar la casa como su dueña misma. No le extrañaba que Miss Emily, nacida y criada en esa casa, la quisiera tanto; y mucho menos, que la echara tanto de menos estando en el hospital.

«Afortunadamente, está mejorando muy deprisa», pensó la joven, al mismo tiempo que abrió la imponente puerta principal y sintió la agradable frescura del vestíbulo.

Los médicos habían dicho que la mejoría de Miss Emily se debía, en gran parte, a la llegada de su sobrino. Charlie sonrió con cinismo, pues ella dudaba que Paul Sarrizen fuera capaz de hacer algo bueno en su vida; pero tuvo que admitir que el restablecimiento de la anciana empezó, efectivamente, en el momento en que el periodista llegó a Barford. Si estuviera en el lugar de Brian, pensó, se sentiría celosa de los elogios que la gente le ofrecía a su primo. Sobre todo, porque Brian siempre había estado pendiente de la anciana y constantemente le enviaba flores; eso, sin contar con los ciento cincuenta kilómetros que viajaba todas las semanas para visitarla; descuidando, aunque fuera por unas horas, la tienda de antigüedades que tenía en otro pueblo. Brian sí había mostrado cariño y devoción por su tía y nunca había sido tan egoísta como su primo.

En ese momento, la chica pensó que su visita a la mansión tenía por objeto apartar de su mente a Paul Sarrizen. Por eso se dirigió con rapidez a la cocina y abrió el armario donde se guardaba el equipo de limpieza.

En realidad, no era necesario limpiar nada. La casa estaba inmaculada. Después de todo, ella había dedicado los últimos seis días a hacer la limpieza. Entonces, pensó que estaba siendo más escrupulosa de lo normal para probarle a Paul que no estaba estafando a su tía. Inmediatamente rechazó ese pensamiento. No era necesario que nadie le recordara sus obligaciones; y menos aquel hombre tan desagradable.

Sin embargo, tuvo que reconocer que la presencia de Paul en su

casa, tenía mucho que ver con el tiempo que pasaba en Riverview. Era cierto que las veces que lo había visto durante la semana, Paul estuvo correcto en todo momento; aunque eso lo atribuyó a que durante sus encuentros, siempre estaban presentes su madre o su padre. Ella sufría sólo de pensar en lo que ocurriría si alguna vez se encontraban los dos a solas.

Para su sorpresa, Paul no era el huésped abusivo que ella esperaba que fuera. La mayor parte del día lo pasaba con su tía en el hospital; llegaba puntualmente a la hora de las comidas y estaba muy poco tiempo en la casa. Ocasionalmente se sentaba en el jardín a leer y a veces charlaba un rato con sus padres. Pero lo que más la sorprendió fue que siempre se iba temprano a dormir. Y todos los días se levantaba tarde.

«¡Basta! Yo he venido aquí a trabajar», pensó.

Sacó del armario una escoba, un plumero y un trapo; y se dirigió a la biblioteca con la intención de limpiar todos los libros.

Una hora y media más tarde, cubierta de polvo, fue a buscar una merecida taza de café. Mientras el agua hervía, se apoyó en el fregadero y admiró por la ventana el enorme jardín que rodeaba la mansión. Al verlo no pudo evitar compararlo con la pequeña parcela de jardín que tenía la casa de sus padres. Recordó que la hierba había crecido y que se estaba llenando de rastrojos, entonces se prometió llamar al jardinero..

-Yo también tomaré uno.

La voz de Paul sonó a sus espaldas, sobresaltándola y con un movimiento involuntario tiró la taza, que se rompió en el suelo.

-¡Mira lo que has hecho! -exclamó furiosa, intentando ocultar su nerviosismo con una explosión de mal humor-. ¿Por qué entras tan sigilosamente?

-Yo no he entrado sigilosamente -protestó él, indignado-. Te he llamado desde el vestíbulo; pero por lo visto, no me has oído. Debes de tener la conciencia muy intranquila para haber saltado de esa forma.

Lo dijo en un tono tan satírico que los ojos le brillaron con burla.

-¡Mi conciencia está tan limpia como la tuya! -repuso ella; pero al recordar que al menos en su opinión, la conciencia de Paul no estaba muy limpia, añadió-: Pásame la escoba y el recogedor, por favor.

-Yo lo haré -respondió, cogiendo la escoba y recogiendo los trozos de la taza-. Tú haz los cafés. El mío con leche y sin azúcar.

-¿Qué? Ah, sí, perdón.

Charlie tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad y coger otras dos tazas. Entonces se puso a pensar en lo que acababa de ocurrir: al ver a Paul de rodillas, literalmente a sus pies, su corazón dejó de latir por unos segundos y la asaltó un deseo irrefrenable de tocar su cabeza y de sentir su pelo entre los dedos. El impulso fue tan poderoso, que llegó a extender el brazo; sin embargo, en el momento en el que él empezó a hablar, lo retiró. Afortunadamente, no la estaba mirando; por eso no advirtió el color de sus mejillas.

Como pudo, preparó el café, se recuperó y lo sirvió.

-¿Qué te trae por aquí? -preguntó, cuando ambos se sentaron a la mesa de la cocina-. ¿Te pidió algo Miss Emily? ¿Un camisón limpio? ¿Toallas? Todo está preparado para cuando lo necesite.

Habló desafiante y orgullosa, como quien se anticipa a los deseos de su patrona. Al menos en eso, él no tendría nada que reprocharle.

-No, nada de eso. Aunque pensándolo bien, se los llevaré más tarde. Todos los días vengo a la casa, a cuidarla.

No hubo la menor intención de crítica en sus palabras, pero Charlie la percibió de todas formas. Ella era la única responsable del cuidado de la casa durante varias semanas y se las arregló perfectamente mientras él estaba en Guatemala, dedicado a elaborar reportajes que añadieran más éxito a su carrera.

-Vigilándome desde lejos, ¿verdad? -contestó, sintiéndose herida y ofendida.

-¿Es necesario? -preguntó él, irónico.

-Miss Emily me dejó a cargo de la casa. -Porque yo no estaba aquí.

La petulancia de su afirmación la dejó sin poder respirar y atizó su furia contra él. Entonces cometió el error de llevarse precipitadamente a los labios, la taza de café aún caliente.

-Yo puedo hacerlo todo -dijo, intentando disimular el efecto que la temperatura del café le produjo en la boca-. He podido hacerlo durante tres meses, antes de que te dignaras a aparecer por aquí.

Lo dijo para molestarlo, pero él no pareció enterarse del veneno de esas palabras.

-Tú eres una empleada. Mi posición aquí es muy diferente.

Miró la cocina con la apariencia de ser el dueño absoluto. Entonces, Charlie se dio cuenta de que lo que verdaderamente ambicionaba era la casa... y que Riverview era lo que esperaba recibir como herencia. Brian ya le había dicho algo al respecto.

Fue en una ocasión en la que ella se lamentó por no haber

recibido noticias suyas:

-Vendrá -le aseguró-. Perderá demasiado si no viene. Puede ser un periodista muy destacado, pero eso no lo hará rico. En el fondo, Paul siempre deseó ser el señor de esta casa. Pero para eso necesita la buena voluntad de mi tía Emily; así que vendrá en cuanto se dé cuenta de que está en peligro de perder la casa.

En ese momento, Paul dijo:

-Después de todo, yo soy pariente cercano.

-También Brian -exclamó ella, disgustada aún por lo que consideraba una actitud indigna por su parte.

-Desde luego, también mi querido primo Brian -aceptó Paul, torciendo la boca-. A propósito, mi tía me pidió que te dijera que Brian volverá este fin de semana. Parece que a ti te interesa mucho saberlo.

Charlie se quedó mirando a la mesa, incapaz de someterse al escrutinio de sus ojos penetrantes. Sabía que añadiría algo más, si es que Miss Mackenzie le dijo por qué le interesaban las visitas de Brian. Pero como permaneció en silencio, se sintió incómoda y pensó en hablar muy seriamente con Brian, cuando llegara.

En ese momento, Paul la miró directamente y la intensidad de sus ojos la obligó a romper el silencio.

-No me extraña que venga -dijo, sin pensar sus palabras-. Todos los fines de semana vine a visitar a su tía, le envía flores...

-Que es más de lo que yo he hecho.

La cínica amargura que advirtió en sus palabras la detuvo en seco. No le hubiera extrañado que lo dijera con arrepentimiento; tampoco con ira o con indiferencia. Pero aquello le pareció sumamente extraño.

-Nunca te detienes a pensar antes de hablar, ¿verdad?

La amargura había desaparecido por completo y su voz parecía fría e indiferente. -¿Perdón?

-¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez no tengas razón en lo que supones?

Era evidente el esfuerzo que Paul estaba haciendo por controlarse; pero a pesar de ello, estaba molesto.

-¿No crees que es mejor conocer todos los hechos antes de lanzarse a acusar a alguien?

-¡Conozco los hechos! -lo interrumpió ella, decidida a no dejarse impresionar-. Miss Emily preguntaba siempre por ti. Tú eras la única persona a quien quería ver.

«Aunque no sé por qué», añadió mentalmente.

No lo dijo con palabras, pero su tono reveló claramente sus

sentimientos y los ojos grises brillaron de rabia.

-Primero te llamé a Londres, pero nadie contestó. Te escribí... a tu apartamento, al periódico... Tardaste tres meses en aparecer y llegas ahora como si te acabaras de enterar. Brian estuvo aquí a las dos horas de que tu tía tuviera el infarto.

Ella enfatizó el nombre del primo.

-Brian pudo hacerlo -respondió Paul-. Yo vine en cuanto me enteré.

Aunque lo dijo con toda suavidad, sus palabras causaron gran impresión en Charlie.

-¿Piensas que te voy a creer? Por muy mal que funcione el correo en Guatemala...

-A veces, parece que el correo en Guatemala ni siquiera existe.

-¿Me vas a decir que todas las cartas se han perdido en el camino? -preguntó ella con escepticismo.

-¿Cuántas cartas me has enviado?

-Dos a tu dirección de Londres y tres a Guatemala.

-Las de Londres, puede ser que hayan llegado. Ni siquiera me detuve en mi apartamento al llegar.

Eso significa que en cuanto llegó a Inglaterra se dirigió a Yorkshire. Era un punto a su favor, pero ella no quiso admitirlo en voz alta.

-Yo recibí dos cartas -prosiguió Paul-, que me envió el periódico. Ambas llegaron el día que...

Se arrepintió de lo que iba a decir.

-Cuando me enteré de la enfermedad de mi tía cogí el primer vuelo que encontré -una lenta sonrisa curvó sus labios y un brillo irónico apareció en sus ojos-. No me quedaba otra alternativa. No eres muy diplomática.

El rubor se le subió a las mejillas y Charlie deseó que Paul lo tomara como respuesta a su comentario sobre las cartas. En parte lo era, pero solamente en parte. Lo que interesaba ocultar era un placer instintivo e irracional que sintió al contemplar aquella sonrisa que le transformó el rostro y al ver cómo se suavizaban sus facciones. Con su sonrisa, Paul perdió gran parte de la expresión sombría del principio. Y pensó que eso podía deberse al hecho de que se estaba acostando temprano, todos los días.

-El día que nos conocimos, junto al gallinero,.. -su sonrisa se hizo más amplia.

Durante la pausa, Charlie creyó sentir que había un cierto tono de disculpa en su actitud.

-Acababa de llegar del aeropuerto --continuó él-. Llevaba casi

veinticuatro horas de viaje y estaba muy cansado.

¡Por eso estaba tan de mal humor! Y ella había empeorado las cosas con sus acusaciones. En realidad, Paul había pasado mucho tiempo al lado de Miss Mackenzie, desde que llegó a Barford; además, estaba segura de que el correo en Guatemala dejaba mucho que desear.

-Creo que te debo una disculpa -declaró ella lenta y torpemente.

Durante mucho tiempo estuvo convencida de que Paul era un egoísta a quien no le importaba la salud de su tía y ni siquiera quiso pensar que podía haber alguna razón para su comportamiento. La tristeza de Miss Emily era lo único que le importaba.

Paul se encogió de hombros.

-Eres leal a mi tía -dijo con sencillez-. Eso es bueno... aunque no lo esperaba.

-He llegado a apreciarla mucho, durante el tiempo que llevo trabajando con ella. Es una ancianita maravillosa.

-Que no me entere que la llamas «ancianita» -rió él.

El rostro de Paul se transformó inmediatamente. Charlie sintió que el corazón se le detenía por un momento.

-Es tan independiente como obstinada. Estoy asombrado de que haya confiado en ti. Hace varios años, yo le sugerí que contratara a una persona... algo parecido a lo que haces tú, pero se negó y dijo que estaba decidida a hacerlo ella todo.

-Creo que ambas nos encontramos en el momento preciso.

Charlie sonrió levemente al recordar su primer encuentro con la frágil Miss Emily Mackenzie en la biblioteca del pueblo. Le ayudó a bajar un libro de un alto estante y allí mismo empezaron a charlar. Hablaron de todo y ella mencionó que necesitaba con urgencia conseguir otro trabajo.

-¿Qué habías hecho antes de trabajar en la biblioteca de Barford?

La sonrisa de Charlie desapareció como por encanto.

-Fui secretaria en una empresa en Leeds. Compartía un piso con una muchacha que estudiaba en la universidad. Pero... tuvimos problemas.

Ella hubiera preferido no hablar de eso, pero por la expresión de Paul parecía que él esperaba una explicación más detallada de su vida hasta ese momento. Sabiendo lo que él pensaba de ella, decidió que no era bueno ocultarle las cosas.

-¿Qué problemas? -preguntó él.

-En primer lugar, la empresa en la que trabajaba, quebró. Ni siquiera pudieron pagarnos el último mes. Entonces decidí dejar

Leeds.

-Podías haber buscado otro empleo...

-Es posible, pero ya no quería vivir ahí.

Lo mejor era decirlo todo; tal vez así dejaría de molestarla con sus sospechas.

-Yo estaba saliendo con alguien. Lo consideraba algo... especial; y pensé que él sentía lo mismo por mí. El día que cerraron la empresa, salimos antes que de costumbre y me fui al apartamento. Cuando llegué... -de pronto, las palabras empezaron a brotar impetuosas-, encontré a Terry en la cama con mi compañera, así que hice mis maletas y volví con mis padres.

«Y mis padres, siendo la clase de personas que son, me acogieron sin preguntas ni comentarios», concluyó mentalmente con amargura.

-Debe haber sido difícil para ti.

Charlie vio algo en su rostro, que no pudo definir. De una cosa estaba segura: no era lástima. Entonces se alegró, porque no le gustaba que le tuvieran lástima.

-Por lo menos, aprendí a no confiar en la gente demasiado pronto -admitió, con voz levemente temblorosa.

No quiso decirle que después de estar un par de semanas en casa, consentida y mimada por su madre, pudo pensar las cosas con tranquilidad y se dio cuenta de que Terry no era tan especial, que en aquel asunto sólo quedó herido su orgullo, al perder su empleo y a su novio, el mismo día.

-Eso sucedió hace mucho tiempo -añadió ella-. ¿Quieres más café?

Como el intenso escrutinio a que la estaban sometiendo los ojos grises de Paul, la puso nerviosa, se levantó del asiento rápidamente.

-No gracias -contestó él, bebiendo el resto que le quedaba en la taza.

Luego se levantó y fue al fregadero a lavar la taza, diciendo:

-Ya que estoy aquí aprovecharé para hacer algunas cosas. El césped está muy crecido. ¿Siguen guardando la podadora en el cobertizo del jardín?

-Sí. Aquí está la llave -contestó ella, descolgándola del llavero y arrojándosela.

Paul la atrapó limpiamente con una sola mano.

Una vez a solas, Charlie recordó la pregunta de Paul: «¿Siguen guardando la podadora en el cobertizo del jardín?» Eso significaba que en algún momento había estado muy familiarizado con Riverview. Miss Emily le había hablado mucho de sus logros

durante los últimos diez años, a raíz de su salida de la universidad y su comienzo como periodista. Durante ese tiempo, vivió en Londres o en el extranjero, así que debía haber sido anteriormente.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Ella descolgó el auricular y una voz masculina pidió hablar con Brian Merton.

-Lo siento, pero el señor Merton no está aquí -contestó-. Espero verlo mañana. ¿Quiere que le diga algo?

-Dígale que llamó el señor Ashley, de Prospect Group. Que me llame, por favor.

A Charlie le pareció muy raro que llamaran a Brian al número de Riverview. Si era un asunto de negocios, lo lógico era que lo llamaran a su tienda. Sin embargo, ésa era la segunda vez que recibía una llamada en la casa de su tía. La primera vez fue unos dos meses antes, al principio de la enfermedad de Miss Emily; En esa ocasión, Brian se quedó en Riverview unos días, debido a la gravedad de su tía.

Fue en aquellos días cuando su relación con Brian sufrió un cambio dramático. Al recordarlo, sintió un espasmo en la boca del estómago y se preguntó qué le traería la próxima visita de Brian. Por lo visto, Miss Mackenzie no había puesto a Paul al tanto de lo ocurrido entre ellos y no quería ni imaginar lo que pensaría cuando se enterara de que estaban comprometidos... aunque sólo fuera oficialmente.

Inmediatamente después pensó que no tendría por qué enterarse ya que se trataba de un acuerdo para complacer a su tía.

-Está desesperada porque ni Paul ni yo nos hemos casado -le dijo Brian en aquella ocasión-. Tiene un enorme deseo de conocer a sus sobrinos-bisnietos antes de morir. Tal vez no podamos darle ese gusto; pero al menos, se contentará con saber que uno de nosotros está comprometido para casarse. A ti te quiere mucho y se alegrará de que tú seas la novia.

Eso lo supo Charlie antes de que Miss Emily se pusiera enferma. Y como no se esperaba que la anciana llegara ni a finales de mes, accedió a lo que Brian le proponía.

Ahora, las cosas eran muy diferentes. Miss Mackenzie se encontraba mucho mejor. Así que probablemente había llegado el momento de terminar con la comedia. En realidad, Charlie nunca se sintió a gusto, pues odiaba la idea de engañarla, aunque sólo fuera con el deseo de hacerla feliz. Ella estaba ansiosa por romper aquel compromiso. Sobre todo, ahora que Paul Sarrizen estaba en Barford.

En ese momento, sus pensamientos regresaron a la conversación

que acababa de tener con Paul y se dio cuenta de un comentario al que no había dado importancia en su momento, pero que ahora la hacía fruncir el ceño:

-Eres leal a mi tía -fueron sus palabras-. Eso es bueno... aunque no lo esperaba.

-¡No lo esperaba! -repitió la joven en voz alta.

Su mente repitió aquella declaración una y otra vez, y con cada repetición, su rabia aumentaba. Cuando no pudo soportar más, tiró al suelo la toalla con la que estaba secando las tazas y sin pensar en las consecuencias de su acción, se dirigió hacia el sitio donde Paul estaba cortando la hierba.

-¿Por qué no esperabas que fuera yo leal? -dijo, intentando gritar más alto que el ruido de la podadora.

Paul la oía, pero no lograba distinguir sus palabras, por lo que apagó la máquina.

-¿Has dicho algo?

-¡No te hagas el sordo! ¿Por qué has dicho antes que no esperabas que yo fuera leal con Miss Emily?

-Ah...

Paul puso las manos sobre la podadora y se las quedó mirando, pensando en lo que iba a contestar. Los rayos del sol caían sobre su cabeza, arrancando destellos rojizos a su cabello.

Charlie permaneció un momento en suspenso, admirando el brillo y la textura de aquel cabello, pero reaccionó inmediatamente, furiosa consigo misma.

-Estoy esperando -dijo en tono agresivo.

Sin embargo, se arrepintió de haber hablado así, en cuanto él levantó el rostro y la miró con aquellos ojos penetrantes.

-Ponte en mi lugar -respondió él con frialdad-.Imagínate que se tratara de tu tía; que estando tú a miles de kilómetros de distancia, te enteraras de que una desconocida se ha metido en su casa, y abusando de su confianza, le ha pedido un trabajo...

-¡Yo no me he metido en casa de tu tía! -lo interrumpió ella, furiosa e indignada al mismo tiempo-, tampoco le he pedido trabajo. Fue ella...

-Tal vez no se lo hayas pedido directamente, pero le diste a entender que lo necesitabas desesperadamente.

-Yo...

No supo qué decir. Era cierto que ella había mencionado a Miss Emily que había perdido su empleo y que necesitaba trabajar. Más aún, hizo hincapié en el hecho de que sus padres no podrían mantenerla indefinidamente. Pero Paul estaba insinuando que ella

le pidió empleo descaradamente o que se hizo amiga de ella por esa única razón.

-Yo no obligué a Miss Emily a darme trabajo -logró decir al fin.

-Probablemente no la obligaste. Pero mi tía es una mujer muy rica y hasta el momento, nunca había querido una dama de compañía -respondió él, con toda la acidez que pudo dar a sus palabras-. A ti no te conocía de antes...

-¡Basta! -exclamó Charlie, perdiendo el poco control que tenía de su temperamento-. Yo llevaré poco tiempo en Barford, pero mis padres viven aquí desde hace más de dos años. ¿Quién crees que soy? ¿Una oportunista que está usando a tu tía para sus propios fines?

-Yo no he sido quien lo ha dicho -repuso Paul con voz dura y mirada fría.

-¡Porque no puedes decirlo! Miss Emily quiso desde el primer momento que fuera a trabajar con ella. ¡No sabes cómo insistió! yo rechacé su ofrecimiento...

-¡Claro! Para que te ofreciera más dinero por tus servicios.

No tuvo forma de negar que le ofreció el doble.

-Sí, pero... ¡Pero no lo hice por el sueldo! Me di cuenta de que ella realmente necesitaba a una persona que la acompañara.

-Lo raro es que te quisiera a ti, cuando había rechazado a tantas otras.

-Tal vez estaba cansada de vivir sola... de ser ignorada y abandonada por su sobrino favorito -contestó con todo el desprecio que pudo-. Dime de una vez qué es lo que estás insinuando.

-No estoy insinuando nada -declaró Paul, con esa calma que la provocaba todavía más-. Sólo estoy enumerando hechos: una anciana rica... muy rica, se encuentra con una muchachita desgraciada. Esta le cuenta una historia lacrimosa de miseria y...

Charlie se estremeció al recordar lo que ella misma había pensado minutos antes. Vio que los ojos de Paul se entrecerraban y comprendió que él estaba dando otra interpretación a su reacción y que pensaba que era una admisión involuntaria de su falta.

-... y antes de que nadie se percatara -prosiguió él cáusticamente-, la muchachita se encuentra con un empleo que ni siquiera merece tal nombre, porque se reduce a quitar el polvo de unos cuantos adornos y a escribir cuatro cartas.

-¡No es cierto! Sólo una mente sucia como la tuya, puede convertir una situación inocente en esa historia llena de maldad. No tienes derecho a acusarme...

Un pensamiento repentino invadió su mente, haciéndola

palidecer. Sus ojos parecían más oscuros en contraste con la palidez de su piel.

-Has estado investigando mi vida y mis acciones en Barford, ¿verdad? Estás convencido de que yo estafo a tu tía.

Cuando dejó que su pensamiento fluyera, su furia estalló como un volcán.

-¡Por eso te alojaste en nuestra casa! También estás investigando a mis padres.

El ni siquiera se tomó la molestia de negarlo y se la quedó mirando con una expresión pétrea e impasible.

-¡Nos estás espiando! Estabas enterado de nuestros problemas económicos, de que necesitamos cambiar la instalación eléctrica...

-Tú le contaste todo eso a mi tía -le aseguró él.

-Y sabías que yo estaba intentando convencerla de que nos pagara las reparaciones. No sé cómo tienes el descaro de acusarnos siendo tú un grandísimo hipócrita. Por lo menos, yo estaba aquí cuando a tu tía le dio el infarto.

Paul perdió el color y la piel de sus pómulos se tensó. Charlie había puesto el dedo en la llaga.

-¡Eso ya te lo he explicado! -gruñó.

-¡No es cierto! -exclamó ella, sin intentar dominar su cólera-. Me has dado un pretexto cualquiera y yo te he creído. ¡Hasta te he pedido disculpas!

La voz le temblaba de rabia al pensar con qué facilidad se había dejado engañar. Sobre todo, porque lo único que él había hecho era ganarse su confianza para hacer que se traicionara hablando.

-No tienes derecho a acusarme. Tú eres el que ha venido a ver qué le saca a Miss Emily.

En ese instante recordó el aire posesivo con que lo vio en la cocina, la forma en que afirmó ser el encargado de todo, y la vista se le nubló. Brian le dijo que su primo era un bruto, pero nunca pensó que tanto.

-Como tú mismo has dicho muchas veces -prosiguió-, Miss Mackenzie es una mujer muy rica. Y como sobrino suyo, estás esperando que todo sea tuyo cuando ella muera.

-Somos dos sobrinos -le recordó Paul cuando se detuvo a tomar aliento-. No te olvides de Brian.

-Brian merece heredar a su tía porque ha demostrado que le tiene aprecio.

-No te atreves a llamarlo amor, ¿verdad? -repuso él-. Brian tampoco es un santo.

-¡Pero es mil veces mejor que tú! ¡Por el amor de Dios! -rió

cínicamente-. Ya me imagino lo que sentirá después de haberse pasado tres meses visitándola y preocupándose por ella, cuando ahora todo el mundo diga que ha mejorado porque tú estás a su lado. Es para ponerse enfermo.

-Yo también me enfermo cada vez que te oigo mencionar sus virtudes una y otra vez.

-¿Qué? ¿Te remuerde la conciencia? Aunque no creo que tengas conciencia. Si la tuvieras, no vivirías en casa de mis padres, ni...

No pudo seguir. Esa misma mañana, Paul había estado charlando con su madre, haciéndola reír y halagándola... pero en el fondo la observaba, intentando confirmar sus sospechas. Pensar que alguien pudiera considerar a sus padres, que eran unos dulces e inofensivos seres humanos, capaces de engañar a una ancianita por motivos económicos, era verdaderamente repulsivo.

Aunque en realidad, sus padres no eran sospechosos a no ser porque vivían a su lado. Ella era la malvada. Sus temores ante lo que pudiera pensar Paul si se enteraba de su «compromiso» con Brian, aumentaron.

«Tengo que hablar con Brian en cuanto llegue», pensó.

-¡Te odio! -dijo en voz alta.

Paul se encogió de hombros con indiferencia.

-No me interesa lo que sientas por mí. Mi opinión de ti tampoco es muy buena. Ahora, si no te importa, voy a seguir trabajando.

En el momento en que iba a encender la podadora, Charlie dijo:

-Una cosa más. Después de lo que ha sucedido, no pensarás seguir viviendo en mi casa, ¿verdad?

Los ojos grises de Paul la hicieron estremecerse por su frialdad.

-¿Por qué no? -preguntó suavemente-. Estoy muy a gusto en tu casa. La comida es muy buena... No tengo por qué irme.

-No puedes...

-Señorita Harrington -la interrumpió Paul con ese tono cortante que ella tanto detestaba-. Yo puedo hacer lo que me de la gana. Nada de lo que hagas o digas me hará cambiar de opinión, así que lo mejor es que no hagas nada. Sería una pérdida de tiempo.

CAPÍTULO 5

CHARLOTTE, querida! ¡Qué alegría verte! Emily Mackenzie estaba realmente complacida por aquella visita. Charlie la besó en la mejilla, todavía pálida.

-Hace más de una semana que no vienes a verme. Me has abandonado -le reprochó amablemente.

-No la he abandonado -contestó ella, sonriendo-. El médico ha dicho que no debe recibir más de un visitante a la vez. Y todo este tiempo, ha tenido usted compañía.

Fue como si una luz hubiera iluminado de pronto el rostro de la mujer. Sus mejillas se ruborizaron, sus apagados ojos azules brillaron de pronto y una sonrisa alargó sus labios.

-Yo sabía que podía contar con él... que solamente algo muy importante le impedía acudir a mi lado.

«Muy importante», pensó Charlie. Y con cinismo añadió mentalmente: «Claro, para él es más importante conseguir un buen reportaje que la vida de un ser humano».

-Ha tardado, pero ya está aquí. Y eso es lo que importa. Dime, ¿qué te parece?

Charlie no se atrevió a mirarla de frente y disimuló, estirando la sábana de su cama, aunque no hacía falta.

-Yo... Creo que es exactamente como imaginé que sería -contestó por fin.

-Nunca cambiará --comentó Emily, creyendo que había sido una adulación-. Es una persona muy especial.

La joven apenas logró evitar una sonrisa irónica. Estaba incómoda escuchando a su patrona elogiar a Paul sin medida, por lo que se volvió a ver un ramo de flores que había junto a la cama.

-Brian le ha vuelto a mandar rosas, ¿verdad?

Su intención era distraer a Emily, recordarle que tenía otro sobrino y que él era más digno de su amor y de su admiración.

-Sí -contestó la mujer, mirando apenas las flores-. Él siempre es muy atento... a veces, demasiado.

-Pero se preocupa por usted.

No supo si fue producto de su imaginación, pero en los ojos de la anciana vio un brillo de escepticismo. Antes de que pudiera analizarlo, la mujer abordó un tema que le impidió pensar en otra cosa.

-Tú te inclinas mucho por Brian. Eso es natural.

En ese momento, pensó que era imprescindible arreglar el asunto con Brian. No tenía sentido mantener el engaño. Sobre todo, desde que había desaparecido la causa del mismo.

-¿Sabes una cosa, Charlotte? Brian no es el hombre adecuado para ti.

-¿No? -fue todo lo que pudo contestar.

Jamás esperó una cosa así. Desde luego, Miss Mackenzie casi nunca se refería al «compromiso» entre ellos. Muchas veces se había preguntado si la anciana estaba tan enferma que ni siquiera se daba cuenta de ello.

-No -afirmó Emily con voz firme-. Brian también es mi sobrino, pero si he de ser franca, yo prefiero que te cases con...

-¿Con Paul? -preguntó Charlie, escandalizada.

No pudo disimular, aunque sí intentó no demostrar el horror que la invadía.

-Por supuesto que con Paul. ¿Qué tiene de malo?

-Na... nada -no quiso molestar a su patrona y añadió-: Es que... jamás he pensado en él para casarme... Además, está muy ocupado con su trabajo y...

-¡Tonterías! Lo que ese muchacho necesita es una esposa y unos hijos. Eso lo haría sentar la cabeza.

Charlie sonrió interiormente al pensar que aquella mujer llamaba «muchacho» a Paul Sarrizen; y pensó que era extremadamente difícil que alguien consiguiera obligarlo a «sentar la cabeza».

Luego intentó cambiar de tema, pues no quería perder el poco tiempo que le permitían estar a su lado, hablando de sus sobrinos, que tanto habían complicado su vida. Uno, con el engaño del compromiso y el otro, con sus sospechas y con su forzada presencia en la casa...

Al final, tuvo que marcharse. Brian la esperaba fuera; estuvo con su tía antes que ella y no quería cansarla más.

-Volveré pronto -le prometió-. Y si necesita algo, hágamelo saber.

-En este momento, tengo todo lo que necesito -contestó Emily.

A Charlie le dio un vuelco el corazón al pensar que no hablaba de camisones ni cosas parecidas. Le daba lástima pensar que una mujer tan sensata como ella, estuviera tan ciega en lo que se refería a Paul Sarrizen.

«¡Y todavía se atreve a acusarme de engañar a su tía?», pensó, indignada.

Hizo un esfuerzo por ocultar sus sentimientos, y le dio un abrazo y un beso a la anciana. Estaba saliendo de la habitación, cuando Miss Mackenzie la llamó.

-Casi se me olvida --dijo-. Dale las gracias a tu madre por la

forma en que está atendiendo a Paul. Necesita muchos cuidados y atención.

«¡Cuidadas y atención!», pensó, molesta.

Sin embargo, logró contener la exclamación de disgusto hasta que salió al pasillo.

«Paul no necesita cuidados. Lo que le hace falta es que no le hagan caso. A ver si así pierde su arrogancia», pensó.

Entonces llegó a la sala de espera donde estaba esperándola Brian.

-¿De qué querías hablar conmigo? -preguntó él, camino del coche.

-De nuestro falso compromiso. Creo que ya es hora de decirle la verdad a tu tía.

-No estoy de acuerdo -contestó el hombre, más afectado de lo que ella hubiera supuesto.

-Es que no es verdad y... ¡Maldita sea!

La exclamación escapó voluntariamente de sus labios, al ver que una conocida figura masculina salía de un coche negro.

Paul se dirigió hacia ellos con amabilidad.

-Vaya, vaya. El primo Brian y la querida Charlotte.

Sus ojos se oscurecieron hasta adquirir el aspecto de un cielo tormentoso, y Charlie se estremeció como si una nube hubiera ocultado de pronto el sol.

-Hola -respondió Brian con tanta frialdad, que parecía un insulto.

La joven nunca hubiera imaginado que aquellos hombres eran parientes, pues no había la menor semejanza entre ellos. Brian era muy delgado, rubio y daba señales de calvicie prematura. Además, parecía sumamente frágil en contraste con el aspecto rudo de Paul. En apariencia eran como el día y la noche... ¿y en cuanto al carácter? ¿Sería como en los cuentos de hadas, en los que el rubio es el bueno y el moreno el villano?

A la mente de Charlie acudió el recuerdo de la mirada escéptica de Miss Mackenzie, al referirse a Brian.

-¿Cómo va el negocio de antigüedades? -preguntó Paul, afablemente.

Charlie advirtió que los ojos no concordaban con su tono de voz y concluyó que su amabilidad era fingida.

-¿Sigues comprando obras de arte a precios de risa? -continuó, con una sonrisa amenazante-. Siempre has tenido muy buen olfato para las gangas.

Esa inocente declaración molestó a Brian, aunque la joven no

entendía por qué. Pero él llegó a detenerse y dar un pequeño paso hacia atrás, como si tuviera miedo. Entonces la sonrisa de Paul se hizo más amplia.

-Tengo que irme -dijo Brian, haciendo un esfuerzo por recuperarse.

-Ya me imagino -respondió Paul, mirandoo con exageración su reloj-. Debes haber estado aquí, más de una hora.

-El médico no quiere que la tía Emily se canse.

-Qué buena excusa, ¿verdad?

Sus ojos acusadores relampaguearon peligrosamente; pero no hubo explosión, como Charlie llegó a temer. En vez de eso, Paul les dedicó a ambos otra sonrisa, tal breve como carente de sinceridad.

-Perdonadme, pero tengo que irme -anunció, con la misma entonación que su primo.

En opinión de Charlie, con eso había querido poner en evidencia el hecho de que Brian se iba y él se quedaba con su tía. Eso le pareció una nueva demostración de hipocresía.

-¿Nos veremos más tarde? -preguntó Paul.

-No, si puedo evitarlo -murmuró Brian, dirigiéndose hacia su coche.

Era evidente que deseaba poner la mayor distancia posible entre él y su primo. Le costó mucho trabajo introducir la llave en la cerradura, y todos sus movimientos parecían torpes, algo poco común en él... producto, seguramente, del estado de nervios que la presencia de Paul le había provocado.

Mientras Brian abría el coche, la vista de Charlie se fijó en las cosas que se encontraban en el asiento trasero y hubo algo que le llamó la atención.

-¿No es ese el retrato del señor Haigh?

-Era -contestó él, invitándola a entrar en el coche-. Está vendiendo sus cosas.

-¿Vendiendo?

Charlie estaba sorprendida. Su madre visitaba con frecuencia a Sam Haigh, y sabía muchas cosas de él.

-Ese retrato se lo regaló su esposa en su vigésimo aniversario de bodas. Luego se quedó viudo y... el señor Haigh no vendería ese retrato por nada del mundo.

-Yo creo que se trata de otra pintura -la voz de Brian sonaba diferente; más dura que de costumbre-. Éste me lo ha vendido esta mañana y parecía muy contento con lo que le he pagado.

-¿Es valioso?

Ella se sintió incómoda al pensar que Brian había sido capaz de

combinar las visitas a su tía, con los negocios. Y el comentario de Paul sobre los precios que pagaba por las obras de arte, volvió a su memoria.

-Me dará una buena ganancia. Acerca de nuestro compromiso -dijo Brian, cambiando de tema-. ¿No crees que es demasiado pronto para cancelarlo?

-No tenemos que cancelarlo, porque nunca ha existido -declaró ella con la voz un poco aguda, producto de su tensión interior-. No creo que debamos seguir engañando a Miss Emily.

-No la estamos engañando -la corrigió-. La estamos haciendo feliz.

-¿Tú crees?

La joven no podía olvidar la reacción de la anciana.

-Cuando se lo dije, se mostró encantada.

«¿Será cierto que se ha mostrado encantada?», se preguntó. «Yo no estaba presente cuando Brian se lo dijo y tengo que aceptar su palabra. Pero Miss Emily casi no se ha referido al asunto... excepto hoy. Y nadie puede decir que estuviera encantada.»

-Creo que sería apresurarnos demasiado.

-¿Apresurarnos?

Charlie estaba completamente confundida. Lo del compromiso fue un recurso para alegrar las últimas horas de vida de una anciana. Ahora que ya no estaba en peligro de muerte, lo que había nacido como un acto de misericordia, se convertía en una mentira.

-Puede tener una recaída o...

-¡No va a tener ninguna recaída! -exclamó la joven, muy molesta.

Ella le quiso hacer un favor a Brian, debido a circunstancias excepcionales; esas circunstancias habían desaparecido y no estaba dispuesta a seguir adelante.

-Es evidente que está recuperándose -continuó-. El médico ha dicho que pronto podrá volver a casa.

-Es que... está bien -asintió él, reacio-. Se lo diré la semana que viene.

-Yo se lo puedo decir mañana, y...

Brian no la dejó terminar.

-Será mejor que se lo diga yo.

Charlotte tuvo que acceder, aunque no le agradaba seguir mintiendo.

-¿Te dejo en tu casa o en Riverview?

-En mi casa. Tengo que lavar unas toallas.

En el momento en que llegaban ante su puerta, recordó la

llamada telefónica del día anterior.

-Casi se me olvida -dijo-. Te llamó un tal señor Ashley, de Prospect Group. Quiere que lo llames.

En otras circunstancias, no hubiera puesto atención a la expresión que apareció en el rostro de Brian. Pero ese día estaba muy sensible con todo lo que a él se refiriera. Tal vez esa sensibilidad fue provocada por su charla con Miss Emily y tenía la impresión de que en su relación con Brian, había mucho de mentira.

-Muy bien. Nos veremos la semana que viene -dijo él, con prisa.

Mientras se alejaba, Charlie empezó a pensar en cosas conflictivas y contradictorias. Durante los tres últimos meses, ella había respetado a Brian como un buen hombre, el pariente generoso y cariñoso de Miss Emily. Cuando Paul habló negativamente de él, ella se puso de su parte. ¿Por qué de pronto empezaba a dudar de tan firmes convicciones? No era posible que hubiera empezado a creer a Paul.

«No, desde luego que no», concluyó. «Mis dudas empezaron cuando Miss Emily dijo que Brian era demasiado atento.»

Charlotte entró en la casa y empezó a llenar la lavadora con las toallas sucias, al mismo tiempo que trataba de recordar la charla con la anciana. Afortunadamente, no estaba enamorada de Brian, ya que, de haberlo estado, le hubiera molestado mucho que dijera que no era el hombre apropiado para ella. Luego, se alegró de haberlo convencido para decir la verdad respecto a su «compromiso matrimonial»; y lo único que lamentó fue que hubiera decidido esperar hasta la siguiente semana.

Aproximadamente una hora más tarde, Charlie se encontraba en el jardín, colgando las toallas recién lavadas, cuando un portazo le advirtió la llegada de Paul. Un momento después, él apareció ante la puerta de la cocina. Y por su aspecto, se dio cuenta de que algo andaba mal. La tensión en su rostro; el hecho de que llevara las manos en los bolsillos, como si no confiara en poder dominarlas de otra forma y la expresión de sus ojos... todo indicaba el terrible esfuerzo que estaba haciendo para controlarse.

-¿Dónde están tus padres? -quiso saber bruscamente.

-Salieron. Mamá fue a...

-Bien. Entra. Tengo que hablar contigo.

-¡Tú no me das órdenes!

-Yo hago lo que me da la gana -respondió él, con los dientes apretados-. Y guárdate esa actitud de inocencia ofendida para mejor ocasión. Ahora, vas a oír todo lo que tengo que decirte. La única elección que tienes es escucharlo en la casa, en privado; o aquí

fuera, para que se enteren los vecinos.

En realidad, eso no era una elección, pensó ella mientras pasaba al lado de Paul, deseando que no se diera cuenta de su nerviosismo, ni escuchara latir su corazón. No sabía qué le querría decir; pero de una cosa estaba segura, aquello no iba a ser agradable.

Una vez en la sala, se volvió a él, desafiante.

-Empieza.

La última sílaba le salió temblorosa, pues al mirarlo a los ojos vio su expresión, y se llenó de pánico. Creía haberlo visto molesto; pero esa expresión no se parecía en nada a la que había tenido durante sus anteriores enfrentamientos. La violencia de su furia era casi tangible y ella la percibió como el animal que siente la presencia de las aves de rapiña...

-¿Dónde está Brian?

Era lo último que esperaba oír. Se lo quedó mirando como atontada, incapaz de coordinar sus pensamientos para formar una respuesta en su mente... mucho menos, para decirla.

-¿Brian?

-No te hagas la tonta, Charlotte. Dime la...

Se detuvo, pues en ese momento su mirada se fijó en las manos de la chica; luego se volvieron hacia su rostro.

-No llevas anillo -observó, en su tono de voz mucho más tranquilo que sólo duró un segundo, pues cuando habló, lo hizo con desprecio-: ¿Dónde está tu flamante prometido?

Sus peores temores se confirmaron al oírle decir eso. Hasta ese instante, tuvo la esperanza de que su rabia se debiera a alguna otra razón; ahora sabía que Miss Emily le había contado todo aquella tarde. ¡Si Brian le hubiera permitido decirle la verdad a su tía... ! Aunque en el fondo, eso no era tan importante. De todas formas, Paula acabaría pos descubrirlo.

-Así que ya lo sabes -dijo.

-Así que ya lo sabes -la imitó él, burlón-. ¿No se te ocurre otra cosa más ingeniosa, querida Charlotte? Me desilusionas. Creí que te ibas a lanzar a un discurso apasionado sobre las virtudes de mi primo, a compararlo conmigo y con mi catálogo de defectos para afirmar con orgullo, que veneras el suelo que pisa. Pero por primera vez, desde que tuve la desdicha de conocerte, no puedes decir nada. Lo cual, confirma mis sospechas.

-¿Qué sospechas? -preguntó Charlie.

No podía haber nada peor que lo que ya creía de ella.

-¿No te das cuenta?

Lo dijo con tal sarcasmo, que la joven sintió que sus palabras

eran ácido derramado sobre su piel.

-Estás un poco lenta hoy --continuó él-. ¿Te acuerdas de la muchachita de quien hablábamos ayer? La que se ganó la confianza de mi tía y...

-Sí, sí -contestó ella, impaciente-. Ya hemos discutido eso.

-Es que hay un segundo capítulo -prosiguió Paul, con una sonrisa semejante a la del lobo cuando va a saltar sobre su presa-. Esa muchachita, no contenta con sacarle a la anciana un salario fabuloso a cambio de nada, ha encontrado otra manera de explotarla más. Probablemente, al principio no se dio cuenta de la riqueza de su patrona; pero cuando vio lo que efectivamente tiene, decidió que la mejor manera de apoderarse de una enorme tajada, era casarse con uno de sus herederos.

Charlie no pudo creer lo que estaba oyendo. No era posible que la considerara capaz de hacer algo así.

-No digas tonterías -repuso.

-¿Tonterías? ¿Me vas a decir que amas a Brian? Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

-No... No lo amo -respondió ella, buscando desesperadamente la forma de explicarle la verdad-. Pero estás equivocado. Yo...

Paul no le permitió terminar.

-¿Vas a negar que se trata de una estratagema que Brian y tú elaborasteis juntos?

Charlie se lo quedó mirando sin poder contestar ni pensar. Paul sabía la verdad. ¿Cómo lo había sabido? ¿Acaso se lo dijo Brian? Entonces, ¿para qué el interrogatorio?

-No... Bueno, sí... Sí, lo planeamos juntos... -le falló la voz al verlo tan furioso.

-Debí suponerlo -musitó Paul-. Después de todo, tus ganancias iban a ser enormes.

-¿Ganancias?

Charlie no comprendió a qué se refería. Tal vez Paul no sabía la verdad.

-Mira, no te entiendo muy bien -empezó-. Si sabías que el compromiso es fingido...

No pudo terminar. Por lo visto, Paul ignoraba ese detalle.

-¿Es fingido? -preguntó él cor una entonación que le heló la sangre en las venas-. ;Eres peor de lo que pensaba! ¡Estafadora!

-¡No me insultes! No me lo merezco... Yo lo hice con la mejor intención.

-No lo dudo -respondió él, con ironía-. Las mejores intenciones... ¿Para quién? Para Brian y para ti, desde luego, porque no me vas a

decir que lo hiciste por amor a mi tía.

-¡Sí! Nuestra intención era hacerla feliz.

-¡¿Feliz?! Tienes una idea muy rara de lo que son las intenciones humanas y de lo que es la felicidad.

-Creímos que le gustaría porque ella deseaba con toda su alma que alguno de vosotros se casara. Yo acepté porque la vi muy enferma. Ahora creo que no fue muy buena idea, pero en esos momentos no sabíamos que se iba a recuperar. Yo quería que fuera feliz los últimos días de su vida.

-Los últimos días de su vida -repitió Paul con burla-. Hasta parece que eres sincera. Si no te conociera tan bien, estaría dispuesto a creerte. Pero sé muy bien que tu acto de «bondad» te iba a reportar grandes beneficios. Dime de una vez, cuánto te iba a dar Brian, qué porcentaje te ofreció.

-¡No sé de qué estás hablando!

-No, claro que no -su cínica risa alteró la tranquilidad de la tarde-. ¿Y crees que te voy a creer? Tú sabías, porque Briann te lo dijo, que mi tía prometió darle Riverview House al primero que se casara.

-¡No te creo!

No podía creer que Brian la hubiera utilizado de esa forma. Aunque con frecuencia había oído a Miss Emily decir que Riverview debía convertirse en una casa otra vez y que quería verla llena de niños que entraran y salieran corriendo, como ella lo hizo, cuando era niña.

-¡Estás mintiendo! ¿Para qué quiere Brian quedarse con Riverview? Él tiene su propia casa en Norwich. Muchas veces me ha dicho que no le gustaría vivir aquí.

-Precisamente -respondió él con una expresión extremadamente dura-. Sin embargo, tiene relaciones con una empresa que compra mansiones antiguas para convertirlas en hoteles lujosos. ¿Nunca te ha hablado de Prospect Group?

-¡Oh!

Recordó las llamadas que había recibido para Brian y su reacción al hablarle de ellas. El color desapareció de su rostro. Sería terrible para Miss Emily que el hogar que su familia había habitado durante más de un siglo y medio, fuera vendido y convertido en un hotel.

-No puedo decir que...

En ese momento se dio cuenta de que su pérdida de color, su exclamación y su titubeo, podían interpretarse de muchas maneras. Una persona tan predispuesta en su contra como Paul los

interpretaría, como una forma de admitir su culpa. Y la lenta sonrisa que apareció en sus labios, confirmó sus temores.

-¿Me crees capaz de comportarme así por dinero?

-Ayer empecé a creer que realmente te preocupabas por mi tía -respondió él-. Y me pareciste verdaderamente molesta por las sospechas que tengo de que la estás estafando. Pero esta mañana he sabido con certeza que te has puesto de acuerdo con Brian para engañarla y quedarte con Riverview.

De pronto, Charlie vio la luz. Fue como un rayo que la deslumbrara con su fuerza cegadora. Lo que Paul temía era que Brian heredara la casa. No se trataba del bienestar de Miss Emily. Allí lo que estaba en juego era una herencia que dos primos se disputaban. La joven sintió una náusea que le dejó un amargo sabor en la boca.

-¡Hipócrita! -le gritó con toda su fuerza-. Eres repulsivo.

-¡Lo mismo digo! -respondió él.

Era demasiado. Paul la provocaba sin medida y ella, perdiendo el control de sí misma, estrelló la mano contra su rostro.

-¡Te voy a... !

Pero él atrapó ágilmente su muñeca y la atrajo hacia sí. Ella trató frenéticamente de liberarse, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada.

-¡Quieta! -le ordenó.

Charlie no lo estaba escuchando. Estaba demasiado furiosa. Lanzó patadas contra sus tobillos y al oír brotar de sus labios un gemido, se irguió, triunfante.

-Suéltame o grito -dijo.

-Grita todo lo que quieras -contestó él-. Si es que puedes.

-¿Piensas impedirlo?

-Sí.

-¿Cómo?

Charlie no pudo explicarse lo que le ocurrió en ese instante. Su inteligencia, hasta su instinto de conservación, le advirtieron que lo más prudente era permanecer en silencio. Sin embargo, decidió no escuchar la voz de la razón y abrió la boca.

El grito no llegó a salir de sus labios, pues Paul se lo impidió con el sencillo procedimiento de cubrirlos con los suyos.

En cierta forma, lo esperaba. Casi podía decirse que lo había provocado y que ella era la única culpable.

El beso fue al principio una cruel muestra de dominio. Fue un beso impositivo, feroz, inmisericorde y desprovisto de sentimientos, que aplastó su boca hasta hacerla emitir un leve gemido de dolor.

Después, la presión disminuyó y la fuerza del beso cambió de calidad... hasta que la agresión fue sustituida por el placer.

Entonces, su cuerpo reaccionó. Su mente se quedó en blanco y algo nació en el centro de su ser, una ardiente necesidad que se transmitió instantáneamente por sus venas y la hizo sentir como si estuviera bañada en oro derretido.

Paul liberó sus muñecas y sus manos empezaron a deslizarse por su cuerpo, acariciándola con ansia, como si su dueño hubiera estado privado del sentido del tacto durante muchos años y ahora quisiera experimentarlo de pronto. Cada movimiento de sus manos y cada roce de sus labios sobre la piel, la hacían disfrutar de tal manera que olvidó dónde se encontraba, quién era aquel hombre... y hasta las acusaciones que un momento antes le había lanzado. Todo fue reducido a cenizas, por el calor de aquellas sensaciones. Apenas se dio cuenta de que él le subió la camiseta. Lo único que percibió fue el contacto de sus manos varoniles sobre sus senos y aquello fue como leña arrojada a la hoguera de su deseo... de un deseo que se acercaba por momentos, al dolor.

-Son muy bellos -murmuró Paul con voz ronca, devorando con la mirada la blanca piel que sus manos desnudaron-. Tan bellos...

Inclinó la cabeza y le besó un seno. Charlie se arqueó completamente y se apretó contra su cuerpo, aferrándose con ambas ambos a su pelo oscuro.

-Paul... ¡Paul! -exclamó, convirtiendo su nombre en una inquieta letanía de placer-. Sigue... por favor, sigue.

El sonido de su voz actuó como una ducha de agua fría que redujo a escombros la insensata pasión que los encendía. Paul emitió un grito ronco y áspero y se separó bruscamente de ella. Fue tan violenta su reacción, que ella se vio de pronto en medio de la sala, a gran distancia de él.

-¿Qué demonios me estás haciendo? -exclamó él.

«¿Qué te estoy haciendo... yo?», pensó. Sin embargo, no pudo pronunciarr una sola palabra. Su mente estaba reducida a una masa dolorida y su cuerpo, torturado por el deseo insatisfecho, parecía desmembrarse lentamente.

-¿Qué te pasa, Charlotte?

Poco a poco, Paul recuperaba el control de sí mismo. El tono de su voz revelaba el esfuerzo que estaba haciendo para lograrlo.

-¿Estás abriendo otra posibilidad, o qué?

Ella lo miraba sin comprender y sin atreverse a preguntar siquiera.

-¿No te basta con uno de los primos? -preguntó él-. ¿Tanto

deseas la fortuna de mi tía, que no te importa con cuál de los dos te tengas que acostar?

Todas las amarguras que aquel hombre le había hecho experimentar desde el momento en que lo conoció, se acumularon en su garganta y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para que las palabras traspasaran esa barrera.

-No me acostaría contigo, aunque fueras el últi=mo hombre en el mundo.

-Como siempre, yo digo lo mismo. Pero acabemos de una vez. ¿Cuánto quieres por desaparecer de la vida de mi tía?

Charlie tardó un momento en contestar. Y al final, dijo:

-Tú no tienes con qué pagarme. Y aunque lo tuvieras, jamás aceptaría ni un centavo que proceda de ti.

La sonrisa de Paul fue amenazante y triunfal.

-Entonces, tendré que buscar otra forma porque, créeme, no quiero que te vuelvas a acercar a mí. Y no me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo.

CAPÍTULO 6

EL teléfono sonó justo en el momento en que Charlie pasaba cerca de él y automáticamente cogió el auricular.

-¿Cómo está mi ahijada favorita? -preguntó una voz masculina al otro extremo de la línea.

-¡Tío Harry! -exclamó la joven, muy contenta-. Qué alegría me da oírte. Estoy muy bien..

La voz le temblaba ligeramente, a pesar de sus esfuerzos por dominarla. Y es que a consecuencia de los sucesos de aquella tarde, decir que estaba «muy bien» era mentir. En realidad se sentía desolada, pero no se lo podía decir a nadie.

-Papá está en el jardín -continuó, casi sin darse cuenta de lo que decía-. Dice que no recuerda otro mes de mayo en el que haya podido tomar el sol todos los días. Está trabajando mucho esta temporada.

-Entonces, estaría bien que se tomara un descanso. Por eso lo llamo. Pásame con él, por favor.

-Por supuesto. Espera un minuto.

Dejó el auricular sobre la mesa y se asomó por la puerta de la sala.

-Papá, es el tío Harry.

Su padre, que estaba charlando con Paul desde un rato antes, cogió el gato que dormía sobre sus piernas y lo dejó en el suelo.

-Un momento, por favor.

-Harry no es realmente tío de mi hija -aclaró Val, una vez que su marido salió de la habitación-. Es un viejo amigo de la familia, fue testigo en nuestra boda y padrino de Charlie.

-No creo que al señor Sarrizen le interesen esas cosas -interrumpió ella.

No quería que Paul se enterara nada relativo a su familia, debido a la terrible opinión que se había formado de ella.

-Al contrario -declaró Paul-. Me interesa todo lo concerniente a ustedes.

Charlie comprendió rápidamente la segunda intención de sus palabras. Sus padres habían llegado a apreciarlo bastante; pero ellos, naturalmente, no sabían la verdad. No tenían ni idea de su habilidad para disimular sus sentimientos, ni para ocultar detrás de una sonrisa una mente calculadora que observaba y retenía todos los detalles que le interesaban. Sus padres lo consideraban un huésped amable y simpático, cuando en realidad era un espía que buscaba la oportunidad de traicionarlos.

-¿Cuánto tiempo llevan casados, Val? -preguntó inocentemente.

Charlie frunció el ceño al oírlo dirigirse a su madre con tanta familiaridad. Y es que tanto ella como su padre insistieron en que los llamara por sus nombres de pila.

-En julio hará veinticinco años... ¡Nuestras bodas de plata! --contestó la buena mujer, riendo con incredulidad.

-¿Lo van a celebrar?

-De forma sencilla. Charlie, no te quedes en la puerta. Entra de una vez.

-Entra, Charlotte. Siéntate con nosotros -dijo él con suavidad-. Has estado tan ocupada desde la hora del té, que debes estar cansada.

Charlie pensó que su madre se daría cuenta de su expresión y trató de disimular. Al acercarse vio que Paul sonreía con burla y eso no hizo sino avivar las llamas de su furia. Él sabía por qué había estado tan ocupada desde que llegaron sus padres, diez minutos después de la terrible escena entre ellos. Charlie no quería ni pensar en lo sucedido; sobre todo, en la forma en que se había comportado.

-El regalo de bodas que nos haremos será la instalación eléctrica de la casa -dijo Val en ese momento, con cierta tristeza-. No es muy romántico, pero no hay otra cosa.

Charlie deseó que su madre no fuera tan abierta ni tan impulsiva. Lo que menos quería era que Paul se enterara de sus dificultades económicas. Lo miró y casi pudo escuchar el ruido de su cerebro trabajando, almacenando la información y sacando conclusiones erróneas.

-¿Y tu familia? -preguntó, no porque le interesase el tema, sino para desviar la charla-. No nos has contado mucho sobre ti. Para empezar, Sarrizen no es un apellido inglés.

-No -respondió Paul tranquilamente.

Sus ojos brillaron y la hicieron saber que él comprendía el motivo de su pregunta y que si la respondía era solamente por así convenir a sus intereses.

-Mi padre era franco-canadiense -explicó-. Nació en Quebec y allí pasé parte de mi infancia. Eso, cuando no estábamos viajando. Mi padre escribía sobre viajes y siempre llevaba una vida de nómada. Y mi madre y yo íbamos con él a todas partes.

-Dice usted que «escribía»... -intervino Val.

-Los dos murieron cuando yo tenía trece años. Fueron a nadar... Mi madre tuvo problemas... él trató de salvarla... Y ambos se ahogaron. Entonces vine a vivir a Inglaterra... con la familia de mi primo Brian.

Charlie levantó la cabeza, pues lo ignoraba.

-La tía Emily quiso hacerse cargo de mí, pero todo el mundo opinó que era demasiado mayor para eso. Además, los Merton tenían un hijo apenas dos años mayor que yo...

El tono en que lo dijo reveló claramente la opinión que tenía de su primo. Entonces, ella se estremeció al recordar el encuentro de los primos, unas horas antes.

-¿Vivió mucho tiempo con ellos? -preguntó Val en ese momento-. Supongo que hasta que pudo valerse por sí mismo.

-Apenas seis meses -contestó él, con expresión sombría y cínica al mismo tiempo-. Para esas fechas se aclararon todas las cuestiones legales referente al testamento de mis padres y me metieron en un internado. De allí pasé a la universidad y luego a trabajar en Londres.

-Pero visitaba a sus tíos, en vacaciones, ¿no?

Charlie sabía la razón de las preguntas de su madre. Siendo una mujer tan amante de su familia, no podía concebir que existiera gente que pensara y sintiera diferente. Entonces se alegró de que no hubiese presenciado el encuentro entre Paul y Brian.

-Una vez nada más.

En los ojos de Paul brilló la rabia, pero se contuvo y añadió:

-Después, casi todo mi tiempo libre lo pasé al lado de mi tía Emily.

Charlie hubiera querido preguntar por qué. ¿Qué había podido suceder para que sus tíos lo rechazaran? Intentó imaginarse a Paul a los trece años y vio a un muchacho agresivo y rebelde... No pudo continuar porque su padre regresó a la sala, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Haga sus maletas, señora Harrington -dijo, excitada--. Se va usted de viaje.

-¿De viaje? -exclamó Val, incrédula-. ¿De qué estás hablando?

-Nos vamos a Portugal. ¡Un mes!

-¡Portugal!

Charlie vio el rostro de su madre iluminarse súbitamente; pero un momento después, al presenciar su regreso a una normalidad forzada, el corazón se le encogió. Ella sabía lo mucho que su madre deseaba viajar al extranjero. Sobre todo, a Portugal.

-Estás bromeando -dijo Val-. No podemos ir de vacaciones a la playa, muchos menos a...

-Esto es diferente -la interrumpió su marido-. Este viaje sólo nos costará lo que queramos gastar allí.

-Gerry, no bromees con esas cosas... Sabes que...

El hombre se sentó en el brazo de la silla que ocupaba su mujer,

tomó sus manos y la miró a los ojos.

-Acabo de hablar con Harry. Él y Anne tienen un apartamento compartido en el Algarve, una de las regiones más bonitas de Portugal. Y como regalo de aniversario nos invitan a ir con ellos allí. También nos regalarán los billetes de avión.

-Eso es maravilloso -exclamó Val.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Charlie al ver la felicidad de su madre. Ella sabía cuánto había trabajado durante toda su vida y las penurias económicas que había pasado, para no salirse del presupuesto. Entonces se alegró de que tuviera la oportunidad de hacer ese viaje.

-¿Cuándo salimos?

-El próximo jueves.

-¡El jueves! Tendré que darme prisa... Yo...

De pronto, palideció. Sus grandes ojos se apartaron del rostro de su marido y fueron a posarse sobre Paul, que permanecía como observador silencioso de la escena.

-No puede ser... El señor Sarrizen... Es un huésped. No puedo abandonarlo...

«Si tiene alguna clase de sentimientos», pensó Charlie, «buscará otro lugar donde alojarse».

Le molestaba que hubiera presenciado un momento tan familiar, y tan íntimo. Entonces creyó que no quería entrometerse más en su vida.

-Por supuesto que puede -dijo Paul, sonriendo para tranquilizar a Val-. No hay ningún problema. Estoy seguro de que Charlotte puede ocuparse de todo.

-¡Claro, mamá! -exclamó ella, impetuosa-. No hay problema. Vete a Portugal y yo...

En ese momento, se dio cuenta de lo que Paul acababa de decir y sintió como si alguien le hubiera golpeado la cabeza.

-¿Qué has dicho? -preguntó, incapaz de ocultar sus sentimientos.

-Que tú podrás atenderme perfectamente -contestó él.

Lo dijo con tanta amabilidad, que Charlie se preguntó si ella era la única que podía captar aquella amenaza latente en sus palabras.

-Yo sé que tú puedes atender a todas mis necesidades. Después de todo, no te pediré más de lo que haces por mi tía.

Charlie abrió la boca para responder como se merecía. Pero vio que su madre se volvía hacia ella con la esperanza en su rostro, y se contuvo.

-¿No te importaría, hija? Miss Mackenzie casi no te necesita estos días.

Charlie sintió la cínica sonrisa con que Paul escuchaba esas palabras y se estremeció interiormente. ¡Maldito Paul! ¿Por qué tuvo que venir a Barford?

«Lo curioso», le dijo una voz en el fondo de su mente, «es que hace unas semanas lo maldijiste porque no llegaba».

Incapaz de contestar a su voz interna, trató de ignorarla.

-Yo... empezó a decir.

Su intención era afirmar que no se ocuparía de Paul Sarrizen por nada del mundo; que nunca había querido que se alojara en su casa y que lo aguantaba porque sus padres estaban presentes. Y que la posibilidad de quedarse sola con él era algo que no la atraía en absoluto.

-Sólo serán cuatro semanas -añadió Paul.

Su tono era tan falso, que ella estuvo a punto de volverse a él y gritarle que se callara, que aquel asunto no era de su incumbencia.

-No puedo creerlo -murmuró Val, soñadora-. Con las ganas que tengo de conocer Portugal... y poder pasar allí un mes.

Charlie se dio por vencida. Lo que importaba allí era su madre, no lo que ella pudiera sentir. Negarse atender al huésped era quitarle a su madre su más anhelado sueño. Después de todo, no sería tanto trabajo atender a Paul: preparar un par de comidas diarias, encargarse de lavar la ropa y arreglar la casa. Esas serían todas sus obligaciones. Recordó el tono que empleó Paul para decir que ella podía hacerse cargo de sus necesidades, pero no quiso hacerle caso. El huésped tenía derecho a casa y comida. Y eso era lo único que ella le iba a dar.

-Claro que sí -contestó al fin-. Lo haré con mucho gusto.

Trató de emplear un tono que ocultara su conflicto interior y el resultado fue que se escuchó demasiado optimista para ser convincente.

-Yo me haré cargo de todo -insistió-. No puedes desaprovechar esta maravillosa oportunidad. Y no te preocupes por nada. Todo saldrá bien.

«¿A quién estás tratando de convencer?», preguntó su voz interior. «¿A tu madre o a ti?»

-Llama al tío Harry inmediatamente y dile que todo está arreglado -añadió, haciendo levantar a sus padres y empujándolos hacia el vestíbulo-. Al fin y al cabo, el señor Sarrizen se irá dentro de dos semanas.

-Cinco -dijo una tranquila voz a sus espaldas.

Esperó a que sus padres hubieran salido y cerró la puerta; aparentemente, para que ellos hablaran con el tío Harry con

libertad. Pero en realidad era paraa ocultar su reacción ante los ojos de Paul.

-¿Qué has dicho? -preguntó, molesta.

-¿No te lo ha dicho tu madre? -contestó Paul, sonriendo.

-¿Qué tenía que decirme?

De antemano sabía que no le iba a gustar su respuesta.

Paul se estiró y cruzó las manos detrás de la cabeza.

-He decidido quedarme un poco más. Estoy muy a gusto aquí, mucho mejor que en... -no concluyó lo que iba a decir-. Además, tus padres me tratan tan bien...

-Te deben muchas vacaciones en el periódico, ¿verdad? -repuso ella.

-Muchas -contestó él, imperturbable-. Por eso me voy a quedar dos o tres semanas más.

-Yo pensé que un hombre como tú estaría más a gusto en un lugar más lujoso.

-Dices eso porque no me conoces.

Charlie pensó qué era lo que él estaba tratando de decirle y por qué había un tono sombrío en sus palabras.

-Yo estoy muy contento aquí. El cuarto es muy cómodo y la comida, deliciosa.

-Yo no soy tan buena cocinera como mi madre.

Era como agarrarse de un clavo ardiendo, pero no vio otra solución. Acababa de aceptar pasar dos semanas más con él y eso le resultaba insoportable.

-Yo me conformo con poco -declaró Paul, encogiéndose de hombros—. Además, la comida no es todo en la vida. Estoy seguro de que posees otras... habilidades que me compensarán por ello.

«¿Habilidades?», pensó ella.

Recordó la escena que tuvo lugar horas antes en esa misma habitación y estaba segura de que Paul se refería a ella. Además, el tono insinuante de su voz cuando dijo «habilidades» y la forma- en que deslizó la mirada desde su rostro ruborizado hasta su cadera, le hicieron preguntar:

-¿A qué habilidades se refiere usted exactamente, señor Sarrizen?

Empleó el tratamiento formal para poner mayor distancia entre ellos... y también para olvidar sus besos y sus caricias, el recuerdo de la cabeza varonil sobre su pecho y de sus labios en...

«¡No!»

Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad. Entonces se dio cuenta de que se dejaba arrastrar con demasiada facilidad

por sus provocaciones...

-Ya lo discutiremos más tarde -contestó él-. Y habíamos quedado en hablarnos de tú.

-También habíamos quedado en que estarías aquí un mes -repuso ella, perdiendo el control hasta tal punto, que no le importó si sus padres la oían o no-. Parte de ese tiempo ya ha transcurrido y...

-He cambiado de opinión -insistió él con la misma paciencia de alguien que le explica algo a un niño poco inteligente-. Tu madre ya está de acuerdo.

-Yo soy la que se va a quedar a cargo de la casa, y no estoy de acuerdo. Cuando se cumpla el mes, te vas.

En las presentes circunstancias, aun eso, le parecía demasiado tiempo.

-¿Es tu última palabra?

-Sí, señor.

-Lástima.

Paul tuvo el descaro de aparentar contrariedad. Luego, sacudió la cabeza, dejó el gato en el suelo y se levantó.

Charlie deseó de todo corazón que no se hubiera levantado. Sentado, era una amenaza para su tranquilidad mental; pero de pie, dominaba la habitación entera y ella se sintió atemorizada.

-En ese caso, tendré que pedirle a tu madre que me devuelva el dinero -declaró con el mismo tono de voz.

-¡Un momento! -exclamó Charlie, alarmada-. ¿Qué dinero es ése?

Sus ojos penetrantes brillaron satisfechos de haber logrado su objetivo.

-El que corresponde a las dos semanas extra que pensaba quedarme. Las pagué ayer. Tendré que pedirle que me lo devuelva -respondió, al mismo tiempo que puso la mano en el picaporte de la puerta.

-¡No! Espera -dijo ella casi gritando-. ¿Has pagado por adelantado?

-Ayer. Con un cheque.

Y su madre había ido al banco el día anterior. Seguramente, había ingresado el cheque... iba a necesitar ese dinero para las vacaciones. Si tuviera que devolverlo... Conocía a su madre... renunciaría al viaje; diría que no tiene dinero y con su super desarrollado sentido del deber, le permitiría a Paul quedarse esas semanas extra, de todas formas. Si quería que su madre hiciera el viaje, no le quedaba otro remedio que sacrificarse.

-Puedes quedarte -murmuró, sintiéndose atrapada.

-¿Perdón? No he escuchado lo que has dicho.

Lo dijo con una cortesía tan falsa, que Charlie tuvo que apretar los dientes para no contestar una tontería. También metió las manos en los bolsillos del pantalón para evitar toda agresión, pues ya conocía las consecuencias de sus impetuosas reacciones.

-He dicho que puedes quedarse todo el tiempo que quieras -repitió y casi se ahogó al decirlo-. Ya has pagado las semanas extra y tienes derecho a ellas.

«Pero nada más casa y comida», añadió mentalmente. «Cumpliré con mis deberes; pero no tengo por qué ofrecerte mi compañía, ni mucho menos ninguna de las habilidades que has insinuado.»

-Muy bien --contestó él, soltando el picaporte-. Me alegro de que hayas cambiado de opinión. Hubiera sido muy molesto ponerme a buscar alojamiento.

Hizo una pausa, durante la cual la miró con ojos

burlones y luego continuó:

-Pensé que estarías contenta.

-¿Por qué rayos tendría que estar contenta?

-Porque has insistido mucho en que pase más tiempo al lado de mi tía.

Eso era cierto y no tenía sentido negarlo. Se sintió de pronto sin apoyo, como si alguien quitara la alfombra sobre la que estaba y es que, en ese momento, se dio cuenta de que no había pensado para nada en Miss Mackenzie. Desde el instante en que Paul anunció que se quedaba, solamente pensó en ella y en el efecto que su estancia tendría sobre ella.

«¿Cómo he podido ser tan egoísta?», se preguntó. «Digo que todo lo que hago por el bien de Miss Mackenzie y ni siquiera he pensado en ella durante esta discusión. ¿Cómo es posible que Paul me afecte de esta manera?»

-¿0 no habías pensado en ella?

¡Ese hombre era adivino! ¿Acaso sus ojos plateados podían penetrar hasta el fondo de su mente y leer sus pensamientos?

-¡Por supuesto que sí! Me interesa mucho su bienestar y... -no pudo terminar.

Paul la miraba, inquisitivo, arqueando una ceja, con cinismo.

-Entonces, ¿por qué no la has ido a ver? Mi tía me ha dicho que hace más de una semana que no la visitas.

-Pensé que quería estar todo el tiempo contigo.

Una vez más, sus cejas se arquearon, inquisitivas y Charlie supo que la cínica mente que había detrás de esos ojos, ya la había

juzgado y condenado.

Lo malo es que su respuesta sólo era en parte verdad. Desde luego, siempre creyó que Miss Emily debía aprovechar el poco tiempo de visitas de que disponía estando con su familia, especialmente, con aquel sobrino nieto que tanto deseaba ver. Pero había otra razón y esa no se la podía explicar a aquel hombre: que cada día le costaba más trabajo estar con su patrona, sabiendo que la engañaba en lo relativo a su compromiso con Brian.

«Si lo hubiera convencido de que le dijera la verdad hoy mismo...», pensó.

-¿No te parece que el sueldo que recibes merece más de una visita a la semana? -preguntó Paul.

La rabia la invadió al sentir que nuevamente la acusaba de fraude y de engaño.

-¡Qué considerado con tu tía te has vuelto de repente! -repuso ella, con los ojos que parecían despedir llamas-. Hace dos semanas no tenías tiempo ni de enviarle un telegrama. ¿0 qué pensabas? ¿Quedarte tranquilo hasta que tu tía se muriera y heredar sin mover un dedo? Debes estar muy disgustado porque tu tía sigue viva y tú has tenido que venir a visitarla.

En cuanto vio el gesto que ensombreció el rostro de Paul, comprendió que había ido demasiado lejos.

-Si no temiera molestar a mi tía, te quedarías inmediatamente sin eso que llamas pomposamente «un empleo» -repuso él casi gruñendo-. Por alguna oscura razón, te has metido en el corazón de mi tía y mientras se sienta débil, no quiero hacer nada que la inquiete. Pero en cuanto se reponga...

-Yo no tengo nada que ver contigo -contestó Charlie, furiosa al verlo adoptar nuevamente el papel de señor Riverview-. Por lo tanto, te agradeceré que...

-Sí tienes que ver conmigo: soy tu huésped y tienes que atenderme.

La chica se quedó de pie, silenciosa, sintiendo cómo aquellas palabras daban vueltas en su cabeza. Si hubiera alguna forma de escapar de Paul... Pero le había prometido a su madre hacerse cargo de él y ahora no podía echarse atrás.

-Como huésped -dijo al fin, tratando de aparentar indiferencia-. Esa será la única relación que exista entre nosotros.

Sus ojos se encontraron y Charlie recordó con vivísima claridad, el beso que le dio en Riverview y aquel otro en su casa, esa misma tarde. La piel se le erizó al instante y le resultó difícil respirar con normalidad.

-Por supuesto -respondió él con fingida inocencia-. No voy a ser nada más que tu huésped.

Charlie estaba sorprendida ante la facilidad con que él se acababa de rendir. Entonces él añadió en un tono seductor:

-Lo que me pregunto es si podrás mantener las cosas dentro de esa relación. Después de todo, creo que las próximas semanas van a resultar interesantísimas.

CAPÍTULO 7

CHARLIE estaba mirando una receta, cuando un portazo anunció el regreso de Paul. Puso el libró a un lado y cogió un periódico; lo abrió con la página de los deportes y fingió leer con atención.

-Hola -dijo él. Luego, al verla sentada en una silla y con los pies en otra preguntó sarcásticamente-: ¿Mucho trabajo?

Charlie no aceptó el reto y escondió la cara detrás del periódico. Ni siquiera quiso contestarle.

Paul cogió el libro de cocina, lo hojeó y encontró una página separada con un trozo de papel.

-¿Estás planeando algo especial para esta noche? ¡Ah! Pastel de queso con mandarina. Lástima. ¿Ya lo has empezado a hacer?

-Todavía no -respondió ella, conteniendo a duras penas su irritación.

No quiso decirle que ese plato era una de las especialidades de su madre, pero que a ella le parecía muy complicado y ya había decidido no hacerlo.

Ce estaba siendo muy difícil atender a aquel huésped. Sobre todo, porque sus habilidades culinarias eran prácticamente inexistentes y tenía que esforzarse mucho para servirle platos variados, tal y como su madre le había encargado.

-No te molestes en preparar nada, porque no voy a cenar aquí.

-¿No?

La idea de no tener que cocinar, la animó un poco y hasta bajó unos centímetros la muralla de papel.

-¿Vas a salir?

Paul asintió y un brillo de satisfacción apareció en sus ojos.

-Voy a Chalmworth House.

«Ahí guisan mucho mejor que yo», admitió Charlie al recordar la buena reputación de aquel lujoso restaurante.

-Qué bien. ¿Irás solo?

En cuanto acabó de hablar, se maldijo por su estupidez. Por supuesto que no iría solo. Los hombres como Paul Sarrizen no cenan solos y Miss Emily le había contado la infinidad de romances que se le atribuían a su sobrino. En realidad, Charlie estaba sorprendida de que hubiera tardado tanto. Ella esperaba que Paul aprovechara sus vacaciones para llevar a cenar, a bailar... y a otras cosas, a las muchachas de la localidad. Pero en vez de eso, solía meterse en su habitación muy temprano.

-No. Tengo una cita con una chica. Creo que tú la conoces. Se llama Annette Lyndon.

Claro que la conocía, demasiado bien. Ella era el tipo de mujer

que le gustaba a Paul, pensó con resentimiento inexplicable. Annette era una enfermera alta y rubia, que trabajaba en el pabellón donde estaba Miss Mackenzie.

-Muy bien -volvió a decir.

Sin poder evitar, comparó la esbelta figura de Annette, que aún en uniforme blanco era sensacional, con la imagen que de sí misma tenía: una chica vestida con pantalón vaquero y camiseta, sin una gota de maquillaje y con el pelo cayéndole desordenado sobre los hombros.

-Lo vas a pasar muy bien.

Inmediatamente, se arrepintió de haberlo dicho, porque sus palabras parecieron amargas y sarcásticas.

-¿Qué te pasa, Charlotte? -preguntó él, sonriendo burlón-. No estarás celosa, ¿verdad?

-¿Celosa? ¡No seas ridículo!

Imaginó a Paul y Annette juntos y el corazón le dio un doloroso vuelco. Su pulso se volvió incontrolable, hasta el punto que casi no pudo evitar decir lo que realmente pensaba y sentía. No era cierto, ¿verdad? No podía ser cierto que estuviera celosa de Paul.

-¿Preferirías que te hubiera invitado a ti? -preguntó él con ironía.

Cuando consiguió hablar, su voz se escuchó quebrada e insegura.

-¡Nunca! Quiero decir... Claro que me gustaría cenar en Chalmworth House. A cualquier mujer le gustaría que la invitaran a cenar allí, pero me gustaría hacerlo en compañía de alguien más... -se detuvo para buscar la palabra adecuada-, agradable.

Hubiera querido terminar ahí, después de recuperar un poco la dignidad perdida; pero al ver la sonrisa irónica que retorció sus labios y el brillo que adquirieron sus ojos penetrantes, su satisfacción se evaporó como la niebla, con la salida del sol.

-En realidad, me haces un gran favor saliendo a cenar -añadió-. Tengo ganas de estar sola y tranquila en mi casa.

-Por supuesto.

En apariencia, fue una contestación intrascendente; pero hubo en ella una sutil ironía.

-Tengo mucho que hacer -añadió, tratando desesperadamente de inventarse una tarea específica.

Y deseó tener algo interesante que hacer, para demostrar a Paul que no era una muchacha metida en su casa, por falta de pretendientes.

-Tengo que lavar la ropa de tu tía.

Fue un error grave decir eso. Comparar el lavado de ropa con la cena en un elegante restaurante, era adoptar el papel de una miserable Cenicienta.

-Un camisón -le recordó Paul.

Y es que para probarle que no era la sanguijuela que él creía, toda esa semana Charlie había trabajado más deprisa y con más entusiasmo que nunca. Dejó Riverview tan limpio, que parecía un espejo y lavó la ropa de Miss Mackenzie a toda velocidad.

-Hoy ponen en la televisión una película que quiero ver.

Se trataba de una película de terror, lo último que ella vería. Sin embargo, lo prefería a que Paul pensase que era una aburrida sin pretendientes ni amigos.

De pronto, se preguntó por qué tenía tanto interés en convencer a Paul de que no era una solitaria, y el corazón se le estremeció al recordar la palabra «celosa», en la que nunca había pensado hasta aquella noche.

No, no, eso no podía ser. Se comportaba así, porque estaba herida en su amor propio, pero nada más.

-No todos necesitamos arrastrar a un miembro del sexo opuesto detrás de nosotros para sentirnos valiosos --declaró con énfasis.

Olvidaba que durante el tiempo que llevaba en su casa, Paul no había demostrado interés en salir con mujeres, que todas las noches se quedaba en casa leyendo o viendo la televisión. En realidad, había pasado tanto tiempo al lado de su tía o haciendo reparaciones en Riverview, que su presencia en la casa no resultó tan molesta como había temido.

-Creo que Annette se ofendería si oyera cómo la describes. Y con toda razón. Además, yo no necesito ese tipo de cosas para levantarme el ánimo.

No, claro que no lo necesitaba. Paul tenía una responsabilidad con bases muy firmes. Como ella. Sólo que desde que él había llegado a Barford, por alguna razón, su equilibrio mental estaba profundamente alterado.

-De todas formas, no te preocupes por mí -dijo, segura de que no había pensado en ella para nada-. Estaré bien. ¿Irás luego directamente al restaurante?

-No, primero vendré a cambiarme. Mi cita con Annette será a las ocho y media.

-No puedes quedarte sin comer hasta esa hora.

Ella sintió que se comportaba absurdamente maternal. Sin embargo, eso le daba la oportunidad de averiguar todo lo que él iba a hacer; de otra forma, hubiera parecido una entrometida o peor

aún, una envidiosa.

-Te prepararé algo de comer para las cinco, antes de que te vayas al hospital.

-Te lo agradezco. ¿No te causo ningún problema?

Se comportaba con tanta cortesía, que Charlie sintió que la sangre le hervía en las venas. ¿Por qué actuaba así con ella?

-No, ninguno -respondió-. Yo te tengo que dar casa y comida todos los días. Así que si no tengo que hacerte la cena de hoy, es justo que te prepare un bocadillo.

Eso puso las cosas en su lugar y Paul se dirigió a su habitación. Prefería ese trato al burlón e insinuante de antes. Él conseguía alterarla fácilmente, así que en lo sucesivo debía ser muy cuidadosa.

Esa noche, a las ocho menos cuarto, Charlie estaba escribiendo una carta a sus padres. Por la mañana había recibido una postal que la convencía de que su sacrificio valía la pena. Paul no tardaría en regresar del hospital y quería que la encontrara ocupada.

Así fue. El subió a su cuarto y bajó a las ocho y veinte, ya cambiado. La encontró hablando animadamente por teléfono. Cuando Paul se despidió, ella sólo se limitó a hacerle un gesto con la mano.

Sin embargo, cuando oyó el motor del coche de Paul ponerse en marcha, se separó el teléfono del oído. No se oía ninguna voz por el auricular, sino el sonido desagradable del tono de marcar.

«¿Cómo he podido recurrir a este truco tan... tan patético?», se preguntó, angustiada. «Todo por culpa de un hombre. Si nunca me han importado, ¿por qué ahora me siento así?»

A las ocho y media, después de examinar todos los canales de televisión y no encontrar nada interesante, Charlie paseaba inquieta por el vestíbulo y la sala, intentando no pensar en la escena que en ese momento se estaría desarrollando en un bar del centro del pueblo. ¿Se irían directamente al restaurante, o tomarían antes un aperitivo? Probablemente lo segundo; el bar del pueblo era íntimo y agradable, muy apropiado para un encuentro romántico.

-¡Baste! -se dijo en voz alta.

Se sentía mal, intentando averiguar los pasos de Paul. Él podía hacer con su tiempo libre lo que le diera la gana.

Decidió hacer algo que la distrajera y que le evitara pensar en Paul y Annette juntos, ambos altos y elegantes; y ella, probablemente, llevando puesto algo sensacional.

Eso le dio una idea. No había revisado su guardarropa desde hacía mucho tiempo, y aquella era una buena oportunidad. No queriendo perder más tiempo, corrió a su habitación y abrió las

puertas del armario, de par en par.

Entonces, sintió que el alma se le caía a los pies, al comprobar los cambios que había sufrido su vida durante los últimos nueve meses. Casi podía dividir el armario en dos secciones: en una estaban los pantalones vaqueros, las camisetas y las blusas que llevaba en el pueblo y para trabajar en Riverview; y en la otra, estaba su «ropa de ciudad», los vestidos, trajes y blusas de seda que usaba para trabajar y para salir con Terry.

Lentamente, Charlie alargó la mano y tocó uno de sus vestidos, probablemente, por primera vez desde que los colgó allí, meses antes. Podía recordar casi todas las ocasiones en las que los había usado y curiosamente, sus recuerdos no eran dolorosos. Descubrió que no echaba de menos aquella vida; sobre todo, que no echaba de menos a Terry. Sin embargo...

Sus dedos acariciaron un vestido de seda color fuego. Le había costado mucho dinero y ni siquiera lo había estrenado. Lo compró para una fiesta a la que no fue; acababa de comprarlo, cuando llegó a su apartamento y encontró a Terry con Louisa.

Impulsivamente, descolgó el vestido y se lo puso sobre el cuerpo, alisándolo cuidadosamente. Entonces tuvo otra idea; colgó el vestido fuera del armario y fue a buscar su maquillaje. .

Daban las nueve en el reloj, cuando Charlie examinó el reflejo que el gran espejo del armario le devolvía. Hacía mucho tiempo que no se maquillaba. Había cambiado también su peinado, recogiéndose el pelo en lo alto de la cabeza y dejando dos rizos a los lados; con esto, la delicada piel de su cuello, parecía más hermosa.

El vestido le quedaba mejor ahora que cuando lo compró. En nueve meses, su madre le había quitado aquella delgadez exagerada de sus días de secretaria en Leeds. La seda del vestido se adhería sensualmente a su cuerpo y Charlie quedó literalmente asombrada al encontrarse ante una mujer elegante y sofisticada, no ante una muchacha de pueblo.

«Estoy vestida maravillosamente, pero no tengo dónde ir», pensó con fastidio.

Entonces recordó lo que la había impulsado a vestirse así, e imaginó a Paul y Annette en Chalmworth House. A esas horas, ya estarían...

Un leve ruido en el jardín la alertó y permaneció inmóvil, escuchando atentamente. Oyó el ruido inconfundible de la puerta de entrada, que había olvidado cerrar con llave; luego, unos suaves pasos se escucharon en el recibidor.

«¡Ladrones!», pensó asustada.

Sin detenerse cogió el primer objeto duro que encontró y corrió por la escalera.

-¿Charlotte?

Oyó su nombre al entrar en el recibidor oscuro y se detuvo súbitamente al ver una sombra que levantaba la mano hacia el interruptor. Era Paul.

-¿Qué haces aquí? -quiso saber, respirando con dificultad, por el susto y la sorpresa-. Debías estar cenando con Annette.

-Eso pensaba yo -contestó él, con un ligero acento burlón-. Pero no salieron bien las cosas.

-¿Qué ha sucedido?

Charlie hablaba con voz temblorosa; pero eso, afortunadamente, podía atribuirse al sobresalto y a la velocidad con que bajó por la escalera. Viendo ahora a Paul a plena luz, pudo observar todos los detalles de su indumentaria, los cuales había ignorado deliberadamente cuando él salió.

Estaba acostumbrada a verlo con ropa informal, si acaso, se ponía una camisa de mejor calidad para visitar a su tía. Pero el hombre esbelto y elegante que se encontraba frente a ella, vestido con un traje de seda color gris claro y camisa inmaculadamente blanca, era un desconocido para ella. Y pensó que pensaba cortejar a Annette bajo su apariencia de hombre elegante y seductor. Un malestar la invadió y tuvo que esforzarse para escuchar lo que decía, en vez de observar cómo el traje hacía resaltar su maravilloso cuerpo. Una luz iluminó su pelo recién lavado, haciéndolo brillar intensamente. Un mechón le caía sobre la frente y eso suavizaba la expresión generalmente dura de su rostro.

-¡Me ha dejado plantado! La he estado esperando veinte minutos. Por fin la llamé, pero me dijo que estaba cansadísima y quería acostarse temprano.

Estaba tan desconcertado que una explosión de carcajadas se detuvo en la garganta de la chica.

-¿Así que te plantó? -dijo, conteniéndose a duras penas.

-Eso parece -respondió él, sonriendo.

Pero no pudo evitar preguntar:

-¿Es la primera vez?

Él asintió y su sonrisa se hizo más amplia. Charlie se sintió conmovida, sin saber por qué.

-Despreciado por un osito de peluche y un buen libro -declaró Paul con falsa entonación dramática-. Mírame: vestido elegantemente y no tengo dónde ir.

Ella sofocó un grito de sorpresa al oír reproducidas sus palabras de minutos antes casi con exactitud. Entonces, por primera vez, Paul se fijó en ella... y sus ojos grises se oscurecieron perceptiblemente.

-A propósito... -dijo, con voz ronca y baja.

El sonido de su voz la hizo estremecerse de pies a cabeza. Luego lo miró a los ojos, como hipnotizada. Tenía la boca seca, hasta el punto que tuvo que humedecerse los labios con la lengua.

-Nunca te había visto así... Tu vestido es sensacional, ¿quién es el afortunado?

-Nadie -contestó ella impulsivamente.

Inmediatamente, se arrepintió de haber hablado tan rápido. Hubiera querido inventar una cita y un pretendiente maravilloso para esa noche. Eso lo haría rabiar; sobre todo, porque a él lo habían plantado.

Sin embargo, ese sentimiento de venganza desapareció cuando lo vio sacudir la cabeza lentamente.

-Es una lástima -dijo y sus ojos se oscurecieron más que nunca-. Estás tan guapa que todo el mundo debía admirarte.

-No merece la pena. Es... es un vestido viejo que me estaba probando.

La voz se extinguió de su garganta reseca al advertir la forma en que él la miraba. En sus ojos varoniles_ brillaba la llama de la pasión.

-No creo que eso sea un vestido viejo. Tengo una idea.

Paul miró su reloj y asintió, satisfecho.

-Si nos damos prisa, podremos llegar a Chalmworth House a las nueve y media, que es la hora de mi reserva. ¿Me harás el honor de cenar conmigo esta noche?

Varias respuestas acudieron a su mente: desde el «No» directo y claro que fue su primer impulso, hasta una vibrante declaración de que ella no era plato de segunda mesa.

Sin embargo, antes que pudiera decir algo, una reflexión se impuso a esos pensamientos. A Paul no parecía importarle que Annette lo hubiera dejado plantado. Eso hizo que el corazón le latiera más deprisa.

De todo ese torbellino de confusión e indecisiones brotó de pronto un pensamiento sencillo y poderoso que borró cualquier otra consideración. Recordó su inquietud de horas antes y su pena al admitir que no había salido ni una sola vez con un hombre, desde que llegó a Barford. Todo era motivo suficiente para que aceptara la invitación.

La lógica y la razón le decían que Paul no le gustaba y que no debía estar en su compañía más tiempo del estrictamente necesario; sin embargo, su parte emocional deseaba, disfrutar de una buena cena, de un lugar elegante y ¿por qué no?, de un inocente coqueteo con un hombre guapo. Por que Paul era guapo. Eso no podía negarse.

Lo que la decidió fue encontrar en aquellos ojos penetrantes una chispa de duda. Sorprendentemente, Paul no estaba seguro de si ella aceptaría su invitación. En ese momento, él hizo un vago gesto de renuncia con la mano. Al mismo tiempo, ella pensó que quería salir esa noche y que estando Paul de tan buen humor, tal vez podrían disfrutar un rato juntos.

-Está bien. Olvídalo... -empezó a decir Paul.

Pero ella lo interrumpió suavemente.

-Muy buena idea -dijo, con voz ligeramente excitáda-. Te lo agradezco mucho. Me encantaría salir a cenar contigo.

CAPÍTULO 8

HA estado delicioso -afirmó Charlie, dejando su cuchara y apoyándose en el respaldo de su silla-. Me ha gustado mucho.

-A mí también -respondió Paul, con una sonrisa similar a la suya-. ¿Sabes? Estoy muy contento de que aceptaras mi invitación.

-Yo también -dijo ella espontáneamente.

Hacía largo rato que sus recelos se habían evaporado y encontraba un nuevo placer en estar en un restaurante elegante y sorprendentemente, en la compañía de Paul.

Él se comportaba como el acompañante perfecto: cortés, encantador y atento. Le habló amplia e inteligentemente de Guatemala y ella sacó la conclusión de que se trataba de una tierra llena de violentos contrastes, de paisajes espectaculares y también de pobreza e injusticia.

-El pasado tiene para ellos una presencia increíble -le contó-. Aunque no es extraño, si consideras que allí vivieron los mayas, una de las principales culturas del Nuevo Mundo. Aún quedan muchos descendientes de aquellos, en las más remotas regiones del país y sus costumbres todavía se practican en la actualidad.

-Por lo visto, te impresionaron los indígenas guatemaltecos.

-Son gente hermosa y están muy orgullosos de su herencia. Las costumbres de los pueblos son tan diversas y tan antiguas, que es posible saber de dónde procede un indígena por el color y el estilo de la camisa del hombre o la blusa de la mujer, que allí llaman huipil. Desgraciadamente, como en muchos otros países, los indígenas han sido explotados. Las plantaciones de plátano, de café y de caña de azúcar los despojaron de sus tierras y les dieron empleos mal pagados; muchos emigraron a la ciudad de Guatemala y terminaron viviendo en los barrios más bajos. ¿Has leído algo sobre este problema?

-Sí, claro.

La joven estaba descubriendo el otro rostro de Paul; el de un hombre responsable y humano que demostraba su preocupación en la intensidad de su voz.

-Por lo visto, estás enamorado de Guatemala -dijo-. Ya debes tener ganas de volver.

-¿Estás intentando librarte de mí, Charlotte? -preguntó Paul con ironía.

Ella enrojeció súbitamente y se mordió los labios.

-Nunca supongas-lo que quiero hacer -le aconsejó él, acentuando su ironía—. Jamás he dicho que quisiera volver a Guatemala.

-¿No? Yo pensaba que la vida en este pueblo te parecía

aburridísima.

-¿Ves lo que te digo? Al contrario, esta vida me gusta. Tú eres la que parece echar de menos la gran ciudad.

-Ahora, tu estás suponiendo lo que yo pienso.

-Nada de suposiciones -murmuró él, suavemente-. Tengo pruebas de lo que digo.

-¿Qué pruebas?

-Cualquiera que te viera esta noche se daría cuenta de cuáles son tus sentimientos. Pareces una niña en una juguetería.

Charlie tuvo la intención de ocultarse entre las manos sus mejillas sonrojadas; pero contuvo el gesto, que no hubiera hecho sino atraer la atención de Paul. ¿Acaso era tan transparente? ¿0 es que él la observaba con tanta atención que podía interpretar todas sus reacciones? Cualquiera que fuera la respuesta, ambas le resultaban igualmente perturbadoras.

-Hace diez meses que no visitaba un sitio como éste -comentó, intentando desviar la conversación.

-¿Tanto? -preguntó Paul con escepticismo-. No me digas que en este pueblo no hay hombres con los suficientes pantalones como para invitar a una mujer tan hermosa como tú.

Charlie no supo cómo interpretar la expresión «hombres con pantalones»; sobre todo, porque la había combinado con el calificativo «hermosa» al referirse a ella. No tuvo tiempo de averiguarlo, pues él siguió diciendo:

-Perdona. Olvidaba que has dedicado todo tu tiempo a mi tía.

-No todo mi tiempo...

Se interrumpió bruscamente. Pues le molestó la insinuación que Paul había hecho acerca de que ella no atraía a los hombres y estuvo a punto de mencionar a Brian; pero recordó la forma en que él había tomado su supuesto «compromiso» y no quiso amargarse la noche. Además, ella misma ya no estaba tan segura de las buenas intenciones de Brian. Paul había sembrado en su alma las semillas de la duda y a partir de ese momento, empezó a descubrir otros hechos que la inquietaban.

-¿Y? -repitió Paul suavemente.

-Y no te olvides de Terry.

A decir verdad, ella ya lo había olvidado. En aquella ocasión prometió no volver a confiar en ningún hombre con tanta facilidad; sin embargo, con Brian le estaba ocurriendo algo semejante.

-¿Terry?... Ah, sí, el muchacho que te rompió el corazón -dijo él cambiando bruscamente de expresión-. ¿Todavía lo echas de menos?

-¿Echarlo de menos?

Lo que había empezado como una cena agradable y tranquila se estaba convirtiendo en un intercambio de confesiones, provocado por los violentos cambios de Paul. ¿Cómo podía contestar a aquella pregunta? De pronto se dio cuenta de que la única respuesta posible, era la verdad.

-No, no lo echo de menos. Tampoco creo que me haya destrozado el corazón. Me desilusionó... y me traicionó, pero no me rompió el corazón. En realidad, creo que nunca lo amé. Me gustaba salir con él, pero nada más. Salíamos muy a menudo y a mí me encantaba arreglarme muy bien e ir a lugares bonitos y...

Se detuvo de pronto y clavó la mirada en el rostro del hombre que estaba al otro lado de la mesa. ¿Cómo se las arreglaba él para hacerla hablar de tantas cosas, cosas que ni siquiera admitiría a solas? Y todo, con unas cuantas preguntas. ¿Cómo lograba hacerla enfrentarse a sus propios sentimientos y que los apreciara en su justo valor? Sobre todo, ¿por qué su sonrisa de triunfo en ese momento? ¿En qué estaba pensando?

Preocupada, Charlie repasó todo lo que había dicho, buscando alguna trampa oculta en la que hubiera podido caer, sin darse cuenta.

La descubrió, pero ya era demasiado tarde. La confesión honesta de sus sentimientos por Terry junto al comentario de la activa vida social que había llevado a su lado, podían ser interpretadas, sobre todo, por un observador crítico y bastante cínico, como las de una mujer que busca a los hombres para ver qué puede sacarles. En un instante, se dio cuenta de que había sido procesada, juzgada y condenada como una oportunista y una ambiciosa, confirmando la idea que tenía de ella como una estafadora.

Las siguientes palabras de Paul confirmaron sus sospechas.

-Entonces, sí echas de menos la vida de la ciudad.

-Te gustaría que dijera que sí, ¿verdad? -repuso ella.

La ira despertada por sus injustas sospechas, la hicieron olvidar su resolución de ser amable. ¿Cómo era posible que le pareciera atractivo aquel hombre, si su rostro era duro y sus ojos fríos?

Sin embargo, al mirarlo nuevamente pensó que a pesar de su cinismo y de su falta de sentimientos, Paul Sarrizen era el hombre más atractivo que había conocido.

-Quiero que me digas la verdad.

-¿Me creerías si te la digo? -preguntó Charlie con franco escepticismo-. Hasta ahora, no has mostrado mucha confianza en mis palabras.

Paul sufrió otro asombroso cambio de ánimo y bajó la mirada un instante, como avergonzado. La joven no podía creer que fuera el mismo hombre.

-Tal vez haya sido un poco apresurado en mis juicios...

-No me digas que me estás pidiendo disculpas.

-Yo ignoraba muchas cosas -declaró él, con una sonrisa que más parecía una mueca-. Para empezar, no sabía que los gatos que tienes en tu casa son de mi tía.

Titubeó y Charlie tuvo que morderse la lengua para no hacer algún comentario imprudente. No es que Paul estuviera retorciéndose de pena; pero desde luego, no disfrutaba aceptando sus errores. Ella cogió su copa de vino y bebió un poco, esperando deliberadamente a que él continuara.

-Puedo alegar en mi defensa que mi tía no se ha acordado de los gatos, hasta hoy. La memoria le falla un poco. Esta última semana ha mejorado mucho y ya va recordando muchas cosas... entre ellas, a sus mascotas.

Charlie sacó la conclusión de que la invitación a cenar se debía no sólo al plantón que había sufrido Paul, sino también a los tres gatos. Estaba segura de que él jamás la habría invitado si no hubiera rectificado, aunque sólo fuera en parte, la opinión que tenía de ella.

-Se llaman Harpo, Groucho y Chico -le informó, en un tono de voz que indicaba que ahora tenía ella la sartén por el mango-. Como los Hermanos Max.

-Los has estado cuidando durante meses... hasta te los has llevado a tu casa.

-Me gustan los animales.

La estaba tratando con gran amabilidad y hasta podía decirse que en su voz había un poco de admiración. Sin embargo, Charlie se sintió más confundida que con los frecuentes ataques verbales a los que la sometía. La inquietaba mucho la forma que tenían aquellos ojos de mirarla con simpatía y cómo se transformaban de la más absoluta frialdad a la más tierna delicadeza.

-No podía dejarlos en Riverview. Imagínate los destrozos que hubieran causado.

-¿Y la comida? Tres gatos adultos deben comer bastante.

-No sabes cuánto -admitió la chica.

Entonces, se dio cuenta de que estaba ruborizada y que era imposible pretender ignorar el sentido de sus palabras. Leyó en sus ojos la aprobación por lo que había hecho; pero eso, en vez de halagarla, la desconcertó hasta tal punto que no encontró palabras

para seguir.

-Yo... Es que...

-Debes estar gastando una fortuna en ellos.

-No tanto. Además, me gusta cuidarlos. A cualquiera le gustaría cuidarlos.

En aquel momento, deseó que Paul mirara hacia otro lado. Después de estar tan segura de cómo la había juzgado y condenado, le resultaba imposible aceptar esa nueva actitud.

-Al contrario. A nadie le gustaría cuidar animales ajenos. Los hubieran enviado a alguna residencia para animales, aumentando el gasto a mi tía. Nadie se los habría llevado a su casa ni los habría mantenido durante tanto tiempo. ¿Y qué me dices de las flores?

Charlie estaba a punto de llevarse la copa a los labios, pero tuvo que usar su fuerza de voluntad para evitar el sobresalto instintivo que le provocó la pregunta de Paul.

-Tampoco las pagó mi tía, ¿verdad? -preguntó él, inclinándose en su silla para enfatizar más sus palabras.

-No.

Charlie se removió, intranquila. ¿Era así como Paul efectuaba sus investigaciones? De ser así, no le extrañaba que consiguiera todos esos reportajes exclusivos o que le sacara la verdad a la gente acostumbrada a mentir. Aquel interrogatorio era solamente el principio, pero ella se sintió como si la hubieran golpeado mentalmente. No había tenido necesidad de atormentarla con luces directas a la cara, porque la fuerza de su personalidad era suficiente para convencerla.

-No me gustaba la idea de que tu tía estuviera sola en un simple cuarto de hospital, por eso...

-¿Aunque estuviera inconsciente y no se diera cuenta de nada?

-¡Eso no importa! -contestó ella, impetuosamente-. Lo importante era que cuando abriera los ojos, aunque fuera por un segundo, se encontrara con algo alegre y colorido.

A ella le pareció absurdo estar a la defensiva en un asunto tan sencillo. El problema era que no conseguía interpretar la expresión del rostro de Paul, ni adivinar hacia dónde conducían sus preguntas. Por eso dijo:

-Brian también le envió flores.

Pero fue un error decirlo. El rostro de Paul se endureció repentinamente y sus ojos se convirtieron en dos trozos de hielo.

-¿Por qué lo odias tanto? -preguntó, antes de valorar si era prudente o no ahondar en el tema.

-No lo odio -era una suavidad muy semejante a la del gato que

se desliza sobre sus mullidas patas... unas patas que ocultan el tremendo poder destructivo de sus uñas.

-No te creo.

Lo dijo con más fuerza de la que quería. Y era porque se encontraba en conflicto entre el Paul amable y el hostil.

El no dijo nada; pero su ceño se frunció.

-Todo lo que hace te parece mal y lo criticas a la menor oportunidad...

Él le dirigió una mirada dura y fría, como la de un cuchillo, pero ella intentó ignorarla.

Por un lado, empezaba a desconfiar de los motivos de Brian y del cariño que demostraba por su tía; por otro, siempre pensó que Paul era el malo de la película... pero los papeles amenazaban con cambiarse.

-¿En qué te ha ofendido tu primo? -insistió.

-A mí, personalmente, en nada -respondió Paul, bajando la mirada hasta fijarla en sus propias manos.

No podía mirarlo a los ojos. Sin embargo, había algo en sus facciones que le recordaba su expresión cuando su madre le preguntó por su pasado y él habló de su vida en casa de sus tíos.

-Brian es tu primo. Sus padres te dieron un hogar cuando te quedaste huérfano...

-Te voy a decir una cosa -habló Paul, alzando de pronto la cabeza.

Ella se encontró de golpe con el brillo penetrante de sus ojos y el corazón le dio un vuelco.

-¿Sabes por qué me mandaron al internado?

Una vez más, sus palabras parecían repetición de sus propios pensamientos.

-Dijiste que la herencia de tu padre les permitió pagarlo...

-Eso es sólo parte de la verdad. Una parte muy conveniente para ellos. Pero la verdad es que me echaron de su casa, porque le di una paliza a su precioso y admirable hijo.

-No te creo.

-Hasta le rompí la nariz.

Hubo una torva satisfacción en su voz y una sonrisa oscura y peligrosa, completamente ajena al ambiente civilizado y sofisticado del restaurante. Charlie se sintió repentinamente inquieta y se removió en su silla.

-No me extraña que te hayan enviado al internado. Ellos te estaban dando un hogar y tú les pagaste así...

-Lo mismo que dijo mi tío -contestó Paul, con voz fría e

indiferente, pero con un profundo cinismo en su mirada.

¿Es que ese hombre no tenía conciencia? ¿Acaso no se arrepentía de lo que había hecho? Charlie sintió un sabor amargo en la boca, y empujó su silla hacia atrás con un brusco movimiento.
-¿Nos vamos? -dijo.

En un instante se borró el encanto de aquella noche y fue sustituido por la sensación de estar contaminada, como si hubiera tocado algo sucio y repugnante. Brian no sería el hombre que ella había imaginado, pero su primo no era mejor que él.

-¿Te he asustado? -preguntó Paul.

En sus palabras estaba implícita la idea de que Charlie quería huir de lo que no podía manejar. A pesar de todo, levantó la mano para llamar al camarero.

-En absoluto -repuso, impulsada por el amor propio.

Sin embargo, su voz le tembló ligeramente y ella maldijo su falta de control, que puso en evidencia su inseguridad.

Paul arqueó una ceja en gesto irónico, demostrando que no la creía. No le extrañaba, pues ella misma no estaba convencida y tuvo que admitir que se encontraba muy cerca del pánico.

Tampoco se tranquilizó durante la caminata a través del aparcamiento del restaurante, pues Paul se convirtió en una sombra amenazante que se deslizaba a su lado. Si hubiera podido, habría escapado en ese momento.

Pero tenía que subir al coche con él y viajar un rato hasta llegar a casa. Luego...

Su corazón se estremeció dolorosamente. Acudieron a su mente, unas palabras de Paul que ella trataba inútilmente de olvidar: «Tú y yo podremos ser solamente amigos». Luego, otro recuerdo más vivo aún, la hizo detenerse antes de llegar al auto: «La comida no es todo en la vida», dijo Paul en una ocasión. «Estoy seguro de que posees otras habilidades que me compensarán por ello.»

Ese era el hombre que caminaba a su lado, el que la iba a llevar a casa. Al pensarlo, no pudo impedir un estremecimiento, pues la casa que siempre había sido su refugio, se convertía de pronto en algo amenazante.

-¿Qué ocurre, Charlotte? --dijo él, deteniéndose.

-Na... nada.

La luz de la luna iluminó sus ojos varoniles, volviéndolos incoloros. Y la joven vio aquellas irónicas palabras «¿Te he asustado?», como si estuvieran suspendidas en el aire.

-Creo... creo que es muy temprano para volver a casa.

Al ver que sus labios se curvaban en una burlona sonrisa, se

sintió como si estuviera atrapada en un rincón. Quedarse un rato más podría tomarse como sinónimo de que quería estar con él; en cambio, volver a casa...

Pero se negó a contemplar la perspectiva de estar a solas con Paul en la casa. Aquel hombre había sido capaz de dar una paliza a su primo... Una vez más, el miedo la hizo estremecer.

-No temas -dijo Paul con voz baja y ronca-. Nunca he pegado a una mujer.

¿Cómo podía saber lo que ella estaba pensando?

-Y no pienso empezar ahora -declaró.

La forma en que lo dijo le llegó al corazón. El instinto le pidió creer en sus palabras; pero por otro lado, la razón le advirtió que creerle, era una insensatez.

-Yo... -empezó, sin saber exactamente lo que iba a decir.

En ese momento, Paul dio un paso hacia ella... y la mente de Charlie se oscureció por completo.

-Charlotte...

Puso la mano en su mejilla. A la luz de la luna, sus ojos parecían dos pozos oscuros y profundos.

-Nunca podré hacerte daño -susurró, pasando el brazo libre por su esbelta cintura y atrayéndola suave pero irresistiblemente contra su cuerpo.

-Paul -murmuró ella.

¿Era rechazo o estímulo? Ella misma no lo sabía. Un instante después, él inclinó la cabeza capturando sus labios en un beso apasionado.

Charlie sintió que el mundo daba vueltas y tuvo que agarrarse a sus brazos para no caer. Y sin saber cómo, ni por qué, su joven cuerpo se unió al suyo. El miedo desapareció como por arte de magia y lo único que pudo sentir, fue placer... una profunda y poderosa sensación que corría por sus venas como una marea ascendente, hasta acelerar los latidos de su corazón y cortarle la respiración.

Sin detenerse a pensar, la joven le lanzó los brazos al cuello y hundió las manos en su sedoso pelo. Cuando él quiso separarse, ella lo obligó a continuar. Después de ese pequeño movimiento de separación, Paul no daba señales de querer terminar en mucho tiempo. A continuación, él deslizó sus manos bajo el terciopelo negro de la chaqueta, para acariciar su cuerpo, de modo que Charlie se estremeció violentamente sin poderlo evitar.

No sabían cuánto tiempo habían permanecido allí. De repente la puerta del restaurante se abrió y un rayo de luz cayó sobre ellos.

Luego, el sonido de unas voces penetró en la niebla que envolvía la mente de la chica. Sobresaltada, se separó de Paul y automáticamente se alisó el vestido y el pelo. En eso vio a Paul, que la observaba y dio gracias al cielo, por la oscuridad de la noche., pues no le permitía ver a él, que el rubor teñía sus mejillas.

-Será mejor que nos vayamos -dijo, con voz temblorosa.

Entonces, se detuvo al recordar que había sido precisamente su falta de decisión en cuanto a irse o quedarse, lo que la había conducido a esa situación. Por otro lado, la idea de estar sola con Paul en su casa la atemorizaba un instante y la complacía al siguiente.

Viendo su titubeo, Paul decidió por ella.

-Vamos a dar un paseo -afirmó.

La cogió de la mano y la condujo hacia el coche.

¿Qué era peor? ¿Estar sola con él en la casa o en el coche, donde su muslo le rozaba la pierna cada vez que se movía? En su casa, le sería fácil levantar una barrera entre ellos; aunque en realidad, no estaba tan segura de querer levantarla.

Cuando el coche se puso en marcha, sintió como si todos sus nervios se erizaran. El deseo que sus besos habían despertado renació impidiéndole viajar tranquila.

-Es una noche muy hermosa.

La voz de Paul la sacó de su mundo de sueños y la volvió bruscamente a la realidad. Le asombraba la tranquilidad de su voz y la falta de emoción que advertía en ella. Sus movimientos al conducir eran precisos, lo cual indicaba que ya había recuperado el equilibrio emocional. Ella no tenía esa suerte y lo único que pudo responder fue un murmullo ininteligible.

¿Qué le estaba ocurriendo? Primero odiaba a Paul y luego disfrutaba su compañía. El miedo que le inspiraba era desplazado por la pasión.

«Pasión que sólo yo siento», se dijo crudamente.

No podía olvidar la velocidad con la que Paul pasaba de una emoción a otra... si es que en algún momento había sentido algo. El que ella se encontrara a merced de sus emociones, no quería decir que a él le ocurriera lo mismo, más bien, lo contrario.

«Paul no ha sentido nada», concluyó amargamente. «Absolutamente nada. Sólo una tonta creería que es capaz de sentir algo.»

CAPÍTULO 9

QUIERES que vayamos al lago? -le propuso Paul, sin apartar la vista de la carretera-. Debe de estar muy hermoso a la luz de la luna.

Los enamorados solían ir al lago para estar a solas. Al escuchar su proposición, Charlie se quedó sin habla y contestó con un murmullo que él interpretó como afirmativo. Diez minutos más tarde, el coche se detuvo y Paul se relajó, emitiendo un suspiro de satisfacción.

-Es justo como lo recordaba -declaró, señalando la extensión de agua oscura, fría e inmóvil, en el silencio de la noche.

«¿A cuántas habrás traído aquí?», pensó la joven. «¿De cuántas te habrás aprovechado entre las sombras que rodean el Lago de los Enamorados?»

-No muchas -dijo él suavemente.

Y Charlie se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

-Yo... -dijo torpemente.

Paul se volvió hacia ella. Al ver sus ojos negros como el lago, las palabras volaron de sus labios. Una sonrisa lenta y sensual alargó su boca varonil.

-Sólo he traído a las que significaban algo muy especial.

La voz sensual de aquel hombre se deslizó sobre su piel y la hizo estremecer. «Las que significaban algo muy especial. Entonces, yo... ¡No! No pienses en eso», se reprochó, incapaz de contener un leve temblor. -Tienes frío. ¿Quieres que te lleve a casa?

-No.

Esa vez su negativa se debió a muy diferentes razones. La sonrisa y la voz de Paul la estaban hechizando, introduciéndola en la magia de aquella noche de verano frente al lago silencioso.

-Quiero caminar por la orilla del lago -dijo ella impetuosamente, al mismo tiempo que bajaba del coche-. ¿Vienes?

Él la alcanzó en un momento. El ruido que hizo su puerta al cerrarse le pareció la señal que indicaba el final de una etapa y el principio de otra. Y volvió a estremecerse al pensar en el posible significado de lo que acababa de hacer.

-Ponte esto -le sugirió Paul, quitándose la chaqueta.

Se la puso sobre los hombros y la abrochó. Sus ojos se encontraron y Charlie se estremeció al pensar que la iba a besar nuevamente y que no sabía lo que debía hacer.

Sin embargo, Paul sufrió otro de esos bruscos cambios que estaba aprendiendo a aceptar. Su sonrisa se convirtió en la de un niño y el beso que le dio en la punta de la nariz fue como el roce de

una mariposa. Luego la cogió de la mano y se dirigieron hacia la orilla de lago. Charlie intentaba comprender las sensaciones que la abrumaban. Al verlo sonreír de esa forma, le parecía que Paul seguía siendo el muchacho de años antes y que ella era una de aquellass chicas que significaban «algo muy especial».

Caminaron durante un rato en silencio. El único ruido que llegaba a sus oídos era el del agua al arrastrar los guijarros de la orilla. De pronto, Paul se detuvo y se quedó contemplando la luna, reflejada en la oscura superficie.

-En momentos como éste no puedo evitar preguntarme por qué viajo tanto.

¿Se refería tan sólo al paisaje o tendría algo que ver con ella?

-¿No te parece muy pequeño en comparación con lo que has visto en otros países?

Charlie deseaba que su voz no le pareciera tan insegura como a ella. Mientras hablaba, Paul le pasó un brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia si.

-¿Pequeño?... Puede ser. Pequeño en el sentido de que los lugares que has conocido de niño se empequeñecen cuando los vuelves a ver de adulto.

Su voz era cálida y tranquila. La tensión desapareció del cuerpo de Charlie y se recargó contra él, sintiéndose segura en su compañía, por primera vez.

-¿Has pensado alguna vez en quedarte en Inglaterra? -preguntó de pronto, sabiendo que le diría la verdad.

-Muchas veces -respondió él con sinceridad-. A menudo siento nostalgia de Riverview y Yorkshire. Y en Guatemala, cuando...

Se interrumpió de pronto.

-¿Sólo de Yorkshire? -preguntó la joven, eludiendo deliberadamente la alusión de Guatemala-. ¿No te gustaría volver a Canadá?

-He vuelto un par de veces. Sin embargo, Canadá no es mi hogar. Mi padre no se estableció en ninguna parte, así que no lo siento mío.

-¿Y tú? -volvió a preguntar, extrañada de la facilidad con que fluía la charla-. ¿Tienes deseos de quedarte en alguna parte?

-Lo he pensado.

«Pensado y rechazado», pensó ella.

-Sin embargo, siempre me ha faltado algo para decidirme.

En eso se parecía a su padre: era una piedra rodante en la que no crecía el musgo. Ese pensamiento la inquietó, aunque supiera desde antes de conocerlo que era un hombre que dejaba todo, con

tal de conseguir un reportaje.

-Si lo hicieras, ¿sería en Inglaterra?

Se preguntó qué estaba haciendo. ¿Acaso quería hacerlo admitir que deseaba algo, cuando era evidente que ese «algo» no era para él? Entonces, se sorprendió al ver que Paul asentía.

-Esta isla será pequeña, húmeda y fría, pero yo le entregué mi corazón hace más de veinte años. Aunque últimamente no ha habido nada de frío ni humedad -concluyó, riendo.

-Mucha gente dice que habrá sequía. ¿Conoces al viejo Jim? El dice que está a punto de suceder algo catastrófico.

-Lo oí el otro día, en el correo. «Esto no es natural» -dijo, imitando la voz y los movimientos del habitante más viejo de Barford-. «Vamos a pagar un precio muy caro.»

-Siempre está diciendo que pagaremos un precio muy caro -asintió Charlie, riendo alborozada-, siempre que las cosas no se hagan como él quiere.

-A mí me parece un buen tipo. Todos los pueblos debían tener un excéntrico como él --opinó Paul, sonriendo abiertamente.

-Eso es precisamente lo que es.

Una viva emoción se apoderó al ver aquella sonrisa tan espontánea, una sonrisa que estaban compartiendo.

Cuando Paul se comportaba así, disfrutaba tanto de su compañía, que era como si nunca hubiera existido hostilidad entre ellos. Era como si el agua que bañaba los guijarros de la orilla, se llevara las acusaciones que se habían hecho mutuamente, dejándolos frescos y limpios. En ese momento, creía que todo podía volver a empezar para ellos, como si fueran dos enamorados que iban al lago, para descubrirse uno al otro.

-Me alegro de haber venido -exclamó ella impulsivamente.

-Yo también -dijo Paul, atrayéndola aún más contra su cuerpo-. Pero creo que ya es hora de...

-¡Todavía no! -protestó ella, sin poderlo evitar.

A la luz de la luna vio la sorpresa reflejada en el rostro del hombre.

-Es que... -empezó él, frunciendo ligeramente el ceño.

Fue ese ceño fruncido, signo de cierta vulnerabilidad; difícilmente asociable con Paul Sarrizen, lo que combinado con la magia de la luna le hicieron saltar la frontera impuesta por el sentido común.

Atenta sólo a sus sentimientos, Charlie se colocó frente a él, le pasó los brazos por la cintura y levantó el rostro.

-Bésame -le ordenó.

Minutos después, se dijo que ella era la única culpable. Pues se encontró de pronto luchando por volver a la realidad y respirando anhelante el aire fresco de la noche, como alguien que hubiera estado a punto de ahogarse. Después de todo, ella fue la que pidió... la que insistió... la que ordenó que la besara. No podía quejarse de que él la obedeciera.

Lo que no esperaba, es que el beso fuera tan violento. Su mente estaba nublada, su cuerpo no era más que una masa de sensaciones y la sangre bullía en sus venas. Cuando la besó en el aparcamiento, se sintió deshecha. Sin embargo, al lado de este beso, aquel era un simple ejercicio de calentamiento. Tal vez la oscuridad y el silencio que los rodeaban aumentaron su capacidad de sentir. Su nariz estaba impregnada del aroma de Paul, mezcla de colonia y de olor varonil que le trastornaba los sentidos. Sus labios seguían sintiendo el contacto de los otros, aún después de separarse.

Sin embargo, no le bastó. Todas las células de su cuerpo protestaron cuando Paul dio un paso hacia atrás y el aire de la noche se coló entre sus cuerpos. Actuando por puro instinto, Charlie lo cogió de la mano y se acercó. Al apoyarse en su pecho, pudo percibir la aceleración del ritmo de su corazón y la chaqueta con que él la había protegido se deslizó al suelo. Sin embargo, ella no sintió frío, porque la prenda fue sustituida por aquellas manos que recorrían su cuerpo, hasta que, después de un tiempo que le pareció interminable, se posaron sobre sus senos.

-¡Paul!

Más que una palabra, fue un suspiro y se apretó más contra él. Sus manos recorrieron su pelo y su espalda. Luego le desanudó la corbata e introdujo la mano bajo su camisa. Quiso desabrochar algunos botones, porque deseaba... necesitaba sentir la calidez de su piel; pero Paul se puso tenso de pronto y agarró sus manos para impedírselo. Al sentir la presión, acudió su memoria la voz de Paul diciendo «le di una paliza a mi primo». El efecto fue el mismo que tiene un cubo de agua fría sobre una hoguera.

-Paul -repitió, aunque en un tono muy distinto al anterior.

Él apartó el rostro y se pasó una mano por el pelo oscuro con un gesto de preocupación.

Un agudo dolor la invadió cuando Paul se separó por completo, rechazándola. Y la noche, que hasta ese momento había sido deliciosa, se volvió oscura y amenazante. Un momento después, Paul se agachó a recoger su chaqueta.

-Vámonos -le ordenó, con una voz que no admitía discusión.

El viaje de vuelta lo hicieron en completo silencio. Charlie se

sintió más incómoda que nunca. Era como si después de haber alcanzado la más alta cumbre de la emoción, se hubiera desplomado hasta el fondo de un tenebroso valle.

El efecto de la luna sobre la superficie del lago no era suficiente para hacerla olvidar que el hombre con quien estaba era Paul Sarrizen, el que había ignorado las llamadas de su pobre tía enferma y el que había pagado los cuidados de sus tíos golpeando a su primo. También recordaba que era el mismo hombre que la había acusado de avariciosa y de estafadora.,,

¡Y pensar que le había permitido que la besara! ¡Dos veces! En la oscuridad, se volvió a mirar el perfil tenso de Paul, con verdadera furia. Entonces, su voz interior le dijo:

«No le has dejado que te besara. Se lo has exigido.»

Ahora, se enfrentaba con el desagradable viaje a casa. ¿Con cuál de todas las facetas que Paul había mostrado aquella noche se iba a encontrar al llegar? ¿El hombre agresivo y hostil de su primer encuentro, el que ella odiaba, el que golpeó a su primo sin importarle nada, o el hombre joven y limpio de corazón que había conocido junto al lago? Al otro Paul, al que la besó y despertó en ella el deseo dormido, no quería ni recordarlo. Ese hombre era demasiado peligroso y no quería ni pensar que tendría que estar sola en la casa con él.

Llegaron a su destino y Charlie decidió que lo mejor era tomar la iniciativa. El camino más cómodo y más seguro para ella era el de volver a su papel de dueña de la casa de huéspedes. Por lo tanto, en cuanto el coche se detuvo, bajó y se dirigió a la puerta; entró y, encendiendo todas las luces, fue a la cocina.

-¿Quieres café? -preguntó con voz viva e impersonal.

-El tradicional final de toda cita -susurró él desde la puerta.

Ella descubrió en su voz un rastro de burla, que la hizo tomar la cafetera con más fuerza de la necesaria.

-No es eso -contestó-. Estoy al cargo de la casa y te ofrezco tomar algo antes de retirarme. No es lo que te imaginas. Además, lo nuestro no ha sido una «cita».

-¿Qué clase de invitación crees que te he hecho? -preguntó él.

Su entonación la molestó nuevamente. Deliberadamente le dio la espalda, para que no pudiera ver su reacción; aunque la forma en la que abrió la llave del agua, demostraba el estado de ánimo en el que se encontraba.

-¿Quieres café? ¿Sí o no?

No quiso aceptar el desafío que él le había planteado.

-No.

Su respuesta la sorprendió; sobre todo, porque fue cortante e impersonal, muy distinta de sus comentarios anteriores.

-Me voy a la cama. He tenido un día agotador.

Mirándolo de frente por primera vez desde que entraron en la casa, se dio cuenta de que parecía cansado. Más que cansado, parecía a punto de desplomarse. La luz de la luna ocultó lo que la lámpara fluorescente dejó al descubierto: el tono pálido de su cutis, las sombras bajo sus ojos... detalles que le recordaron el día que llegó a pedir alojamiento.

-Es tarde -comentó él con cautela.

Ella miró de reojo su reloj. Era mucho más tarde de lo que pensaba. Su voz interior empezó a decirle que el tiempo volaba cuando uno estaba a gusto, pero la hizo enmudecer cerrando la llave del agua, de golpe.

-Entonces, ¿no quieres café?

-No, gracias.

Paul salió de la cocina. Charlie estaba preparada para un nuevo enfrentamiento; sin embargo, jamás imaginó que él fuera a reaccionar de esa forma. Llegó a sentirse casi desilusionada.

«He tenido un día agotador», pensó. ¿A qué se refería? ¿A todo lo sucedido durante el día o a su relación con ella? Entonces recordó que todas las noches se había quedado en casa yéndose temprano a dormir y comprendió que su comentario encerraba algo más.

-¿Estás bien? -preguntó, alcanzándolo en el recibidor.

Paul se detuvo, a punto de subir el primer escalón y se apoyó en la barandilla.

-Muy bien.

Fue brusco y cortante, como tantas otras veces. Dio un paso, pero se paró nuevamente, como recordando algo. Entonces, se volvió hacia ella.

-No me has contestado.

-¿El qué?

-Si echas de menos la vida de la ciudad.

-Ah.

Se lo preguntó en el restaurante, en otro ambiente. Sin embargo, la observaba con la misma atención.

-No hay comparación. La ciudad nunca me ha gustado mucho. Hay mucho ruido y humo... Casi no se puede respirar. Lo único que echo de menos es salir de vez en cuando.

-A mí me pasa lo mismo. Creo que ya es hora de conocer mejor el campo en esta región. Es la primera vez que tengo unas

vacaciones largas y quiero aprovecharlas para explorar un poco los alrededores -titubeó y al final dijo-: ¿Quieres venir conmigo?

-Yo no he querido... -empezó, aterrada de pensar que él creyera que estaba pidiendo que la invitara de nuevo.

-Ya lo sé -la interrumpió él-. Que no aceptarías otra «cita». Quiero conocer los alrededores y en el coche cabemos los dos. Si quieres, puedes venir conmigo; si no, no. Decide.

No era una invitación muy romántica; pero precisamente por eso, le resultó fácil decidir. Si él hubiera mostrado mucho interés en que aceptara, la habría rechazado. Así, podía aceptar sin sentirse comprometida a nada.

Por otro lado, tenía verdaderos deseos de salir. Llevaba casi diez meses metida en Barford; durante ese tiempo había ido a Leeds un par de veces. Podía ser que no le gustara la vida en la ciudad, pero después de todo, tenía veinticuatro años y necesitaba actividad en su vida.

-De acuerdo -dijo cautelosa-. Me gustaría acompañarte.

-Me encanta tu entusiasmo -dijo él con ironía.

-Me gustaría mucho ir -declaró, con una certeza que no estaba segura de sentir.

-Bien -respondió él, cortante otra vez-. Hasta mañana.

Charlie volvió lentamente a la cocina. ¿Estaba Paul tan cansado de verdad? ¿0 se había hartado de su compañía? Aunque así fuera, no tenía por qué sentirse ofendida. El nunca había insinuado que quisiera tener otra relación, más que la de huésped y dueña. ¿Y no era eso también lo que ella quería?

«Si es así, ¿por qué me ha besado?», se dijo.

Rechazó la idea de prepararse un café y se sirvió un vaso de leche. Tal vez eso la ayudaría a dormir. Si se iba a la cama así, se pasaría la noche pensando en lo ocurrido, intentando averiguar si la «cita» había terminado en una cumbre o en un profundo valle.

«Los besos no han significado nada. Por lo menos, para Paul», afirmó su voz interior.

Se sentó a beber la leche lo más despacio que pudo para darle tiempo a él a salir del baño y entrar en su habitación. Tal y como se sentía en ese momento, lo que menos la apetecía, era encontrárselo en el pasillo. Estaba avergonzada de haberle exigido que la besara y pensó que por eso había demostrado tanta prisa por regresar a casa. Para él, los besos habían sido simples caricias rutinarias; en cambio para ella, habían sido muy importantes.

El recuerdo de la pasión que había sentido la llevó a un estado casi febril. Ningún hombre la había afectado así; ni siquiera Terry,

en los días en que más enamorada estuvo de él.

«Sólo Dios sabe lo que Paul estará pensando en mí», pensó.

Al acostarse recordó que si las cosas hubieran salido como estaban planeadas, no habría sido ella quien hubiera cenado con Paul en Chalmworth House, sino la bella Annette. ¿Cómo hubiera terminado la noche, en aquel caso?

¿Habría llevado a Annette al lago para besarla a la luz de la luna? Annette no habría tenido que pedírselo, pensó ella con amargura. ¿Y después? ¿Habría compartido su cama?

Ese pensamiento le provocó una sensación que Charlie reconoció como celos. Al admitirlo, abrió los ojos violentamente, con incredulidad. ¿Acaso deseaba que Paul le hiciera el amor?

Sí, lo deseaba. Podía darle cuantas vueltas quisiera; pero la respuesta era siempre «sí».

Habiéndolo admitido al fin, reconoció que eso no sucedería nunca, porque Paul no la quería. La había invitado a cenar porque Annette lo había plantado, no por otra razón. Una lágrima rodó por su mejilla, al comprobar que eso era lo que más la dolía de todo.

CAPÍTULO 10

EL sol brillaba intensamente en un cielo sin nubes y Charlie se alegró de llevar puesta ropa ligera.

-Es cansado -dijo, respirando con dificultad-. De bajada no he tenido problemas, pero la subida es otra cosa.

Caminaban por una empinada calle, adoquinada de pared a pared.

-Agradece no haber vivido aquí en tiempos de la Reina Victoria -respondió él-. Entonces sería aún más cansado.

-Ya me lo imagino. Con esas faldas, no me extraña que se desmayaran con tanta frecuencia. Me alegro de ser una mujer del siglo veinte.

-Yo también me alegro de que lo seas.

El comentario de Paul fue acompañado por una mirada a sus piernas, ligeramente bronceadas y esbeltas. Ella aceptó el cumplido con una sonrisa y no se ruborizó. Apenas habían pasado unas cuatro horas y su relación era muy diferente a la del día anterior..

En realidad, la excursión estaba resultando sorprendente desde el primer momento. Ella esperaba que Paul quisiera ir a las ciudades, pero en vez de eso, se internó en el campo hasta llegar a los pantanos. Su destino era Haworth, el pueblo que vio crecer a las hermanas Bronté. Visitaron la casa parroquial donde vivieron y luego caminaron por la empinada calle principal, en busca de café y las galletas caseras que a Paul tanto le gustaban.

Charlie observó el gentío y las tiendas que llevaban los nombres de las novelas de las Bronté.

-Emily Bronté hubiera odiado todo esto -declaró-. Era una mujer que amaba la intimidad hasta el punto que ocultaba sus escritos incluso a sus hermanas. No creo que le gustara ver su casa convertida en una atracción turística.

-Es muy difícil imaginar el mundo en que vivió viendo todo esto -comentó Paul a su vez-. Si te atreves, podemos caminar hasta Top Withins, que se supone que es el lugar donde se rodo Cumbres Borrascosas.

-Vamos -exclamó con vehemencia, harta de ser empujada por la multitud-. Si alguien más me pisa, voy a empezar a gritar.

Se detuvieron a comprar bocadillos y refrescos para comer más tarde, y tomaron el camino que conducía al pantano y a la cascada, lugares que las hermanas Bronté visitaban con frecuencia.

-¡Esto es otra cosa! -suspiró Charlie-. Aquí sí se puede respirar.

Paul contestó con una amplia sonrisa. Cuando bajó a desayunar esa mañana, no parecía tan cansado como la noche anterior. Su

estado de ánimo también era otro: el hombre agresivo y difícil desapareció para dejar paso a un agradable compañero con quien podía compartir sus pensamientos sin ningún temor.

-A mí me pusieron Charlotte por una de las hermanas Bronté -dijo ella, mientras se adaptaba con facilidad al paso de Paul-. A mi madre le encanta Jane Eyre.

-Pero tú prefieres los libros de Emily, ¿verdad?

Charlie asintió. Al hacerlo, el sol iluminó los reflejos dorados de su cabello.

-Ella era muy especial. Hizo su propia vida a pesar de los tiempos en que le tocó vivir. Charlotee estaba más atada por los convencionalismos, pero Emily fue siempre un espíritu libre.

-«El alma cobarde, no es la mía» -citó Paul.

-¿Qué es eso?

-Un verso de uno de sus poemas. Creo que en esas pocas palabras se resume su personalidad.

-Así me la imagino yo. Y tienes razón. Es más fácil pensar en ella aquí, con ese enorme perro... ¿Cómo se llama? El que vimos en el cuadro del museo.

-Keeper.

-Ese. Dime una cosa -la curiosidad se apoderó de ella-. ¿Cómo sabes tanto de las Bronté? No creía que te gustaran. En general, las mujeres las apreciamos más.

No quiso que él la acusara nuevamente de hacer presunciones de lo que él pensaba. Sin embargo, Paul contestó sin titubear.

-Siempre fueron las autoras favoritas de mi tía. Especialmente, Emily. En las tardes de invierno solíamos sentarnos a leer sus libros en voz alta.

-¿Cuándo? -preguntó Charlie.

Intentaba imaginarse la escena. Leer en voz alta a una vieja dama, era una ocupación demasiado civilizada y hogareña para un periodista internacional como el Paul Sarrizen que ella había fabricado, un hombre que cambiaba de país continuamente y no se quedaba en ninguno.

-Durante las vacaciones. Mis tíos no quisieron que volviera con ellos. En realidad, no los culpo -su expresión se volvió repentinamente triste-. Entonces, mi tía se hizo cargo de mí.

-No sabía que hubieras vivido en Riverview -contestó ella-. Pensé que solamente venías de vez en cuando.

-He pasado allí todas mis vacaciones, desde los catorce años hasta que me fui a vivir a Londres. Ha sido el único lugar que he conocido.

Eso explicaba su amor hacia la mansión... y hacia Miss Emily. No había duda de que quería a su tía. Cualquiera que lo hubiera visto a su lado, se daría cuenta. Mucho más ella, que sabía cuántas horas pasaba junto a la anciana. Y cuando no estaba con ella, se iba a Riverview a trabajar en el jardín y a hacer arreglos. No se explicaba por qué había tardado tanto tiempo en ir a verla, pero estaba segura de que tenía que haber sido algo muy importante. Ahora comprendía por qué Miss Emily lo prefería a él.

-Allí está la cascada.

Los ojos penetrantes de Paul se fijaron en su rostro serio y pensativo y no supo interpretar lo que vio en él.

-En cierta forma, es una desilusión, ¿verdad?

Charlie contestó algo ininteligible, al mismo tiempo que intentaba volver al presente y olvidar lo fácilmente que se había dejado cegar por el comportamiento de Brian. Sumando todas las visitas que éste le había hecho durante su enfermedad, no eran ni la cuarta parte del tiempo que Paul había pasado con ella.

-Todo está muy bien ahora. Esperemos que Top Withins conserve la atmósfera de la novela. Vamos ¿0 quieres detenerte aquí un rato?

-No, no -respondió ella, sacudiendo la cabeza con vehemencia para ahuyentar sus pensamientos-. Aquí hay demasiada gente. Prefiero un lugar más tranquilo.

-Entonces, vamos. Ten cuidado, que ahora viene la parte más difícil.

El camino se convirtió en una senda apenas visible y Paul tuvo que ayudarla muchas veces a subir. Cada vez que le daba la mano, su frialdad desaparecía como por encanto. El roce de su mano le hacía sentir la fuerza de sus músculos y le transmitía un calor que no tenía nada que ver con el sol que brillaba sobre sus cabezas. Cuando llegaron a lo alto de la pendiente, ella estaba sudorosa y jadeante, no sólo por lo empinado de la subida, sino por su propia reacción.

-¿Quieres descansar un minuto?

Paul se dio cuenta de su estado. Afortunadamente, lo atribuyó al esfuerzo físico. Aunque si pudiera escuchar los latidos de su corazón, pensaría que estaba al borde del colapso.

-¿0 prefieres beber algo?

Charlie aceptó con gratitud la botella de agua mineral que le ofreció. Tenía la boca seca y no sólo por efecto de la caminata, sino por la sensualidad que le produjo ver una fina capa de sudor sobre la piel de su acompañante. Su brillante cutis acentuaba el color de

los ojos y la oscuridad de su cabello, que le caía sobre la frente. Al verlo, se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para beber. Limpió cuidadosamente la boca de la botella y se la devolvió a Paul, que se la llevó a los labios inmediatamente.

«Mira para otro lado», se ordenó.

Sus ojos se negaron a obedecer y se fijaron en su cuello bronceado; pasaron luego a la blanquísima camisa, que dejaba entrever todos sus músculos y siguieron bajando sobre el vientre plano y la estrecha cintura hasta detenerse en la cadera.

-Hace mucho calor -declaró Paul.

Sus palabras la sobresaltaron, obligándola a abandonar sus pensamientos.

-En teoría debería hacer aquí más frío, pero casi no sopla el viento.

-Quítate la camisa.

Oyó con incredulidad sus propias palabras. Y creyó estar perdiendo la razón. Esa no era su forma habitual de comportarse. Si ya se sentía así, ¿cuál sería su reacción al ver desnudo su pecho masculino? No quiso ni pensarlo.

-Así estoy bien.

En un principio, agradeció que le contestara en ese tono, pues así demostraba que no había captado su intención. Sin embargo, un momento después se dio cuenta de que sus ojos parecían vacíos.

-¿Nos vamos?

Apartó la mirada de ella al hablar. Charlie, más sensible que nunca a su tono de voz, advirtió que estaba haciendo un esfuerzo por parecer normal.

-Aquí es más fácil imaginar a Emily Brontë, ¿verdad?

Estaba intentando distraerla y apartarla de algo. Ella no podía saber a qué se debía esa reacción, por lo que procuró contestar con toda naturalidad y mantener una conversación cuidadosamente neutral.

Media hora más tarde llegaron a Top Withins, una vieja granja en ruinas cuyos únicos ocupantes eran unas cuantas ovejas.

-Esto sí es Cumbres Borrascosas -dijo Charlie con un suspiro de satisfacción.

-Aquí podrás encontrar la atmósfera del libro -contestó él, sonriendo. Después de aquel comentario ligeramente burlón, se alejó. Ella se dio cuenta de que la dejaba sola a propósito, pues sabía lo que ese momento significaba para ella.

Charlie recordó que cuando leyó la novela por primera vez, a los trece años, se enamoró de Heathcliff, el héroe de Emily Brontë. Y

aunque la volvió a leer después de varias veces, le seguía pareciendo igual de atractivo. Ningún hombre que hubiera conocido podía compararse con aquel; en primer lugar, porque Heathcliff era una invención romántica, ningún hombre...

Sus ojos encontraron a Paul de pie junto a los viejos muros, alto y esbelto. El corazón le dio un salto y sintió como si en las venas batieran las alas de mil mariposas... Pensó que tal vez en él estuviera su propio Heathcliff.

Un rato después se sentó en una gran piedra y pasó la mirada por los pantanos y el valle. Sólo entonces fue Paul a unirse con ella.

-¿Quieres comer ahora?

-¡Claro!

Con una sonrisa le agradeció que la hubiera dejado sumergirse en la atmósfera de la novela, y añadió:

-Estoy muerta de hambre.

-No me extraña. Son más de las dos.

-Creía que era más tarde.

En realidad, le parecía que estaban en otro tiempo y en otro lugar. Allí, en la región de los pantanos, era como si la hostilidad nunca hubiera existido entre ellos.

Entonces la distrajo una oveja que se acercó a ella.

-Mira qué dócil es -dijo, ofreciéndole un pedacito de pan.

La oveja lo aceptó con gravedad y delicadeza.

-La has hecho buena -comentó Pául, señalando al resto del rebaño-. Aquí vienen todas.

En efecto, las ovejas se dirigían hacia ellos, empujándose unas a otras para llegar primero a la comida.

-No son animales, son unas brutas -dijo Charlie, al recibir un golpe.

Una viva carcajada de Paul la hizo volver la cabeza.

-No me hace gracia -dijo, indignada-. Me van a matar. Lo que debes... ¡Ay!

Paul la ayudó a levantarse y cogió la bolsa de la comida.

-Vámonos -le ordenó.

Charlie arrojó un bocadillo a los animales para distraerlos y todos corrieron sendero abajo, dando airados balidos.

La carrera cuesta abajo los obligó a aumentar la velocidad progresivamente, hasta que al cabo de unos minutos, tropezaron y rodaron varios metros por el suelo.

-Ha sido muy desagradable -comentó Charlie, cuando pudo recuperar el habla.

-Atacada por ovejas asesinas -rió Paul a carcajadas.

-Claro, como a ti no te han hecho nada... -contestó ella, dándole un amistoso puñetazo en el brazo.

-Has sido tú quien les ha ofrecido comida. «¡Mira qué dócil es!»

La imitó con gran exactitud. Charlie se incorporó a medias y cogió ambos brazos de Paul, sacudiéndolos.

-¡Animal! -exclamó, empezando a reír-. Ni siquiera me has ayudado.

Ambos rieron abiertamente, sin poder evitarlo. Ella cerró los puños y atacó al hombre vivamente.

-Has resultado ser un Heathcliff de pacotilla. Hubieran podido comerme y tú sin inmutarte.

Con un rápido movimiento, Paul sujetó sus manos. Inmovilizada, sólo pudo mirar a sus ojos plateados, que estaban abiertos y muy atentos.

-¿Es así como me consideras, Charlotte? -dijo con una voz tan baja, ronca y acariciante, que la hizo estremecer-. ¿Yo soy tu Heathcliff? Y en ese caso, ¿serías tú mi Cathy?

Charlie no tenía fuerzas para hablar. Dos veces abrió la boca para decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Pasó la lengua sobre los labios resecos. Los ojos de Paul fueron testigos de ese movimiento y volvieron a fijarse en los suyos. Sus pupilas eran enormes, la tenían hipnotizada y no pudo impedir que una de sus manos llegara a su mejilla y la acariciara.

-A mí me gustaría -susurró él suavemente, deslizando su mano hasta hundirla en su pelo suave.

Sonrió lenta y sensualmente y a Charlie le pareció que el tiempo se detenía y que ellos se encontraban suspendidos en un momento de la eternidad. Estaba pendiente de su sonrisa, de su respiración profunda y regular, del sol que le daba en la espalda y del canto lejano de una alondra que se elevaba. Suave, pero irresistiblemente, Paul la atrajo hacia sí y sus labios se unieron en un beso.

Ella no se dio cuenta del momento en que él soltó sus manos. El deseo se despertó en lo más profundo de su ser y envió la pasión a todas sus venas y nervios, obligándola a clavar las uñas en su cálida piel masculina.

-¡Charlotte!

Paul suspiró su nombre junto a los labios y enredó sus piernas en las de ella, proclamando sin lugar a dudas la fuerza de su excitación.

«Me desea.»

Esas palabras se abrieron paso entre la niebla de sus pensamientos. La deseaba. A ella y a nadie más que ella. Ya no

estaba sustituyendo a nadie. La deseaba.

Ella también lo deseaba. Lo supo al instante y se sintió abrumada por la revelación. Fue al mismo tiempo, un sentimiento glorioso y una explosión primitiva de miedo. ¿Estaba preparada para eso? ¿Realmente quería hacer el amor con Paul allí, sobre la hierba? ¿Quería ser suya de una vez y para siempre?

Para siempre. Esas palabras detuvieron el flujo de su sangre y de sus caricias y la hicieron tomar conciencia de lo que estaba haciendo... mentalmente, al menos.

Ser suya de una vez y para siempre. Su mente luchaba por asimilar el impacto total de aquellas palabras. Ella no quería ser una simple aventura ni la satisfacción de un placer pasajero. Charlie aspiraba a pasar el resto de sus días con Paul. No se conformaba con ser su amante. Acababa de descubrir que lo amaba con toda la fuerza de que era capaz su corazón de mujer.

-¿Charlotte?

Paul percibió algo extraño y abrió los ojos, todavía ensombrecidos por la pasión. -Perdóname... No he querido asustarte.

Él había interpretado mal la causa de su cambio y se sentó. Siguió abrazándola contra su pecho, de modo que ella pudo escuchar el violento latir de su corazón y su respiración entrecortada. Finalmente, consiguió controlar la imperiosa pasión que se había apoderado de él momentos antes, mientras su mano acariciaba su mejilla.

-Lo siento -empezó a decir.

Ella sacudió la cabeza. No quería que se disculpara, sino que sintiera la única emoción que era incapaz de sentir.

Quería que la amara, aunque estaba segura de que eso no podría suceder jamás. ¿Cómo la iba a amar, si en el fondo de su corazón la consideraba ambiciosa y traidora?

-No me has asustado -susurró, apartando la vista-. Es que...

-¿Qué?

En realidad, estaba asustada por la intensidad de sus sentimientos, y de saber que estaba enamorada de Paul.

-¿Qué? -preguntó él y al no obtener respuesta, añadió-: Es demasiado, ¿verdad?

Se estaba reprochando a sí mismo. Charlie recibió sus palabras como si fueran puñal de hielo que se clavaba en su corazón.

-He querido correr demasiado... No estás dispuesta.

Ella pensó que estaba dispuesta a hacer el amor con él en cualquier momento y en el lugar que fuera. El cuerpo le dolía al

haberle negado lo que tanto deseaba. Pero sobre todo, ella necesitaba que le dijera que la amaba... y eso nunca iba a suceder.

Paul se separó, atormentado y se llevó las manos a la cabeza para alisarse el pelo. El dolor que ella sentía se multiplicó y exhalando un gemido, lo besó.

-No es demasiado pronto. ¡No!

Las palabras brotaron impetuosas de sus labios, aunque su sentido de conservación le advirtió que ocultara sus sentimientos.

-Paul... por favor...

-No -respondió él, suave pero firme, apartándose más.

-Por favor...

Llevó la mano a su cintura y en cuanto sus dedos sintieron la tensión de sus músculos bajo la camisa, experimentó un deseo desesperado de acariciarlo y de tocar todo su cuerpo. Sin poderlo evitar, sacó la camisa del pantalón con una temeridad que la asombró.

«¡No!»

Paul se puso tenso. Ella se dio cuenta y permaneció inmóvil; apenas se atrevía a levantar la vista... y vio cómo sus facciones se endurecieron.

Luego, Paul se puso de pie, ocultando el sol con su ancha espalda.

-Es demasiado pronto -repitió, hostil-. Hay muchas cosas que desconocemos el uno del otro.

No se refirió a Brian y a su pretendido compromiso. No era necesario, pues ambos sabían que eso era como un muro infranqueable. Y Charlie pensó que si no hubiera dudado, Paul le estaría haciendo el amor en ese momento. Y si hubiera recordado después a su primo, ya no tendría importancia.

Saber que lo amaba borró todo pensamiento racional de su mente y ahora sólo podía obrar instintivamente. Ese titubeo dio a Paul la oportunidad de recordar y pensar... y fue más fuerte el desprecio, que el deseo.

Como si necesitara más pruebas de ello, Paul se volvió a sentar en el suelo a una prudente distancia de ella y cogió la bolsa con la comida. Como la noche anterior, pasó de un estado de ánimo a otro, instantáneamente.

-Hay que comer algo -dijo, con una voz que a ella le pareció desagradablemente tranquila-. Tengo que ir a ver a mi tía.

Otra vez la preocupación y el amor por su tía. Si era capaz de comportarse así con ella, ¿cómo sería con la mujer que realmente capturara su corazón? Charlie se estremeció, dolida. Paul podía

amar eternamente a una mujer, pero mientras eso no sucediera todas las demás serían episodios amorosos sin importancia. También podía sentir amistad por un miembro del sexo opuesto, o deseo… Sin embargo, todas esas serían menudencias, comparadas con el amor que ella sabía que era capaz de sentir.

Nunca supo cómo pudo arreglárselas para comer. Probablemente, lo dejó todo en el suelo, para los animales. Llegó a Haworth hundida en sus pensamientos. Paul, por su parte, parecía absorto en sus propias preocupaciones.

Así hicieron el viaje de vuelta y fueron a visitar a Miss Emily. Ambos estuvieron charlando con ella, contándole las experiencias del día. Sin embargo, entre ellos no había ningún tipo de comunicación, de manera que cada uno parecía estar hablando de cosas distintas.

Al llegar a casa, Charlie puso la excusa de que tenía mucho calor y subió a ducharse. Permaneció bajo el agua tibia cuanto le fue posible, esperando contra toda esperanza que el agua se llevara su infelicidad. Pero no podía pasarse la noche entera en el baño y al final fue a su habitación a vestirse. Oyó correr la ducha y se alegró de poder pasar un rato más sin tener que hablar con Paul.

Los restos de la comida habían desaparecido y todo estaba en su sitio. Sólo vio una bolsa de papel sobre la mesa, en la que estaba escrito su nombre.

-¿Qué es esto? -preguntó a Chico, el gato que andaba entre sus pies, pidiendo comida.

Solamente Paul pudo haber dejado aquella bolsa allí. ¿Pero de qué se trataba?

Abrió la bolsa con manos temblorosas y dio un pequeño grito de alegría, al encontrar una preciosa edición de los poemas de Emily Brontë.

«¿Cómo…? ¿Cuándo lo ha comprado?»

Haciendo memoria, recordó que de regreso a Haworth, Paul miró en una tienda unas litografías de Top Withins, y entró a comprar una para su tía. Seguramente, lo había comprado en ese momento… Abrió el libro, y vio que en las primeras páginas había una dedicatoria. Las lágrimas le nublaron la vista y tuvo que parpadear varias veces, para poder leerla.

Para Charlotte. Gracias por compartir conmigo este día tan especial.

Un momento después, y sin darse cuenta de lo que hacía, corrió hacia la escalera. Sin detenerse a pensar, abrió la puerta de la habitación de Paul.

¡Gracias por el libro! Es un regalo precioso y...

El se volvió hacia la puerta y las palabras murieron en sus labios.

Acababa de salir de la ducha, tenía el cabello húmedo y vestía solamente un pantalón vaquero. Pero no fue eso lo que había llamado su atención, sino su pecho. Sus ojos color avellana se abrieron desmesuradamente al contemplar la red de cicatrices recientes que rompía la perfección de su bronceada piel.

-Paul... -apenas pudo susurrar-. ¿Qué...?

-No te asustes. Parece peor de lo que es.

-¿Cuándo...? ¿Cómo?

-En Guatemala. Íbamos a un pueblo perdido y nos sorprendió una tormenta. Yo tuve suerte. El piloto del helicóptero murió. Eso fue...

No necesitó que le dijera cuándo. Entonces recordó su ira al no recibir su respuesta; el odio y el desprecio que sintió por él, y por su falta de cariño hacia su tía...

-Al mismo tiempo tu tía enfermó, ¿verdad? -dijo, avergonzada y arrepentida.

El asintió lentamente, mirándola con fijeza a los ojos.

-Nos estrellamos en un lugar deshabitado. Tardaron mucho en encontrarnos y yo estaba muy mal.

Charlie se estremeció al ser consciente de todo lo que esas palabras encerraban.

-Durante varias semanas no sabía dónde estaba, ni quién era. Tardé mucho tiempo en recuperarme. Yo compartía el apartamento con un fotógrafo que resultó herido en el mismo accidente; por eso, nadie recibió tus cartas. A él le dieron de alta antes que a mí y me llevó las cartas. En cuanto las leí, abandoné el hospital, cogí el primer avión que encontré y...

«Se vino directamente del hospital, apenas convae leciénte y yo le reproché que no hubiera venido antes», pensó ella. «A eso se deben las ojeras, su cansancio y retirarse temprano por la noche.»

-Lo siento -dijo al fin, forzándose a hablar.

-¿Por qué? Tú no lo sabías.

Tampoco había preguntado. Estuvo sumergida en su rabia, elogiando a Brian, Éste la había cegado con sus atenciones y ella no hizo el menor esfuerzo por averiguar la razón de su tardanza.

-Paul, lo de Brian...

Empezó con ímpetu; pero se detuvo al ver que su rostro se ensombrecía y que sus ojos se transformaban en dos pedazos de hielo.

-¿Brian? -repitió él, sin poder ocultar su tensión.

-Lo del testamento de tu tía... Yo no lo sabía. Créeme, por favor.

-Lo sé.

No esperaba esa respuesta, y quedó confundida por un momento.

-Te he visto con mi tía -continuó él-. Cualquiera que tenga ojos en la cara se daría cuenta de que la aprecias. Además, te has hecho cargo de los gatos, le enviabas flores, te has ocupado de Riverview... Hace un rato, mientras tú estabas en la sala de espera, mi tía me contó cómo os conocisteis... que ella insistió en que aceptaras el empleo y que tú lo rechazaste porque te parecía muy poco trabajo para un sueldo tan alto. Aunque tampoco necesitaba que me lo dijera.

Movió la cabeza lentamente, y en sus ojos vio que admitía su culpa.

-No soy muy bueno escribiendo cartas, pero mi

tía es mucho peor. Algo me contó, pero no fue ni la mitad de la historia. A miles de millas de distancia, yo creía que alguien, tú, se había introducido en la

vida de mi tía con el único propósito de sacarle di

nero.

Era lógico que pensara así. Ella misma se lo dijo a Miss Emily cuando le ofreció el trabajo. De pronto, pensó que, probablemente, Brian también había creído lo mismo y que por eso había intentado unirse a ella. Pensar aquello la hizo sentirse mal.

-Ya tenía decidido venir a Inglaterra y ver qué había de verdad en todo, cuando ocurrió el accidente... -con un leve movimiento de mano señaló las cicatrices-. Al llegar, me acusaste de abandonar a mi tía...

-¿Por qué no me contaste lo del accidente?

No fue necesario que Paul contestara, porque ella sabía la respuesta: si pensaba que era una mujer astuta y aprovechada, él no podía revelar su debilidad.

-Has tenido razón en casi todo -continuó él, mirándola directamente a los ojos-. No he estado aquí cuando mi tía más me necesitaba. Y al llegar, me encuentro con la noticia de tu «compromiso».

Charlie vio en sus ojos tina reminiscencia de la rabia que se apoderaba de él el día que hizo el descubrimiento y, aunque no estaba dirigida a ella, sintió un escalofrío.

-Paul -dijo con cautela, temiendo el efecto de su pregunta-. ¿Es cierto que le diste una paliza a Brian?

Fue fácil ver la respuesta en su rostro.

-¿Por qué?

La pregunta que sus tíos nunca le habían hecho. Eso también lo vio en sus duras facciones.

-Como sabes, Brian es tres años mayor que yo. A los diecisiete, ya estaba interesado en el negocio de antigüedades y empezaba a adquirir algunas piezas... a su modo. Visitabas las casas de la gente mayor y se ofrecía a llevarse su «basura». Por supuesto, se trataba de objetos cuyo valor desconocían los dueños.

-Como la pintura del señor Haigh.

-Como la pintura del señor Haigh. Descubrí que estafó a una anciana de forma parecida y... perdí la paciencia.

También perdió un hogar, porque a raíz de ese incidente, sus tíos lo mandaron al internado.

-Sin embargo, tu tía lo comprendió...

-Creo que ella ya lo esperaba. Es una de las pocas personas que no se han dejado engañar por la simpatía de mi primo.

-Como yo, ¿verdad?

Eso explicaba la actitud de Paul. Cuando ella defendió a Brian con tanta pasión, creía que era su cómplice en su plan para quedarse con Riverview... y poder vender la casa a Prospect Hotel Group.

-No eres la primera ni serás la última. Si te sirve de consuelo, te diré que le he comprado la pintura del señor Haigh y se la he devuelto a su legítimo dueño.

Charlie sonrió complacida y vio su sonrisa reflejada en aquellos ojos penetrantes. Un momento después, sin embargo, la expresión de Paul volvió a ensombrecerse.

-Lo único que lamento es haberte creído capaz de ser su cómplice. Conociendo a Brian, debía haberme imaginado que te había engañado. También debí haber confiado más en mi tía, pues si ellaa confiaba en ti, eso significaba que no eras una traidora.

Con eso, desapareció la rabia en su rostro. Animado por un impulso que fue incapaz de sofocar, Charlie dio un paso hacia él. El libro de poemas cayó sobre una silla y ella levantó la mano para pasarla delicadamente sobre las cicatrices.

Un leve silbido escapó de los labios de Paul.

-¿Te ha dolido? -preguntó la joven, preocupada.

-No.

Su voz era tensa, por lo que ella se lo quedó mirando, dubitativa.

-Ya estoy bien. Te lo juro --declaró él-. Aún necesito un poco de

tiempo para recuperar toda mi fuerza. A veces- me canso muy pronto. Eso es todo.

Charlie recordó otra vez su aspecto. Ahora, resultaba obvio que algo le ocurría. ¿Por qué no se había dado cuenta? Un hombre como Paul no hubiera fallado a su tía, a menos que algo muy poderoso lo obligara a ello. Sin embargo, ella se negó a creer que hubiera una explicación. En aquel momento, llegó a odiarlo. Pero ahora, sus sentimientos eran muy diferentes. Frunció el ceño levemente y volvió a pasar la mano sobre sus cicatrices.

-Charlie -dijo Paul con una voz tan ronca, que le llegó a lo más hondo-. No hagas eso.

-Has dicho que no te duele...

-No es que me duela, sino que...

La chica vio que sus ojos se volvían completamente negros, con sólo un borde plateado alrededor de las pupilas. Entonces se despertó en ella el poder de la mujer, que la hizo sonreír burlonamente.

-Si sigues así, ya sabes lo que va a ocurrir.

-¿Qué?

Pasó las manos alrededor de su cintura y lo miró con inocencia... una inocencia que revelaba sin esfuerzo lo que estaba pensando. Entonces, sonrió.

-¿Qué es lo que puede ocurrir? -dijo ella.

Paul parpadeó asombrado y una especie de quejido brotó de sus labios. Después, tomó la iniciativa: la atrajo contra su cuerpo, capturó aquellos labios entre los suyos y empezó a desabrocharle la blusa.

Al sentir los dedos en su piel, Charlie exhaló un suspiro que se convirtió en un gemido de placer cuando las manos de él rodearon sus senos y los acariciaron. Grandes espirales de deseo se despertaron en su interior, convirtiéndose en necesidad.

Su blusa cayó al suelo, seguida por el resto de la ropa, mientras las caricias de Paul cubrieron todos los rincones de su cuerpo. Desnudándose a su vez, él la cogió en brazos y la dejó en la cama, cubriéndola después con su propio cuerpo. Sus manos y sus labios añadieron fuego a las llamas de deseo que ya la consumían hasta que la hicieron gemir en voz alta.

En ese momento, Paul levantó la cabeza y la miró con sus ojos plateados que se habían vuelto translúcidos por la pasión.

-Esto... -dijo con la voz ronca por la emoción-. Es lo que puede ocurrir.

-Me alegro -respondió Charlie, estirándose sensualmente,

gozando el peso de su cuerpo y la respuesta que le provocaba con cada movimiento-. Es justo lo que yo había pensado.

CAPÍTULO 11

ALLÁ, en la distancia, sonó el timbre del teléfono. Charlie apenas lo oyó, pero se dio la vuelta hundiendo la cabeza en la almohada. El cuerpo le pesaba y se sentía... Buscó en la niebla de su mente el adjetivo apropiado y se sorprendió cuando descubrió que el único que se podía aplicar a lo que sentía era «satisfecha». El aparato seguía sonando.

-Yo voy -dijo una voz cercana.

La chica se quedó inmóvil al reconocerla. Aún no se había despertado del todo. Sin embargo, escuchó los pasos de Paul bajando por la escalera, el ruido que hizo al descolgar el auricular y su voz decidida al responder.

-Sí, soy yo... ¿Qué tal, Ron?

Ron era el editor del periódico, recordó mientras se estiraba sensualmente bajo las sábanas.

Paul era su amante. La noche anterior le había hecho el amor una y otra vez, con una pasión violenta, con delicadeza y con una maestría que la había llevado a niveles de éxtasis que nunca creyó que pudieran existir. Su cuerpo aún conservaba las brasas de aquel fuego y estaba segura de que si miraba con detenimiento, encontraría impresas en la piel, las marcas de sus manos y sus labios.

Durante la noche la hizo suya, como sólo él podía hacerlo. Y por la mañana... Sus labios se curvaron en una sensual sonrisa y suspiró, gozando anticipadamente de lo que iba a llegar a continuación. Se adormiló, con el fin de acortar la espera.

Minutos después, o simplemente segundos, volvió a escuchar la voz de Paul.

-Por supuesto que iré. No me lo perdería por nada... Sólo tengo que atar un par de cabos sueltos por aquí.

Tenía que hacer demasiado esfuerzo para escuchar y prefirió abandonarse al placer de revivir los encantos de la noche anterior.

-Charlotte -dijo la voz suave de Paul, interrumpiendo sus sueños.

-Mmm...

Tuvo que hacer un esfuerzo para abrir los ojos.

-Escúchame un momento, cariño -siguió él, riendo levemente-. Luego te puedes dormir otra vez. Tengo que salir.

Aún dormida, intentó protestar.

-Tengo que salir -repitió él.

No quería que se fuera a ninguna parte. Lo único que deseaba era que le hiciera el amor otra vez y sacó una mano para atraerlo a la cama.

-No, Charlie -rió Paul-. Debo irme. Tengo una entrevista.

Suavemente se desprendió de su mano, le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.

De pronto, despertó del todo, como si un rayo se hubiera llevado la nieve que envolvía su cerebro. «¡Algo malo ocurre!», se dijo, sintiendo que una mano helada le apretaba el corazón.

Sin pensarlo, se levantó de un salto y salió al pasillo, en el momento en que se cerraba la puerta de la calle. Entonces, se dio cuenta de que estaba desnuda y corrió a su habitación a buscar una bata. Llegó a la puerta nada más para ver desaparecer el coche de Paul, al final de la calle.

Luego volvió a la casa desalentada. Fue a la cocina y puso agua a hervir automáticamente, al mismo tiempo que intentaba aclarar su mente y se preguntaba por qué estaba tan segura de que algo malo había ocurrido.

No fue nada que Paul hiciera... por lo menos, nada que le hubiera hecho a ella, concluyó mientras llegaba al baño con su taza de café. La presión del agua la reanimó. De repente, se acordó de algo que él había dicho por el teléfono y que había escuchado medio dormida.

«Por supuesto que iré. No me lo perdería por nada.»

Eso le había dicho a Ron, su editor. Y cuando se despidió, mencionó algo de una entrevista.

Fue como si la golpearan. La llamada del editor, seguramente habría sido para ofrecerle un nuevo proyecto, posiblemente una exclusiva muy importante. Y Paul, siendo quien era, no dudó en aceptarla. «No me lo perdería por nada», dijo. ¿Dónde iba ahora? ¿A Guatemala o a algún otro país de Latinoamérica?

Cerró la ducha y salió. Empezó a secarse automáticamente, pensando en otras cosas. Siempre supo que Paul no era un hombre que permaneciera mucho tiempo en el mismo lugar. En eso, era igual que su padre. Ya había permanecido en Baford más de lo que ella esperaba.

Eso fue antes de que se enamorara de él y antes de que hicieran el amor. Para ella aquella entrega había sido muy importante. Sin embargo, a Paul parecía no importarle lo ocurrido.

Entonces recordó otra cosa que le oyó decir mientras hablaba por teléfono:

«Sólo tengo que atar un par de cabos sueltos por aquí.»

Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. ¿Qué era ella para Paul? ¿Nada más que un «cabo suelto»? ¿Acaso pensaba abandonarla sin volver

la vista atrás?

El reloj de la cocina le recordó que ya era mediodía. Aunque en realidad, ¿qué importaba el tiempo? El resto del día se presentaba vacío, estéril y sin significado. Por la noche tendría que volver a verlo. Esa posibilidad, que debía llenarla de alegría, le produjo deseos de llorar. De alguna manera, tendría que encontrar la fuerza necesaria para poner buena cara y fingir que también para ella había sidoo una agradable aventura, pero nada más.

El reloj también le recordó que había prometido visitar a Miss Emily. No la atraía la perspectiva de encontrarse a Paul en el hospital pero pensó que si iba temprano, llegaría antes que él terminara su entrevista.

Además, debía hacer algo...

-Charlie, tengo muy buenas noticias. La semana que viene me darán de alta. -¡Felicidades!

No fingió al mostrar alegría por la noticia. Sin embargo, su expresión cambió un momento después, al recordar lo que debía hacer. Miss Emily tenía derecho a saber la verdad, ¡y que Brian se fuera al diablo! Ahora estaba segura de que sus dudas y su temor de que la anciana tuviera una recaída, no eran sino pretextos para mantener vivo el engaño del «compromiso», con el fin de que Miss Emily hiciera el testamento a su favor.

-Cuando vuelva a su casa, ¿querrá que siga trabajando para usted?

-Por supuesto que sí. Ya sabes cuánto disfruto tu compañía.

«¿Seguirá pensando lo mismo cuando sepa la verdad?», se preguntó.

-Miss Emily, tengo algo que decirle.

-¿Por qué estás tan preocupada, Charlotte? ¿Tiene algo que ver con esa tontería de tu compromiso?

-¿Ya se lo ha dicho Brian? -preguntó, sintiéndose aliviada.

-No, no le conviene. ¿Pensabas que me lo iba a creer? Sí, al principio la cabeza no me funcionaba muy bien; pero en cuanto pude pensar un poco, me di cuenta de todo. Además, nunca me disteis la impresión de estar enamorados.

Charlie no podía creer que lo tomara todo con tanta tranquilidad.

-Entonces, ¿no le importa? Yo lo hice por...

-Sé muy bien por qué lo hiciste -declaró Miss Emily con firmeza-. Creías que me haría feliz. No podía haber otra razón. A Brian lo

conozco bien y sé que nunca se iría a vivir a Riverview. Ya debe tener algún comprador.

El rostro de Charlie no pudo ocultar la verdad y la anciana sacudió la cabeza con tristeza.

-Yo he tenido gran parte de la culpa. Nunca debí prometerle la casa a aquel que se casara primero. Fue una solemne tontería. Esos muchachos han vivido peleando desde que se conocieron y yo les he dado otro motivo.

-Creo que ahora entiendo por qué.

-Siempre he querido que Riverview estuviera habitada por una familia -juntó las manos y su rostro pareció iluminarse-. Eso ya está resuelto. La voy a vender.

-¿Cómo? ¿Va a vender su hogar?

-Es demasiado grande para mí -contestó la anciana con un gesto de impaciencia-. Tú debes saberlo mejor que nadie.

-¿Pe... pero qué dice Paul a eso?

¿Qué pensaría él cuando se enterara de que Riverview, su único hogar, iba a ser vendido? Charlie no logró imaginar su reacción. A un nivel más personal, le preocupaba que al vender la casa, Paul no tuviera otro motivo para volver a Barford.

-Está completamente de acuerdo -dijo Miss Emily-. En realidad, ha sido él quien me lo ha sugerido.

-¿Él? -balbuceó la chica, sintiendo quee la cabeza le iba a explotar.

¿El le sugirió que vendiera Riverview?

Miss Emily sólo se limitó a sonreír.

-Pero... ¿cómo?

-¿Por qué no se lo preguntas? Él te lo explicará mejor que nadie. Después de todo, ya no estás comprometida con Brian, ¿verdad?

Charlie levantó la cabeza y vio brillar los ojos de la anciana. ¿Sería posible que estuviera jugando a la casamentera?

-Paul no tiene por qué explicarme nada -respondió, desalentada.

¿Por qué debía decirle algo, si no significaba nada para él? Además, si Paul le había sugerido a su tía que vendiera Riverview, eso quería decir que no pensaba volver en el futuro.

-¿Se lo has preguntado? -insistió Miss Emily-. ¿Alguna vez le has preguntado qué planes tiene?

-No creo que me lo diga, porque no somos amigos.

Eso era verdad. La noche anterior habían sido amantes, pero...

La emoción se apoderó de ella y empezó a toser para disimular. La anciana le ofreció un vaso de agua. Cuando terminó de beber cambió la conversación a temas más triviales.

Varias horas después llegó a su casa. Lo primero que vio fue el coche de Paul aparcado frente a la puerta y la invadió el pánico. Era el momento que había temido durante todo el día y no había manera de evitarlo.

Se pasó el día haciendo cosas para no llegar a su casa: fue al supermercado a comprar lo que no necesitaba y estuvo varias horas en Riverview con la intención de limpiar la mansión. Pero al atardecer, tuvo que dirigirse a su casa para preparar la cena. Era su deber.

Los pies le pesaban como si fueran de plomo, pero se obligó a entrar en la casa. Esperaba escabullirse sin que él la oyera y empezar a preparar la cena, pues así tendría algo en qué pensar. Pero Paul la oyó abrir la puerta.

-¿Dónde has estado todo el día?

-Por ahí.

Gracias a Dios, su voz se oyó normal, aunque su respiración algo agitada delató su nerviosismo.

«Tal vez no sea tan difícil», pensó, recordando que su madre afirmaba que las cosas desagradables hay que hacerlas lo antes posible y sin dudar.

Por lo tanto, respiró profundamente y decidida a todo, subió por la escalera.

Paul estaba en su habitación. Ella titubeó un momento, pero al final entró. Tenía que enfrentarse a ello.

-¿Qué quieres cenar? Yo...

Las palabras se negaron a salir de sus labios al ver lo que Paul estaba haciendo. Sobre la cama estaba su maleta, casi llena y otra maleta más pequeña y cerrada, se encontraba junto a la pared.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó, sintiendo que las fuerzas la abandonaban.

-¿Tú qué crees? Mis maletas.

En sus ojos brilló una chispa burlona, que a ella le pareció hiriente. No esperaba que se fuera tan pronto, ni mucho menos, que se comportara con tanta crueldad.

-¿Por qué?

Fueron sólo dos palabras, pero le costó mucho trabajo pronunciarlas.

-Yo creo que es bastante obvio -dijo Paul, con un poco de impaciencia-. No puedo seguir aquí. Da mala suerte...

Mala suerte. Aquellas palabras la hirieron profundamente.

«Mala suerte», repitió mentalmente.

-¡Mala suerte! -gritó presa del dolor, sin intentar ocultar sus

sentimientos.

Fue mala suerte que Paul llegara a Barford y que ella se enamorara de él... Pero abandonarla así no tenía nada que ver con la suerte.

-¿Cómo te atreves a hacerme una caricia y decir; «Mala suerte, muchacha, he encontrado algo mejor»? Eso no es mala suerte, es sólo egoísmo. ¿Por qué no admites que no soy nada para ti? ¿Y que desde el primer momento pensabas abandonarme? Por lo menos, serías honesto. Pero decir que ha sido mala suerte...

-¿De qué rayos estás hablando? -preguntó Paul, confundido-. Charlie...

-¡No me llames así! ¡No tienes derecho!

-Tú me has dado el derecho...

-¡Nunca! lo que... lo que pasó aquí anoche no fue nada, ¿me entiendes? ¡Nada!

Su voz era demasiado aguda. Ella misma se estaba dando cuenta de que la traicionaba; pero en ese momento, nada importaba ya.

-Pues muy bien.

Las palabras de Paul cortaron el aire como una espada, y se hundieron en su corazón.

«Debí haber esperado», pensó Charlie, hundida en la desesperación. «Paul es capaz de pasar de una emoción a la contraria, en una fracción de segundo. Lo sentí la otra noche, en el restaurante y lo comprobé ayer, en los pantanos...»

En eso, se dio cuenta de que había hecho la cama. Ella no fue capaz de hacerla, pues sus sentimientos le impedían pensar en cualquier otra cosa. Sin embargo, a él le había resultado fácil...

-Si eso es lo que ha sido para ti. ¿Por qué este cambio de sentimiento?

¿A qué cambio se refería? Ella era incapaz de sentir ya. Su corazón murió en el momento en que Paul anunció que se iba.

-Anoche... -empezó Paul, pasándose una mano por el pelo-. Char... Charlotte...

No se atrevió a emplear el diminutivo.

-¿Qué fue lo que hicimos anoche? -preguntó al fin.

«Yo hice el amor», afirmó ella mentalmente. «Tú satisficiste un instinto primitivo. Nada más.»

No podía decirlo así. El dolor y su lucha interna por ocultarlo, la hicieron levantar la barbilla con expresión desafiante y decir:

-Ya te he dicho... que para mí ha sido una aventura. Nosotros... Tú...

Se encontró con sus ojos y no pudo continuar.

Paul estaba muy alterado... Más que eso, herido.

Charlie no permitió que ese pensamiento se afianzara en su mente. Ella estaba segura de que Paul era incapaz de sentir dolor. Y si no, allí estaba la prueba: lo había encontrado haciendo sus maletas para irse, sin pensar siquiera en lo que dejaba atrás.

Recordó la conversación telefónica de esa mañana y repitió en voz alta las palabras que más le habían dolido.

-Sólo tengo que atar un par de cabos sueltos por aquí.

-¿Cómo?

Si no lo conociera tan bien, hubiera jurado que estaba desconcertado.

-Eso es lo que yo soy para ti, ¿verdad? -lo acusó violentamente-. Un cabo suelto que tienes que atar para volver a tu vida cotidiana.

-No es eso lo que quise decir.

-¿No? Entonces, ¿por qué estás haciendo tus maletas? ¿Y por qué tienes tanta prisa en regresar a Londres? Ni siquiera puedes esperar a que...

-¡Un momento! -exclamó Paul, furioso.

Charlie dejó de hablar, sorprendida.

-¿Quién rayos dice que voy a ir a Londres?

«¡Tengo razón!», pensó la chica. «No volverá a Londres. Ni siquiera se va a quedar en Inglaterra. Se irá a otro país.»

-Supongo que tendrás que presentarte en la oficina del periódico...

-Sí -contestó Paul con cautela, como si tuviera miedo de comprometerse-. Y después...

-¡Y después te irás al país más exótico que se te ocurra! -afirmó ella, vociferante.

-No -respondió él, levantando la voz por primera vez.

-¿No?

-No voy a ningún país exótico. Y sólo voy a estar en Londres unos días.

-Pero...

Charlie miró a su alrededor indicando con un vago gesto, las maletas y todo lo que ella creía que era evidencia de su fuga.

-Has dicho que te vas.

A pesar de todo, no pudo evitar que en su voz se filtrara un leve rayo de esperanza.

-Y me voy.

La seguridad con la que lo dijo extinguió toda esperanza.

-Me voy a vivir a Riverview. A mi tía le dan el alta la próxima semana y...

-Ya lo sé -interrumpió Charlie; y al darse cuenta de lo que sus palabras significaban, añadió-: Pero tu tía no puede... ¿Has dicho que te vas a vivir a Riverview?

Paul asintió con la cabeza y susurró:

-Por fin empiezas a escucharme.

-Pero si Miss Emily va a vender la casa...

-Ya lo sé.

Paul se pasó ambas manos por el pelo, y dijo:

-Charlie, ¿podemos empezar otra vez? A ver si nos entendemos.

Ella estuvo a punto de decirle que todo estaba perfectamente claro; que él la había usado descaradamente y que ahora quería huir. Pero vio algo en el rostro de Paul que la hizo arrepentirse y con un gesto, le indicó que hablara.

-Me voy de tu casa, en efecto, pero para mudarme a Riverview -levantó una mano para callarla, en caso de que quisiera decir algo-. Ya sé que mi tía Emily va a vender la casa. Tengo que saberlo, pues el comprador soy yo.

-¿Tú?

-¿No te lo ha dicho? -una suave risa lo animó un poco-. Vamos a empezar por el principio. Esta mañana fui al hospital, en cuanto salí de casa.

«La entrevista», pensó ella con amargura. «Vamos a ver qué historia se inventa ahora.»

-Mi tía estaba muy preocupada. Dijo que su «tontería» de ver a una familia instalada en Riverview, sólo había causado mayores problemas entre Brian y yo.

-A mí también me dijo algo parecido -aceptó ella.

-Brian y yo nunca vamos a ser buenos amigos, pero como no quiero que mi tía se preocupe por nada, le sugerí una solución. Como todos sabemos, a mi primo no le interesa la casa en sí, sino lo que representa: dinero. Para él, Riverview es un medio para quedarse con la parte más grande de la herencia. Por eso te pidió que fingieras el compromiso.

El gesto que apareció en su boca, mostró sus sentimientos acerca de eso. Ella se estremeció, aun sabiendo que su rabia no era hacia ella.

-Como la casa no tiene ningún valor sentimental para él, le propuse a mi tía que me vendiera Riverview y que ella podría vivir allí el resto de su vida.

-¿De verdad la vas a comprar? -preguntó la chica, todavía sin poder creerlo.

Paul asintió con firmeza.

-Discutimos el precio. No creas que me hizo ningún descuento o concesión -sus labios dibujaron una sonrisa irónica-. A pesar de ser de la familia, tendré que pagar su valor.

Charlie percibió en su tono que él tampoco querría otra cosa. Por otro lado, eso es lo que ella esperaría de él. El amor a su tía lo obligaba a ser honesto y justo con ella.

-Mi tía hará con el dinero lo que quiera, invertirlo o gastarlo. Al final, Brian recibirá lo que siempre ha soñado... aunque tendrá que esperar un poco para heredar.

Paul sería dueño del hogar que siempre había querido y todo el mundo quedaba contento. Era una solución admirable... Sólo había algo que no comprendía, pues Paul era un simple periodista, y la casa costaba una fortuna.

-¿Cómo la vas a pagar?

-Charlotte, la mayor diferencia entre Brian y yo, es que él siempre ha deseado tener dinero y está dispuesto a hacer lo que sea con tal de conseguirlo. Seguramente dice que yo puedo darme el lujo de no preocuparme por el dinero. Y es que Brian toda su vida ha envidiado mi fortuna.

Paul rió suavemente al advertir la expresión de sorpresa en el rostro de Charlie.

-Soy periodista porque me gusta la profesión. No necesito trabajar y jamás lo he necesitado. Mi padre era igual. Escribir acerca de sus viajes era una diversión para él, pero una diversión muy productiva. Lo que sus libros produjeron se sumó a la fortuna que había heredado de mis abuelos. Yo no he tocado ese dinero, pues siempre he vivido de mi trabajo, así que la fortuna ha crecido sin cesar. Así lo planeé desde un principio: vivir de mi trabajo, hasta estar seguro de lo que quería hacer con el dinero.

-Comprar Riverview -concluyó Charlie.

-Efectivamente -dijo él con voz ronca y profunda-. Sin embargo, eso no es lo único.

-Hay algo que no entiendo...

En eso, recordó las palabras de Miss Mackenzie: «¿Por qué no le preguntas? Él te lo explicará mejor que nadie.»

-¿Para qué quieres una casa tan grande? -preguntó.

-Mi tía y yo nos parecemos mucho en algunas cosas -respondió él, sonriendo de forma misteriosa-. Pero antes, quiero que me digas una cosa.

Charlie se puso tensa, a la defensiva.

-¿Qué cosa?

-¿Por qué has pensado que regresaba a Londres?

Un gran alivio se apoderó de ella. Por lo menos, la respuesta no era difícil.

-Esta mañana te llamaron por teléfono... Era tu editor... Le dijiste que irías...

No pudo continuar, pues la voz le tembló dolorosamente.

-Y supusiste que volvía a mi trabajo de periodista. ¿Pero por qué estás tan preocupada?

Los ojos claros y penetrantes de él se hundieron en los suyos, tratando de extraer la verdad.

-¿Por qué te ha molestado tanto, Charlotte? ¿Por qué estabas tan alterada cuando entraste? ¿Has pensado que te iba a dejar?

-Yo...

Charlie apartó la vista, nerviosa. Unos dedos firmes y varoniles la cogieron de la barbilla y la obligaron a mirarlo a la cara.

-Por favor, Charlie...

Esta vez no corrigió el uso del diminutivo, porque en sus ojos volvió a aparecer la misma emoción de antes, pero mucho más intensa.

-¿Servirá de algo que te diga que no quiero dejarte, ni ahora ni nunca?

-Tú...

La sorpresa fue tan grande que la cabeza empezó a darle vueltas y se tambaleó levemente. Paul la rodeó con sus brazos y ella sintió ganas de abandonarse a su protección.

«No», pensó. «Todavía no. No estoy preparada... No estoy segura.»

-No puedo dejarte, Charlie. No quiero vivir separado de ti. ¿No es eso también lo que tú quieres?

-Paul...

No pudo continuar, pues la voz le temblaba demasiado.

-Te quiero, Charlie.

Sus palabras explotaron dentro de ella, convirtiéndose en miles de estrellas errantes.

-No me voy a ir a Londres, ni a ninguna otra parte. A menos... -una sombra de duda apareció en su rostro-. A menos que tú no me quieras.

-¡No! -exclamó Charlie, sin poder contenerse. ¡Eso no!

Como por encanto, la tensión desapareció de aquel rostro varonil.

-Entonces, ¿lo que has dicho de anoche...?

No lo dejó terminar.

-¡Mentí! Pensé que yo no te importaba. Creía que era lo que

querías oír. Lo que siento es todo lo contrario.

-Gracias a Dios -susurró él fervorosamente, cerrando los ojos por un instante-. Si lo hubieras dicho en serio, yo habría cometido muchos errores: empezar otra vida, comprar una casa...

«Pregúntale», fue el consejo que le dio Miss Emily.

-¿Por qué vas a comprar Riverview?

-Porque, igual que mi tía, quiero que viva en ella una familia... y yo siempre he querido vivir allí.

-Cuando te pregunté si pensabas quedarte aquí, me dijiste que te faltaba algo...

Paul la hizo dar la vuelta, de modo que sus rostros quedaron frente a frente. Él la rodeó con ambos brazos y la miró a los ojos.

-Me refería al pasado. Ahora ya no me falta nada. Ya te tengo. Tú eres lo que siempre he buscado.

-Oh, Paul -exclamó ella, haciendo de su nombre un largo suspiro-. Te quiero.

-Creía que nunca lo ibas a decir.

Inclinó la cabeza y capturó sus labios entre los suyos.

Ella se sintió inmersa en un mar de delicias en el que no podía pensar y se abandonó a sus brazos hasta que una última duda empezó a atormentarla.

-Paul... tu trabajo... Ron...

El hombre se disgustó al sentir que se separaba de él, pero le contestó con paciencia:

-Ron ya no es mi editor. El trabajo tampoco es mío.

Ella parecía confundida y Paul sonrió.

-Todavía no te he dicho la verdad. Una de mis razones para pasar una temporada aquí, aparte de estar al lado de mi tía, era pensar en mi situación. Estaba algo desilusionado con mi trabajo, cansado de tanto viajar y de no tener un hogar. Después del accidente pasé mucho tiempo en cama sin hacer nada más que pensar. Veía que me estaba convirtiendo en lo mismo que mi padre, en un hombre errante sin raíces en ninguna parte... y decidí que ninguno de mis hijos seguiría esa vida.

Paul volvió a sonreír y a mirarla intensamente.

-Siempre soñé con vivir en Riverview, al lado de mi esposa y mi familia. Pero no encontraba a la mujer con quien pudiera compartir mi sueño. El accidente me hizo poner los pies en la tierra. Me vi ante las puertas de la muerte sinn haber realizado mis deseos. Por eso, desde antes de salir de Guatemala, aún antes de saber lo de la enfermedad de mi tía, ya había decidido renunciar. Me debían muchas vacaciones y quería pasarlas aquí, convaleciendo y

rehaciendo mi vida. Lo que nunca pensé es que te encontraría a ti y mucho menos, que me enamoraría como un loco.

-No puede decirse que fuera amor a primera vista -dijo ella, burlona-. Al principio, no soportabas mi presencia.

-Eso no es cierto -respondió él con vehemencia-. Me impresionaste desde que vine a pedir alojamiento a tu casa. Luego descubrí que eras la Charlotte Harrington de quien me hablaba mi tía y me enfurecí. Al mismo tiempo me sentía cada vez más atraído por ti y eso hizo que me sintiera peor.

-A mí me pasó exactamente lo mismo -declaró ella, con énfasis.

-¡Vaya par! -rió Paul-. Perdón, lo olvidaba. Ron me llamó para decirme que me estaba organizando una fiesta de despedida en las oficinas y yo, naturalmente...

-No te la quieres perder por nada -concluyó la chica-. ¿Y qué hay de los famosos «cabos sueltos»?

Los ojos de Paul parecieron iluminarse.

-Por eso he estado tan ocupado está tarde. Tuve una entrevista... -sonrió como nunca lo había hecho antes-. He comprado un periódico. Soy el nuevo dueño y director del Mercury. Yo...

Lo que iba a decir fue. ahogado por los brazos de Charlie, que volaron alrededor de su cuello y lo apretaron con infinita alegría.

-¡No me lo puedo creer! ¡Te quedas! No te vas a ir.

-Por supuesto que me quedo -respondió él con voz ahogada-. Si es que no me estrangulas primero.

Ella lo soltó.

-¿Sabes lo que estoy pensando? -continuó-. Que tal vez mi tía tenía algo similar en la mente cuando me sugirió que viniera a alojarme aquí. Me dijo que era el lugar perfecto para mí... y creó que tenía toda la razón.

-Puede ser -contestó ella, recordando las insinuaciones de Miss Emily-. Después de todo, deseaba con todas sus fuerzas ver a una familia viviendo en Riverview.

-Hablando de eso -dijo él, con voz más profunda-. ¿Qué te parece si nos casamos para darle gusto? Con el tiempo, podremos darle esos niños con los que siempre ha soñado.

-¡Creía que nunca me lo ibas a proponer! Nada me gustaría más.

Algo llegó a su mente, y ella se puso repentinamente seria.

-¿Por qué has dicho antes que daba mala suerte...?

-Es mala suerte que el novio viva en la misma casa de la novia, antes de la boda. Por lo menos, eso me dijo mi tía.

Sus ojos penetrantes se deslizaron hacia la cama y luego volvieron a fijarse en su rostro.

-Insistió tanto, que sospecho que me va a tener muy vigilado hasta que formalicemos nuestra relación.

Con un puntapié tiró la maleta al suelo y al mismo tiempo, empezó a cubrir de besos el rostro de la joven.

-Eso quiere decir que sólo disponemos de dos o tres noches, antes de que la den de alta.

-No me digas -murmuró ella, sintiendo que el deseo despertaba imperiosamente en su cuerpo-. Entonces, no podemos perder tiempo. Sobre todo, si quieres llenar de niños Riverview.

-Precisamente eso es lo que estaba pensando -dijo él arrastrándola consigo a la cama, con una voz que emanaba felicidad-. Hay que empezar inmediatamente.